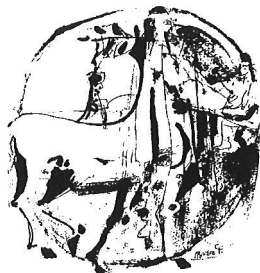


Sig.: BIOG. PER GON
Tit.: Figuras y figurones : Manuel
Reg.: 6339
Cód.: 1002562



FIGURAS Y FIGURONES



GUTIÉRREZ
GIRARDOT



DEL AUTOR

Prosa

Páginas Libres. — París, 1894 (1a. edición); Madrid, 1915 (2a. edición, con un estudio crítico de Rufino Blanco-Fombona).

Horas de Lucha. — Lima, 1908 (1a. edición); Callao, 1924 (2a. edición).

Nota informativa acerca de la Biblioteca Nacional. — Lima, 1912.

Bajo el Oprobio. — París, 1933.

Anarquía. — Santiago, 1936.

Nuevas Páginas Libres. — Santiago, 1937.

Verso

Minúsculas. — Lima, 1901 (1a. edición); Lima, 1909 (2a. edición); Lima, 1928 (3a. edición).

Presbiterianas. — Lima, 1909 (1a. edición); Lima, 1928 (2a. edición).

Exóticas. — Lima, 1911.

Trozos de Vida. — París, 1933.

Baladas Peruanas. — Santiago, 1935 (Prólogo de Luis Alberto Sánchez).

Grafitos. — París, 1937.

MANUEL G. PRADA

FIGURAS
Y
FIGURONES

MANUEL PARDO — PIÉROLA — ROMAÑA
JOSÉ PARDO

Con el estudio crítico de
RUFINO BLANCO-FOMBONA
sobre el autor

PARIS
TIPOGRAFÍA DE LOUIS BELLENAND ET FILS
1938

SE HA EFECTUADO UN TIRAJE
DE TREINTA EJEMPLARES EN
PAPEL DE HOLANDA VAN GELDER
NUMERADOS DE 1 A 30.

INDICE

PALABRAS DEL EDITOR.....	7
MANUEL GONZÁLEZ PRADA, estudio crítico de RUFINO BLANCO-FOMBONA	13
MANUEL PARDO.....	117
PIÉROLA	151
ROMAÑA	235
Romaña	237
¿Imbécil o malo?.....	267
JOSÉ PARDO.....	281

PALABRAS DEL EDITOR

Esta galería de Presidentes del Perú ostenta en su título un plural exagerado, pues apenas si la silueta de Manuel Pardo alcanza a singularizarse con cierta dignidad de figura. La explicación es obvia : el autor tuvo el propósito de trazar las semblanzas de otros personajes peruanos; pero sólo llegó a dar forma más o menos definitiva a las incluidas en esta recopilación. Las demás aparecerán a su debido tiempo.

Siguiendo el método adoptado en las anteriores publicaciones póstumas de los manuscritos de González Prada, suplemen-

tamos cada artículo con algunas informaciones bibliográficas. Observará el lector que todo el material de Figuras y figurones es inédito, excepto el capítulo Romaña. Se impone una aclaración. En un índice o proyecto de este libro, el autor inscribió el nombre de Eduardo L. de Romaña : no existe, sin embargo, entre sus producciones inéditas o publicadas, escrito que lleve exactamente ese título. Durante los años 1899 a 1903, publicó González Prada numerosos artículos contra el Presidente Romaña y su gobierno : El honrado y el devoto, El Mensaje y la prensa, El Mensaje y la Providencia, Romaña, ¿Imbécil o malo? etc., y conjeturamos que fué propósito nunca cumplido del autor refundir en una semblanza con el título de Eduardo L. de Romaña, pasajes escogidos de estos dos últimos artículos. Por tal razón hemos resuelto insertar aquí Romaña e ¿Imbécil o malo? A pesar de ser páginas esencialmente

periodísticas, nacidas en la efervescencia política del instante, armonizan con el tono de este libro; no disuenan junto a los demás capítulos, escritos indudablemente con mayor premeditación y reposo.

Al pie de las páginas liminares de los artículos hemos apuntado algunos datos biográficos sobre cada personaje : absurdos en su brevedad para el lector peruano, orientarán quizá a uno que otro lector extranjero, poco familiarizado con ciertos nombres efímeros de nuestra historia política.

Las notas — salvo indicación contraria — son del autor. Y, como en las precedentes publicaciones póstumas, reproducimos, sin incorporarlas al texto, las notas marginales del manuscrito.

No faltarán personas conciliadoras y prudentes que censuren la oportunidad de exhumar esta literatura de beligerancia. Creemos, sin embargo, que estas páginas

póstumas — aun las más virulentas — han dejado, por razón de su cronología, de pertenecer al panfleto y a la polémica para incorporarse al documento y a la Historia. Con tal criterio las damos al público. Si a pesar de ello levantan rencores nuevos o despiertan odios adormecidos contra la memoria de su autor, no olvidemos que los verdaderos cides campeadores continúan librando el buen combate hasta después de muertos.

*
* *

Numerosos lectores de González Prada nos han solicitado con frecuencia y en vano, ejemplares de la edición madrileña de Páginas Libres, a fin de conocer el estudio crítico de Rufino Blanco-Fombona que le sirve de prólogo. Agotada esa edición, hemos decidido reproducir dicho ensayo en este volumen. No está aquí fuera de lugar : el vívido panorama social, político y literario del Perú que traza la pluma maestra de

Blanco-Fombona, viene a ser — para el lector no peruano — clave bien adecuada para descifrar ciertos pasajes de Figuras y Figuronos, inevitablemente oscuros en sus alusiones locales. Encierran, además, estas páginas un certero análisis de la personalidad, vida y obra de González Prada, y cuentan entre las más brillantes que la Crítica haya producido en nuestro Continente. Difundir su lectura es, pues, contribuir al mejor conocimiento de dos grandes escritores de América.

ALFREDO GONZÁLEZ-PRADA.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

ESTUDIO CRÍTICO

DE

RUFINO BLANCO-FOMBONA

MANUEL GONZÁLEZ PRADA¹

I

LIMA, EN TIEMPOS DEL VIRREINATO

Perú fué, como todos saben, el más opulento y poderoso virreinato de España en la América del Sur.

1. Este estudio crítico se publicó por primera vez en 1915, a manera de prólogo a la segunda edición de *Páginas Libres* (Madrid, Sociedad Española de Librería). Dos años más tarde, reunió Blanco-Fombona en un volumen : *Grandes escritores de América, Siglo XIX* (Madrid, Renacimiento, 1917) sus ensayos críticos sobre Bello, Sarmiento, Hostos, Montalvo y González Prada. Quien compare ambos textos del estudio sobre Prada, es decir, el inserto en *Páginas Libres* y el publicado en *Grandes escritores de América*, observará que el último ha sido corregido por el autor. Por tal razón, es el que reproducimos en estas páginas.

El cotejo de los textos de 1915 y 1917 acusa en este

Del virreinato peruano dependían un tiempo : Nueva Granada, Venezuela, Quito, Chile, Bolivia y Buenos Aires. Las más viejas y prestigiosas dinastías de Europa no gobernaron nunca tan vasto imperio como el que gobernaba desde Lima un simple virrey español.

Lima era, puede decirse, y se ha dicho, la

supresiones, adiciones y enmiendas : las supresiones (dos o tres) y las enmiendas (menos de una docena) obedecen a meros perfeccionamientos de forma que no afectan el contenido ideológico ; las adiciones (una veintena) varían en importancia, desde la añadidura de simples palabras (como los nombres de *Veintemilla* y *Azorín* en las páginas 49 y 84, respectivamente; la palabra *Grecia* en la página 87; el adjetivo *agresiva* en la nota de la página 102; etc.) hasta la intercalación de sentencias, párrafos y páginas (como los datos estadísticos sobre la población de Madrid, en la página 17; la frase : « *Bolognesi y Grau son nombres de epopeya ; y ¡ cuánto anónimo Grau, cuánto ignoto Bolognesi no produjo aquel pueblo !* » en la página 52; la extensa nota de la página 23; los tres acápites de la página 72; las quince líneas que comienzan con las palabras : « *Por lo demás, resulta en verdad un poco arbitrario...* », etc., en las páginas 78 y 79; las ocho líneas de la referencia a Shelley al principio de la página 106, etc.).

Los fragmentos de González Prada citados por Blanco-Fombona en el curso de su ensayo adolecen con frecuencia de yerros de copista : hemos restablecido, en tales casos, la exactitud de los textos.

(Nota del editor.)

capital de la América del Sur. En el siglo xvii y aun en el siglo xviii, no abundaban en el mundo las ciudades congestionadas, por lo menos en el grado que ahora conocemos a Londres, a París, a Nueva York, a Buenos Aires. Entonces Madrid,

Madrid, princesa de las Españas,

según el verso de Musset, traducido por Juan Clemente Zenea, si no me equivoco, era una ciudad que, considerada a la luz de las modernas estadísticas, pasaría por de cuarto o quinto orden. En 1546, ya descubierta la América, tenía Madrid apenas 24.000 almas; en 1577, bajo el reinado del formidable Felipe II, no contaba sino 45.422. Hasta el siglo xviii no llegó a los 100.000 habitantes. ¡Y era la capital de un imperio gigantesco! Así Lima, capital de media América, apenas cuenta, según el censo del virrey Gil de Taboada, censo practicado entre 1790 y 1796, con una población de 52.627 habitantes : la tercera parte, poco más, poco menos, del Madrid de entonces. Es, sin embargo, una importante y bella ciudad de la época, la más bella e importante en la América del Sur.

Sus calles son rectas y amplias; sus edificios, de ladrillo y piedra. Posee jardines, paseos, fuentes de bronce en las plazas públicas. Tiene imprentas, periódicos, tres colegios, una Universidad. Mil cuatrocientos coches se cruzan de diario en sus carreras. Innúmeros títulos de Castilla : un duque, cuarenta y seis marqueses, treinta y cinco condes, un vizconde, ostentan el escudo de sus armas sobre la puerta de sus palacios. No importa que tales títulos o muchos de ellos se pagasen en relucientes peluconas a la venal corte de Madrid, satisfaciendo una forma de vanidad criolla que era el rastacuerismo de entonces. ¡No importa! Aquellos ricos peruanos, títulos de Castilla, formaban una corte brillante en torno del virrey.

Y todo es fiesta en aquella Lima opulenta, regalada y sensual; toros, bailes, comidas, besamanos, *recibimientos* de la Universidad se suceden. Los amores clandestinos abundan. A veces, los amores clandestinos son públicos. Los virreyes no se desdeñan de dar el ejemplo. A promedios del siglo XVIII era, no ya notoria, sino ruidosa, la mancebía del anciano virrey Amat con una joven actriz de Lima, apodada la *Perri-choli*. Un detalle pinta la época, las costumbres,

a Amat y a la *Perricholi*. Teníase por privilegio de los títulos de Castilla el enganchar a la carroza doble tiro de mulas. Pues bien, la concubina de Amat, cuando le vino en gana, apareció en su carroza de cuatro mulas, haciendo arrastrar por las calles, al mismo tiempo que su hermosura, su insolencia.

En aquella vida de los limeños, devota, sensual y cortesana, se busca y se encuentra motivo para fiestas en la recepción de un virrey, en la llegada de un arzobispo, en el grado de un doctor, en el onomástico de algún magnate, en la fiesta de algún santo o en la conmemoración de alguna antigua victoria española.

Y no son los cincuenta y tantos mil limeños los felices. En Lima sólo 17.215 habitantes son de raza española. Es esa estrecha oligarquía la que domina y se regala. Lo demás, es el pueblo pasivo y laborioso, que trabaja para los amos.

Esa tradición de metrópoli rica, sensual y cortesana, dará sello a Lima. Este sello tradicional lo veremos claro en la época de la independencia y en un siglo de república.

II

CARACTERES DE LIMA Y EL PERÚ

Asentada la sociedad limeña, durante la colonia, sobre la división de castas y la explotación de castas inferiores por una minoría de raza española — minoría rica, regalada, sensual, devota, ignorantona, muy sociable y muy chunquera — conservará, durante la República, la mayor parte de esos caracteres. Esos caracteres le imprimen sello : Lima será la misma en el siglo XIX que en el siglo XVIII, durante la república que durante los virreyes : burlesca, conversadora, religiosa, elegante, enamorada, ignorante y llena de preocupaciones antañonas. Las castas perdurarán porque la evolución democrática se realizará muy lentamente.

Lima posee, además, dos particularidades; primera : su capitalidad es un contrasentido de geografía política.

La ciudad, a diez kilómetros del Pacífico — en costa árida, desierta, enfermiza — se halla separada por la cordillera de los Andes del sano y opulento país cuya capital es.

La segunda particularidad consiste en que el clima limeño contribuye a enmuellecer la raza. Desde el siglo XVIII observaban ya el peruano Unanue y Humboldt que hasta el perro era más dulce y manso en Lima que en parte alguna.

Lima no es, pues, una ciudad guerrera como Caracas, o México, o Santiago, ni letrada como Bogotá, ni comercial como Buenos Aires. La carencia de algunas condiciones hace desarrollar otras que las suplan. Lima se distingue por lo cortesanesco : es un pueblo de diplomáticos.

Pero que Lima no sea una ciudad combativa no significa que el Perú sea pueblo cobarde. Las razas de la Sierra Andina son enérgicas, fuertes, guerreras. La Historia lo demuestra.

Durante nuestra guerra de emancipación — que hasta hoy es la piedra de toque para los pueblos americanos — el Perú fué el soldado de España. El virreinato desempeñó un papel de primer orden en la historia de la época. Fué para Chile, Quito, Bolivia y Argentina lo que la España europea fué para México, y con más empeño para Nueva Granada y Venezuela.

España envió una, y otra, y otra expedición a estos tres países, principalmente a Venezuela, núcleo de la más poderosa resistencia, y

porque estrategas y políticos de la Península creían que, dominado este punto céntrico del continente, sería fácil extender la pacificación hacia el Norte y hacia el Sur. En cambio, a los países australes, España no envió ni grandes ni frecuentes expediciones militares.

En 1814, por ejemplo, arribaron de Europa dos mil hombres (2.000) a territorio rioplatense, ni siquiera a Buenos Aires, sino a Montevideo; y desde esa fecha hasta la conclusión de la guerra, en 1825, no mandó España un solo soldado más al Río de la Plata. Allí, pues, se luchó por la emancipación menos que en el Norte. Y cuando se luchó, la lucha no fué por lo general contra tropas españolas, ni contra caudillos españoles que sublevaron, como Boves, a las ignaras masas criollas, sino contra tropas indias del Perú, expedidas por el virrey de Lima.

¡Feliz el pueblo argentino, a quien la emancipación costó poco! ¡Feliz, porque la guerra allí no asumió ni un instante el carácter terrible que mantuvo durante catorce años en los pueblos del Norte, máxime en Venezuela, escudo de América entonces, país de la guerra a muerte! Mientras Buenos Aires de 1810 a 1819 aumenta su población, Caracas, diezmada por la guerra

y ocupada sucesivamente por Monteverde, por Bolívar, por Boves, por Morillo, por Berm dez, por Pereira, y luego definitivamente por el Libertador, después de Carabobo, es para 1825 un montón de ruinas en medio de un desierto¹.

Mientras España combatía en el Norte de Sur-

1. El 10 de Julio de 1825 escribe el Libertador, desde el Cuzco, a su tío D. Esteban Palacios que regresa a Venezuela por entonces, después de muchos años de ausencia en Europa. Y le dice :

« Mi querido tío Esteban y buen padrino : ¡Con cuánto gozo ha resucitado usted ayer para mí! Ayer supe que vivía usted y que vivía en nuestra querida patria! ¡Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, tan parecida a usted, resucitó de la tumba, se ofreció a mí en imagen; mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino se reunieron en un punto para decirme que usted era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que usted me daba cuando era inocente : todo vino en tropel a agitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa... Mi querido tío : Usted habrá sentido el sueño de Epiménides : usted ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces... Usted se encontrará en Caracas... y observará que nada es de lo que fué. Usted dejó una dilatada y hermosa familia : ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la civilización y los primeros elementos de la sociedad; y usted lo encuentra todo en

América, con su viejo heroísmo histórico, servía el Perú, en la parte austral, de metrópoli. Tropas indígenas del Perú bastaron para mantener en obediencia a Quito hasta 1821, y a la mitad Norte del antiguo virreinato del Río de la Plata hasta 1825, fecha en que la libertaron tropas y triunfos de la Gran Colombia y pudo el Libertador fundar con esos territorios la actual república de Bolivia.

En Chile ocurrió algo, si no igual, parecido. Tropas expedicionarias de Lima, al mando de jefes peninsulares, restablecieron el imperio

escombros, todo en memorias. Los vivientes han desaparecido. Las obras de los hombres, las cosas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza.

Usted se preguntará a sí mismo : ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos?

Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre ¡por el solo delito de haber amado la justicia!...

Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad; y está (la ciudad) cubierta de la gloria del martirio...

(*CARTAS DEL LIBERTADOR : Memorias del general O'Leary*, vol. XXX, págs. 90-91, ed. oficial, Caracas, 1887.)

español en la patria de O'Higgins y los Carrera, y mantuvieron este dominio hasta 1817 y 1818.

Casi siempre llevaron las bravísimas tropas del Perú la mejor parte.

Triunfaron, por ejemplo, contra los argentinos en Vilcapugio, Ayohuma, Viluma; contra los chilenos en Talcahuano y Rancagua; contra los argentino-chilenos reunidos, y a las órdenes de San Martín, en Cancha-Rayada. Las expediciones peruanas a Chile fueron destruidas en Chacabuco y Maipo por el mismo San Martín y el heroico O'Higgins; pero el territorio del Perú y del Alto Perú lo conservaron los peruanos para la madre patria hasta 1824 y 1825, triunfando en Moquehua, en Ica, en Torata, e invadiendo con éxito, sin un solo revés, el territorio argentino por Salta. Si se devuelven, ya en el corazón de la Argentina, a pesar de no haber sufrido un solo descalabro, y casi sin combatir, porque el enemigo refulaba hacia el interior del país, es por la insurrección de Bolivia, a sus espaldas; porque esta insurrección los aísla de su centro de operaciones y les impide toda comunicación con Lima y el virrey.

Así, pues, con algunos miserables auxilios de tropas y oficiales españoles, el Perú mantuvo en

zozobra, durante catorce años, a toda la América Meridional, al Sur del Ecuador. Los jefes de ese ejército peruano-español : los Abascal, los Pezuela, los Ramírez, los Goyeneche, los La Serna, los Canterac, los Valdés, los Olañeta tuvieron la orgullosa alegría de conservar o contribuir a conservar la bandera de España — hasta Junín y Ayacucho — sobre las torres de la antigua capital del Perú, la capital estratégica, la sagrada ciudad incaica, la Roma de los Andes, la secular y maravillosa ciudad del Cuzco.

Como se advierte, el Perú supo guerrear, aunque no por su independencia. Estuvo al servicio de la reacción, defendió el Pasado. Representó en la revolución de América, y de acuerdo con las tradiciones del virreinato, una fuerza conservadora.

Ese será su carácter durante el siglo XIX.

Entretanto, Lima tampoco perderá su sello de ciudad opulenta y tornadiza, más diplomática que guerrera.

Cuando se inicia en América la revolución de independencia — obra en todo el Continente de los cabildos capitalinos y de inteligentes oligarquías criollas de Caracas, Buenos Aires, Bogotá,

Santiago, México — la ciudad de Lima se reduce a intentar una revolución de intrigas palaciegas, excitando al virrey Abascal a que se coronase rey, con independencia de la Península.

Lima es la última capital de América que obtiene la libertad. Y no se emancipa por sí propia, sino con ayuda de argentinos, chilenos, ecuatorianos, bolivianos, granadinos y venezolanos, que formarán el Ejército unido de Sur-América, bajo la conducta de Bolívar y su primer teniente el mariscal Sucre¹.

1. Conociendo, aunque sea someramente, el carácter de Lima y su situación en la geografía del país, queda explicado el absurdo estratégico de San Martín en el Perú y su completo fracaso. Como si no hubiera abierto jamás un mapa del Perú, abrió campaña sobre Lima, y creyó que tomando a Lima había dominado el virreinato.

Los generales españoles le abandonaron a Lima sin defenderla. San Martín creyó que, sin él disparar un fusil, acababa de libertar el Perú, y escribió a O'Higgins: « El Perú es libre ». Estaba ciego. Con razón dice Mitre, panegirista de San Martín: el abandono de Lima « hace alto honor a la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongó cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín... » (Vol. II, pág. 672.)

Paz Soldán, historiador de *El Perú independiente*, escribe a su turno: « La posesión de la capital era una ventaja aparente, que sólo halagaba la vanidad, pero militar-

III

CARÁCTER DE LA LITERATURA PERUANA

Este carácter conservador del Perú mantiene, insistimos en ello, durante casi toda su historia contemporánea.

Se cree en la sangre azul; una oligarquía domina; los clérigos educan a la juventud; innumerables congregaciones religiosas viven en el país y del país. « Se observa (exclamó González Prada, ayer no más, en 1902), se observa la más

mente no presentaba ninguna ventaja ». (Vol. II, pág. 78.)

Los españoles se internaron en la Sierra del Perú, rica en hombres, rica en ganados, rica en caballerías, llena de pueblos prósperos con cultivos varios, con minas de metales preciosos, con posiciones militares de primer orden y poblada con gente más guerrera y enérgica que la costeña. Allí organizaron un ejército de 23.000 hombres, que antes nunca tuvieron. A San Martín, por eso, lo mismo que por la insubordinación de sus propias tropas y por mil y un errores de carácter político y administrativo, que le granjearon el odio de los limeños y provocaron la revolución que depuso a Monteagudo, su ministro y verdadero dictador del Perú, no le quedó más camino, abandonado, receloso y maltrecho, que correr a Guayaquil a echarse en brazos de Bolívar y solicitar, en favor propio y del Perú, el apoyo militar de la Gran Colombia. A este hacer de la necesidad

estricta división de clases. » Y añade : « Respetuosas genuflexiones a collares de perlas y sombreros con plumas de avestruz, desconsideración y menosprecio a trajes descoloridos y mantas raídas ». Aunque estas palabras de González Prada se refieren exclusivamente a ciertos cuerpos, pueden en rigor aplicarse a toda la sociedad donde semejantes corporaciones mangonean y pelechan. Otro peruano de calidad, Ventura García Calderón, lo comprende, y escribe : « Subsisten las castas coloniales y sus prejuicios. » La casta dominante conserva con celo, hasta en las exterioridades, su superio-

virtud es a lo que se ha llamado la abnegación del general San Martín.

Apenas llegó al virreinato, Bolívar procedió de otro modo. No se cuidó de Lima como capital estratégica. Situó su cuartel general en el Norte del Perú, recorrió los Andes peruanos del Septentrión al Mediodía, en los Andes peruanos hizo la campaña de 1824 y en los Andes peruanos libró las batallas que decidieron, no sólo de la suerte de Lima, del Perú y del Alto Perú, sino que emanciparon definitivamente a Chile, Argentina y Ecuador, es decir, al Continente.

Si se quisiese comparar como estrategias al Libertador y a San Martín, ahí está el Perú, campo de acción para el uno y el otro. Ahí está, además, el resultado definitivo de una y otra campaña.

ridad : una mácula de tinta en algún dedo, o la corbata ladeada, o los brodequines polvorientos bastarían para desdorar a un petimetre de Lima.

Como el catolicismo es una de las bases sobre que descansan las clases dirigentes o dominantes, se hace del catolicismo una religión de Estado. El que no sea católico no espere ni la piedad obligatoria de hospicios y hospitales. « En hospitales y casas de misericordia — ruge González Prada — desatendencia o maltrato al enfermo que no bebe el agua de Lourdes ni clama por la bendición del capellán. »

No existe el divorcio; pero existe la pena de muerte. A la indiada infeliz la domina en absoluto y sin escrúpulos minoría de capataces : abogados, periodistas, clérigos, coroneles y generales¹.

1. Chile, pueblo rival del Perú, ha conservado también una estructura conservadora, con distintos resultados que su vecino del Norte. ¿Por qué?

Veré si encuentro explicación satisfactoria.

Chile, país paupérrimo y de suelo ingrato — picachos andinos o rocas batidas por el mar — ha tenido que desplegar una energía inmensa para vivir y prosperar sobre sus peñas. Esa energía, en el fondo, no hizo el moderno Chile sino desarrollarla; ya la recibió en herencia de aquella formidable raza araucana que dió origen a la única aceptable epopeya escrita en castellano : *La Araucana*, de Ercilla. La raza conquistadora, los compañeros

Esta persistencia del carácter conservador peruano durante el siglo XIX, a pesar de los embates de la democracia, se debe, en primer término, a que las mismas causas de antaño siguen obrando con eficacia en aquella sociedad, a saber : una minoría blanca que explota a la indiería ignara y fanática, y para dominarla

de aquel Valdivia que se paseó por los Andes como Pedro por su casa, pusieron asimismo su contingente : conquistador sin extrema energía, no pudo permanecer en aquel suelo miserable poblado por indígenas que disputaban sus estériles rocas con tanto brío.

Como durante el período colonial no tuvo tradiciones brillantes como el Perú aquella obscura provincia, sus tradiciones de más orgullo datan de los esfuerzos que hizo el país para independizarse de España.

Su conservadorismo, en consecuencia, es eminentemente nacionalista. La base de ese conservadorismo es un sentimiento patriótico, a veces agresivo. Como es un Estado que por las condiciones de su suelo y de su posición geográfica tiende a la expansión hacia el Norte y hacia el Este, las clases, aunque divididas por prejuicios antidemocráticos, se unen de corazón en el callado anhelo de crearse una patria más grande.

Aunque lejos de ser liberal ni justiciero el conservantismo chileno, carece del elegante egoísmo de los dirigentes del Perú. Los resultados han sido diferentes. Chile, con un déficit en su presupuesto que no tiene el rico Perú, ha hecho mejor papel que este hermoso país, tan digno de la más risueña suerte.

se apoya en privilegios, preocupaciones, carencia de instrucción popular y abundancia de cleri-galla y clericalismo. Persisten igualmente razones económicas y hasta de geografía física y política. Ferrocarriles, escuelas, inmigración blanca, contacto con pueblos de Europa, prédica de apóstoles generosos, y aun el mismo desastre nacional de Tacna y Arica están cambiando, han cambiado en sentido de progreso y mejora el medio. Pero durante mucho tiempo perduran las viejas desigualdades, la antigua concepción de la existencia social. A medida que las causas eficientes van debilitándose, va también decolorándose el subido tinte conservador; se humaniza y democratiza el país. Pero las tradiciones tienen allí todavía arraigos, y rasgos del fastuoso virreinato se conservan en la República.

Y si en general el espíritu del país — soldado de España contra América en las luchas de emancipación — se mantuvo durante mucha parte del siglo XIX casi incólume e inconfundible, mantúvose también con la persistencia de intenso perfume en el frasco, ya vacío, que lo contuvo, el carácter de Lima, más sinuoso que enérgico, más bizantino que esparciata.

En dos momentos graves de la vida peruana,

durante la centuria postrera, puede observarse que la muelle y regalada capital de los virreyes perdura en la capital democrática de la República: cuando la agresión de España en 1865-1866, y cuando la guerra de 1879 contra Chile.

En el primer caso, España, de modo arbitrario y pirático (y con su todavía, para esa fecha, no desvanecido sueño de volver a poner pie en aquella América que un día conquistó, cristianizó y gobernó) ocupa en el Pacífico las islas Chinchas, pertenecientes al Perú. El Gobierno de Lima no vacila en ofrecer por rescate de aquellas islas tres millones y medio de pesos fuertes (Enero de 1865).

Por fortuna, estalla una insurrección popular contra el Gobierno que pacta semejante vileza, y la vileza queda sin reconocerse ni cumplirse por la insurrección triunfante. Era el país imponiéndose a la capital y salvándola de un paso de ignominia.

En el caso de la guerra con Chile, los ejércitos de este país, después de la batalla de Chorrillos (13 de Enero de 1881) y la de Miraflores, ocurrida dos días después, ocuparon a Lima y allí se establecieron, a pesar de los elementos de defensa con que contaban Lima y el Callao.

« Durante la ocupación chilena — escribe González Prada — algunas caritativas señoras se declararon *neutrales*. »

El país, en cambio, aunque en estado caótico y anárquico, se mantuvo luchando sin descanso (y sin éxito) hasta 1883.

En las letras peruanas puede seguirse el rastro de esta supervivencia de un alma colonial, desde 1810 hasta nuestros días.

Personaje representativo de Lima durante la revolución de independencia fué Riva-Agüero, hombre inteligente, halagador, palaciego, inquieto, inescrupuloso, ambicioso, que se introduce en la intimidad del virrey para hacerle traición; que conspira luego contra la autoridad de San Martín y contribuye a derrocarlo; que sin asomo de empacho se encasqueta el título de gran mariscal, cuando no empuñó jamás un acero ni jamás dirigió un combate; que, ya presidente, se declara un día en rebelión contra el Congreso, y no vacila en volverse abiertamente contra la República, de que ha sido jefe, y contra la patria de que es hijo, entendiéndose con los españoles.

Este mismo Riva-Agüero escribirá más tarde libelos anónimos contra los libertadores del

Perú. Como carece de autoridad moral, suscribe sus elucubraciones con el pseudónimo de *Pruwonena*. *Pruwonena* babea su odio contra los prohombres más ilustres de América : un San Martín, un Sucre, un Bolívar. Lamenta la desaparición de los antiguos duques, condes, vizcondes, etc.; es decir, el advenimiento de la democracia en su patria. La emancipación de esta le duele en el fondo. Por lo menos, le duele que se haya realizado sin él, a pesar de él.

En general, en ninguna parte se ha escrito con más acerbidad e injusticia contra los emancipadores americanos que en el Perú. En ninguna parte, sin embargo, se les aduló tanto en vida. Desde el honrado y mediocrísimo Paz Soldán hasta el pillastre e inteligente Mendiburu, que traicionó a España cuando creyó prepotente a América, y que luego traicionó a la República, cuando la vió vencida y la creyó en ruinas (como traicionó más tarde, en las luchas partidarias de su país, a cuantos fiaron en él) casi todos los historiógrafos peruanos son de una aspereza y de una injusticia insospechables contra los libertadores de América¹.

1. Ahora tratan los descendientes de este señor Riva-

Habr  de tales escritores como el tradicionalista Ricardo Palma, hombre de pluma fácil y de f ertil ingenio, que acusen a Bolívar, sin un solo documento en apoyo, de crímenes bajunos, absurdos, incomprensibles. Ese mismo

Agüero de hacerlo pasar por representante del peruanismo contra los libertadores, que eran de Argentina, de Chile y de la antigua Colombia. Pongamos los puntos sobre las  es. El peruanismo de Riva-Agüero se redujo a obscuras e intrincadas intrigas, de las cuales fué, a la postre, víctima; y a echarse en brazos de los europeos, de los españoles, de los dueños y tiranos de América, de los esclavizadores del Perú — a echarse en brazos del virrey La Serna y sus generales, traicionando al Perú contra aquellos guerreros que venían de los cuatro puntos del horizonte a libertarlo de esos mismos europeos, con los cuales él pactaba.

Remigio Silva, antiguo espía en Lima del general San Martín, fué el encargado de Riva-Agüero para ir al campamento del virrey y servir de intermediario, como sirvió, entre La Serna y Riva-Agüero.

He aquí, sin comentarios, el « *Artículo 5 *, MUY RESERVADO », del pacto propuesto por Riva-Agüero, presidente rebelado contra el Congreso que lo depuso, al virrey español : « *Artículo 5 *, MUY RESERVADO. Se convendrá el Gobierno del Perú en despedir a las tropas auxiliares que se hallan en Lima y el Callao; y si los jefes de éstas lo resistieran, entonces, *en concierto los ejércitos español y peruano*, las obligarán por la fuerza a evacuar *un país en que no existe ya el motivo por que fueron llamadas.* »

Ahora no falta sino que los descendientes de Torre-

Palma dedicará sus mejores años y sus mejores esfuerzos a encomiar la vida del Perú bajo los virreyes, a embellecer con talento las épocas más tenebrosas de la dominación extranjera en su patria y a entonar hermosísimo canto, el canto del esclavo, a sus dominadores¹.

Tagle y de Berindoaga salgan también sincerando a sus abuelos de la traición a la patria con que mancillaron ambos su nombre y su memoria.

Cuanto a Riva-Agüero, recordemos el romance clásico :

*De la ciudad de Zamora
un traidor hoy ha salido;
se llama Bellido Dolfos,
hijo de Dolfos Bellido.*

Con una ligera diferencia : Bellido Dolfos engañó y mató a un rey enemigo de su reina : ese era el patriotismo de la época. Riva-Agüero, para conservar el mando de que lo despojó el Congreso de su país, se entendió con el enemigo de su pueblo y traicionó a su patria.

Tal es el peruanismo de Riva-Agüero.

1. *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, es una de las obras más amenas y más americanas de nuestra literatura. Y caso curioso : esta obra tan americana es producto de un espíritu servil, tradicionalista, españolizante, colonial. Palma, imitador de los clásicos españoles en cuanto a estilo, se propuso, al escribir sus *Tradiciones*, conservar el recuerdo de la dominación europea, sintiendo la añoranza de las cadenas y la nostalgia del rebenque. Su obra se vincula, por el estilo, a la tradición literaria española, y por el asunto, a la tradición política de

Es necesario llegar hasta Francisco García Calderón, orgullo del pensamiento americano,

España. Palma es, repito, un españolizante, un retardatario, un espíritu servil, un hombre de la colonia. Sin embargo, su obra aparece muy americana. ¿Por qué? Porque nosotros, con muy buen acuerdo, tenemos por nuestros a aquellos conquistadores y dominadores de los cuales, directa o indirectamente, venimos. Porque nosotros *sentimos* la obra española en América, en lo que ella tuvo de bueno — y tuvo de bueno más de lo que se piensa — como propia.

Pero es tan poco americano en el fondo Palma, y tanta importancia concede a ciertas cosas de la Península, que no tienen ninguna, que cuando realizó un viaje a España se enorgulleció en letras de molde de que tales y cuales literatos le hubiesen acogido con sonrisas y apretones de manos. Esto revela al mulato, deslumbrado y seducido por la mano tendida y la silla brindada del hombre blanco. Se satisfizo a tal punto de que la Academia aceptase varios americanismos propuestos por él — como si nosotros necesitáramos de esa Academia para hablar y escribir como nos dé la gana — que cablegrafió a Lima *su triunfo*. Un franco-argentino, de talento y mala entraña, el señor Groussac, a la sazón en Perú, recordando la guerra con Chile y el alboroto de Palma, hizo esta cruel observación: « ¡Pobres triunfos peruanos! »

Por los mismos años de la ocupación chilena, Ricardo Palma, como si no hubiese mejor actividad a sus aptitudes y energías, se ensañaba contra la memoria de Bolívar, llamando asesino al hombre a quien el Perú debe la independencia y el territorio que Chile estaba arrebatándole.

hombre de los que abren vías, hombre que no nació para seguir sino para que lo siguiesen, si se desea encontrar, en punto a Historia,

Nunca pude explicarme aquel odio. Un limeño, amigo mío, me ha dado la clave del misterio. Hela aquí :

En los ejércitos de la Gran Colombia que pasaron al Perú con el Libertador había muchos negros de nuestras africanas costas. Conocida es la psicología del negro. La imprevisión, el desorden, la tendencia al robo, a la lascivia, la carencia de escrúpulos, parecen patrimonio suyo. Los negros de Colombia no fueron excepción. Al contrario : en una época revuelta, con trece años de campamento a las espaldas y en país ajeno, país al que en su barbarie consideraban tal vez como pueblo conquistado, no tuvieron a veces más freno ni correctivo sino el de las cuatro onzas de plomo que a menudo castigaban desmanes y fechorías. Una de aquellas diabluras cometidas en los suburbios de Lima por estos negros del Caribe fué la violación, un día o una noche, de ciertas pobres y honestas mujeres. De ese pecado mortal descende Ricardo Palma.

Así explica mi amigo del Perú el odio de Ricardo Palma a la memoria de Bolívar y de sus tropas.

Don Ricardo ha olvidado, hasta ahora, incluir entre sus *Tradiciones peruanas* esta amarga tradición de familia. No podemos echárselo en cara.

Me complace que el viejo mulato de Lima pueda leer antes de morirse esta breve nota. Se la debía. No tanto para vindicar la memoria de Bolívar, como para corresponder a las acotaciones que él puso, según parece, al margen de alguna obra mía en la Biblioteca Nacional del Perú. Donde las dan las toman, seor feolenco.

nuevas orientaciones en la mentalidad peruana.

Y los historiadores no se presentan como excepción.

Cultivadores del espíritu en otros órdenes de actividad, dejarán así mismo trazas de conservantismo y de transigencia bajuna con los amos de ayer.

En ninguna parte la literatura autóctona de América, el criollismo, el americanismo, tuvo hasta hace poco menos adeptos. Sucedió a menudo, eso sí, que aun los imitadores más imitadores, en momento de abandono y descuido, anduvieron, no sobre nubes exóticas, sino sobre el suelo de la patria. Y sus plantas, de aquel descuido, salieron perfumadas con las flores de nuestros campos. Pero generalmente no conocieron más flores sino las de papel, gala de jardines retóricos.

Esta impersonalidad, este no ser literario, este vivir de préstamo, estos sentimientos de sombra, estas ideas reflejas, esta ceguera a lo circundante, esta sordera para oírnos a nosotros mismos y este ridículo remedo literaturesco de la Europa, no es pecado exclusivo del Perú, sino de la América íntegra. Pero en otras partes hubo más independencia y más conatos de

literatura vernácula. En cambio, la mayor parte de los autores peruanos se pasa la vida, como expresa Ventura García Calderón, «imitando a los mismos maestros (*extranjeros*) con servilismo».

Si no fueron exclusivos del Perú lo simiesco, la descaracterización literaria, obsérvase allí que hasta algunos productores de obra americana lo hacen a pesar suyo, sin proponérselo o proponiéndose lo contrario. Ejemplo : Ricardo Palma, autor de las deliciosas *Tradiciones peruanas*, que hizo obra nacional cuando intentó hacer obra extranjera y celebrar la dominación europea en estilo y con chistes a la española.

En las *Tradiciones*, las menos son las consagradas a héroes y heroicidades exclusivos de América, y no faltan para estos, aquí y allá, arañazos de lego de convento que se come las uñas y no araña más porque no puede. En cambio ¡qué entusiasmo cuando se trata de frailes y virreyes de la colonia! Es autor de aquellos a quien no falta la lista de condes y marqueses del Perú.

La obra de Palma es americana, *malgré lui*. Toda su vida se la pasó imitando en versos, no ramplones sino grotescos, a Zorrilla, Bécquer, etc., y en suelta prosa a los Isla, Feijóo, cien

más, sin olvidar a Quevedo para los chistes.

No posee, sin embargo, el monopolio de parodiar lo ajeno. Todos hacían otro tanto. « No se copiaban — dice Ventura García Calderón — no se copiaban únicamente los metros y los moldes, sino eran imitados los sentimientos. » « La emoción fué pocas veces sincera, postiza la herejía y al leerlos sólo notamos el énfasis. »

En general, no hubo en Perú, ni menos en Lima, hasta Chocano, un poeta épico. Todos son líricos sin unción, de sentimientos de préstamo. Y abunda la poesía, no satírica, porque la sátira significa pasión, sino burlesca.

Un rimador, Felipe Pardo, cierra en malos versos anfibológicos contra la libertad nada menos :

*La libertad estéril y quimérica
que agosta en flor la juventud de América.*

Grito de caballero antañón, mal habido en una democracia. Por boca de D. Felipe Pardo, personaje de viso y poeta notable en su localidad, hablan castas enteras del Perú. Ridiculiza también el señor Pardo, en versos muy mediocres, por cierto, la constitución o carta fundamental de la república. Es, pues, un partidario del

absolutismo. No en balde se educó en la corte de Fernando VII.

Los poetas peruanos, casi sin excepción, imitaron a Espronceda, a Zorrilla, a Bécquer, que, si bien hombres de talento, eran, a su turno, lunas de soles extranjeros : Espronceda de Byron, Zorrilla de Víctor Hugo, Bécquer de Heine.

Un día a España le entraron ganas de apropiarse otra vez del Perú. Mandó unos cuantos barcos a bombardear el Callao. Pues bien, apenas si se encuentra en toda la literatura peruana un grito de ira contra aquella agresión injusta e impolítica, que hizo levantar la cabeza a toda la América del Sur y darse la mano a las repúblicas del Pacífico. El mismo crítico de las letras peruanas, D. Ventura García Calderón, que escribe en nuestros días y es un espíritu y un carácter emancipados, llama al bombardeo del Callao : « una excursión española a nuestras costas »¹.

1. Por los mismos días en que se escriben estas líneas promuévese en toda la prensa de Madrid un revuelo de opiniones, con motivo de la propuesta venta del *Numancia*, uno de los barcos que hicieron aquella « excursión ». Todos los diarios, sin discrepancia, se pronuncian por que

Muchos poetas, después del bombardeo del Callao, cantaron a España. Chocano mismo, en nuestro días, se acerca al pie del trono español aquejado por nostalgias inconfesables.

Un nieto de Riva-Agüero, de más talento que su abuelo, figura prócera de la más reciente literatura del Perú, ha escrito que España « procedió de muy buena fe en la expulsión de judíos y moriscos, en el establecimiento de la Inquisición, en la guerra contra los protestantes ».

Los pensadores de la España regenerada, un Pi y Margall, un Unamuno, un Altamira, opinan que aquella buena fe se llamó intolerancia y fanatismo²? El señor Riva-Agüero, como se ve, es más papista que el Papa.

La literatura de Perú se explica por la historia del virreinato y por la psicología nacional.

se conserve en el Museo como testigo de una página gloriosa de la historia española contemporánea. Algunos patriotas aprovechan para decirnos a los americanos cuatro frescas. Lo más sensato que he leído en este punto ha sido lo que suscribe D. Eduardo Gómez de Baquero, que también opina por la conservación.

2. El grave y sincero Unamuno acaba de escribir :

« Felipe II, en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la intransigencia. »

La falta de personalidad en muchos de sus cultivadores parece inverosímil.

De alguno de los más cultos hombres de pluma, *Juan de Arona*, escribe D. Ventura García Calderón en sus medulosos estudios ya citados sobre las letras patrias: « Recorrió todos los géneros literarios, pasó frenéticamente de uno a otro... » « Yo no sabría decir cuáles condiciones le faltaron a su espíritu, dotado admirablemente, para ser el gran literato que no ha sido. » Le faltó una cosa simple y rara: la sal de la vida, lo que imprime carácter al hombre y sabor a la obra: personalidad.

De otro autor no menos importante que *Juan de Arona*, el poeta Clemente Althaus, expone el eminente crítico supradicho: « toda la vida fué clásico y romántico ». A los clásicos españoles, « Althaus los imitó toda su vida... como romántico. Porque admira a Fray Luis de León le canta en una curiosa poesía perfectamente imitada ». Para luego advertir « los inconvenientes de ser corto de vista ».

De un tercer poeta, Manuel A. García, opina el propio crítico limeño que *hasta los adjetivos son importados*. « ¿No es original y casi inexplicable — pregunta — encontrar en libros de

Ricardo Palma y Manuel García los madrigales a huríes morenas, en metro breve, que popularizaron el nombre de Zorrilla? »

No, amigo censor, no es inexplicable. Lo inexplicable sería lo contrario : encontrar un autor con personalidad allí donde ninguno la tiene.

Los García Calderón, Chocano, y señaladamente González Prada, inician época nueva. La aparición de esos hombres en ese medio significa que la tierra nacional se ha cubierto de nitratos y que a las plantas rastreras suceden los árboles erguidos como campaniles vegetales : la araucaria, de elegante arquitectura; el mango rumoroso, cargado de frutas de oro; el magnolia odorante, con flores como blancos y núbiles senos.

Esa carencia de personalidad literaria, aunque — se repite — no exclusiva del Perú, parece allí genérica y más profunda.

Aquella suavidad de la raza, por lo menos en parte del país, que ya notaron Unanue y Humboldt desde el siglo XVIII, puede explicar la siguiente observación : no hubo en Perú, ni menos en Lima, hasta Chocano, un poeta épico.

Y saliendo de la literatura a la política, para

explicar ambas por la psicología nacional, advertimos que el Perú puede considerarse como el único país de Hispano-América que no ha producido un gran carácter en la política : ni un gran caudillo, ni un gran tirano. Castilla, su presidente más representativo en este sentido, ¿qué vale en comparación de una voluntad como la de Portales, Tomás Cipriano de Mosquera o Benito Juárez?

Esta excepción es elocuente para los que hayan sabido observar a nuestra América.

En América suele concurrir la ausencia de personalidad intelectual con una enérgica y asombrosa personalidad política. En pocas partes, pocas veces, dióse en política la planta humana tan ruda y de tanto vigor. Casi nunca el yo, no sólo insumiso, sino imperante, absorbente, expansivo, surgió con semejante brío y magnificencia como en la América caudillesca.

Los caudillos y tiranos de América, ya fuesen bárbaros y feroces como Rosas y Melgarejo; ya cultos y fanáticos como el Dr. Francia y García Moreno; ya deslumbrantes de soberbia, heroísmo y abnegación patriótica, como Solano López; ya civilizadores a palos, como Guzmán Blanco y Porfirio Díaz; ya sabios y pensadores,

como Rafael Núñez; ya hombres de ideal y de garra, en medio de su analfabetismo, como Rufino Barrios; ya sensualistas e instintivos, como Cipriano Castro; ya representen simples regresiones a lo animalesco de la selva y signifiquen el desboque de los más rastroeros instintos de la bestia, como Ulises Heureaux, *Lili*, « la pantera negra de Santo Domingo », como lo llamó Vargas Vila, todos, sin excepción, desde Rosas hasta *Lili*, todos representan un inimaginable y monstruoso desarrollo de la personalidad. Sólo en la Italia de los Borgias, los Sforza, los Médicis se produjeron hombres semejantes.

¡Cuán másculos y hermosos especímenes humanos de energía algunos de ellos! El desfigurado mariscal Solano López, hombre magnífico y potente, acero y oro, es una de las más férreas voluntades, una de las llamas psíquicas de más cumbre y lucimiento, uno de los yo más resistentes y deslumbradores de que la historia humana tenga noticia. Se parece en eso a Bolívar.

¿Cómo junto a tales águilas pudo rastrear tanta oruga?

¿Cómo junto a estas almas de diamante han podido pulular tantas almas de cera? ¿Cómo la marcada personalidad de los caudillos puede

encontrarse en la propia latitud y en el propio momento histórico, con la total ausencia de personalidad en los literatos?

Se dirá que aquellos imponían sumisión. No es verdad con respecto a los artistas, o no es verdad sino hasta cierto punto. En la pura y exclusiva obra de arte ¿qué tenía que mezclarse el caudillo, por tirano e inquisidor que fuese?

Además, la mayoría de nuestros escritores viajó fuera de su patria, vivió en Europa; lejos del tirano produjo obras. ¿Por qué no manifestó personalidad? Porque no la tuvo. Cuando la tuvo, la mostró. El tirano, aun el más despiadado, no fué óbice, así lo intentase, a la eclosión intelectual, cuando a su personalidad intromisora y despótica se opuso la personalidad vigorosa y combativa de un escritor de garra.

Rosas no obstaculizó el vuelo, aunque lo intentase, a esas águilas que se llaman Alberdi y Sarmiento. Montalvo erigió sus enhiestos *Tratados*, blandió sus flageladoras *Catilinarias*, a pesar de García Moreno y Veintemilla. Rafael Núñez no impidió el germinar de un Vargas Vila, ni Juan Vicente González le pidió permiso a nadie, sin salir jamás de Caracas, para escribir y publicar los más erizados, deliciosos y viriles

libelos. El propio José Martí, no ya con déspota en turno sentado en el sillón provisional de la presidencia patria, sino con el conquistador europeo instalado por siglos en la tierra, se fué a patrias ajenas a laborar por la suya y a escribir en páginas maestras, con una sinceridad viril, cuanto sintió, cuanto pensó. De Hostos pudiera decirse otro tanto.

En vano buscaríamos en el Perú, hasta Manuel González Prada, un nombre semejante a los de Alberdi, Montalvo o Cecilio Acosta, que también pudo entrar en lista. Tampoco encontraríamos allí un gran caudillo, ni un gran tirano : ni Rosas, el bebedor de sangre, ni Guzmán Blanco, el escultor de pueblos.

Si se ha hecho hincapié en el carácter social, político y literario del Perú, es precisamente para que se sepa en qué medio floreció y contra qué seculares inercias y arraigos alzó bandera y combatió Manuel González Prada.

A medida que vayamos viendo en páginas subsiguientes henchirse los músculos del púgil y escuchemos sus gritos estentóreos sobre la arena tinta de sangre, comprenderemos en detalle los esfuerzos del gladiador.

Vástago de esa familia americana a que perte-

necen un Hostos, un Martí, un Juan Vicente González, un Vargas Vila, un Montalvo, un Alberdi y un Sarmiento, este D. Manuel González Prada ha sido hombre de ideas, crítico literario, prosador, poeta, tribuno, reformador de la sociedad... y de la ortografía.

Estudiémoslo, por turno, en los diferentes empleos de su fuerza.

IV

APARICIÓN Y PAPEL HISTÓRICO DE GONZÁLEZ PRADA. — EL HOMBRE

En aquel Perú dividido en castas, en aquella Lima sensual, muelle, zumbona, jamás se conoció tan gallardo animal de presa como González Prada. Hasta entonces nunca se dió tal producto en tal zona. Cuando aquel tigre real apareció con las garras empurpuradas y llevando en la boca piltrafas de carne humana, el asombro fué unánime¹.

1. Las obras en prosa de González Prada, estampadas hasta la fecha, son : *Páginas Libres* (París, 1894); *Horas de*

Y de nada podía ni debía asombrarse aquella sociedad que acababa de pasar por una lenta pesadilla de cinco años, que acababa de ver sus ejércitos disueltos, su capital sometida, su territorio mutilado, su orgullo herido.

Porque toda aquella división de castas, todo aquel egoísmo de unos cuantos amos, toda aquella sumisión de la indiada irredenta, toda aquella imprevisión de los dirigentes, todas aquellas guerras civiles, toda aquella ignorancia del pueblo, todo aquel despilfarro de los señores, toda aquella literatura de imitación, todo aquel religiosismo fanático, la historia entera de medio siglo de desorden organizado, iba a culminar en una desastrosa guerra nacional.

El Perú no fué cobarde. Bolognesi y Grau son nombres de epopeya; y ¡cuánto anónimo Grau, cuánto ignoto Bolognesi no produjo aquel pueblo! No; no era cobarde el país que Chile venció. Mal aconsejados andarían los chilenos

Lucha (Lima, 1908); *La Biblioteca Nacional* (Lima, 1912).

En verso dió a la imprenta : *Minúsculas* (Lima, 1901); *Exóticas* (Lima, 1911); y otro volumen, *Presbíterianas*, única de las obras publicadas por Prada que no conozco. Ignoro dónde y cuándo salió a luz.

que tal asegurasen. Sobre incierto, es hábil recordar que

El vencedor ha honra del precio del vencido,

según balbuceó en sus versos fundamentales el arcipreste de Hita.

Era, sí, el Perú un país en desorganización, como el México de Maximiliano, como la Argentina de Rosas y Facundo Quiroga, como la Venezuela de la guerra federal. Era, además, pueblo sin exigente moral política, sin excesiva abnegación patriótica; un país con exceso de sangre quichua y dividido en castas; un país fanático, ignorante, con clases dirigentes retrógradas, sensualistas y faltas de voluntad. Lima lo mató. En cuanto a Lima, la perdieron sus tradiciones del virreinato, su contrasentido geográfico, la influencia de su clima y su gente.

Con Chile triunfaron, no sólo ejércitos bizarros, sino la homogeneidad de aspiraciones, la política de larga vista, la disciplina y una voluntad férrea y previsoras, que fué derecho a su objeto. Mientras Chile, homogéneo, audaz, aguerrido, pobre — vecino peligroso — embistió con todas sus fuerzas como un toro, el Perú se dividió en

partidos y la derrota echó la rúbrica a la anarquía.

Chile, frío, calculista, sin un instante de flaqueza ni de piedad, sordo a cuanto no fuera su interés presente y futuro, ya previsto de largo tiempo atrás por sus hombres de gobierno, arrancado por sus bayonetas durante la guerra, impuesto por sus diplomáticos el día de las negociaciones, mutiló al Perú cercenándole provincias ricas en salitre y guano, provincias que, aparte la importancia geográfica, política y sentimental, representaban para el Perú un enorme valor económico.

La pesadilla del Perú concluyó en 1884 con el alejamiento de las tropas chilenas. Partían, pero llevándose jirones de la patria histórica.

El país quedó sumido en estupor. Su economía trastornada, su política revuelta, su territorio mutilo. Por la herida abierta escurriáanse los restos de la energía nacional. Nunca pueblo alguno se comprendió más vencido ni se sintió más impotente.

Pintando el desconcierto de la época, González Prada exclama : « Chile nos deja el amilamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente. Se nota en los ánimos apatía

que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve a náuseas. »

Entonces, en medio de aquel envilecimiento, de aquella apatía, de aquella conformidad, de aquel amilanamiento, de aquella súbita pobreza, de aquella inesperada herida, de aquellas amargas lágrimas, de aquel cruento dolor, surgió Manuel González Prada. Apareció en 1886 en la tribuna del Ateneo de Lima.

¡Qué clarinada! Nunca voz limeña sonó con tanta virilidad y tanto brío.

Acomete contra todo cuanto contribuyó a formar el espíritu, las costumbres de aquella sociedad; contra todo lo que imaginó — con sutil psicología o por vaga adivinación — pudiera haber contribuido al vencimiento del Perú. Ataca por igual la educación religiosa, los vicios políticos, la influencia española, la mentira social, la literatura rancia, el antimilitarismo, la abyección.

¡Y en qué prosa! Una prosa de electricidad que brota relámpagos.

Cierra contra todo lo que implique retroceso en Arte, en Ciencia, en Política, en Literatura. Es decir, arrima el hombro a la empresa de desconservantizar el Perú, de romper con

fatales tradiciones que embelesan a un Palma, de sembrar aurora.

Su papel queda claro desde entonces. Su vigorosa función social no es de crítica, sino de reactivo. Será no sólo cauterio de la gangrena, sino inyectador de energías. En las venas exhaustas de la generación vencida introduce dinamita. En los corazones temblorosos inyecta el odio a Chile, la confianza en el propio esfuerzo y la fe en el porvenir. Será en el Perú durante largo tiempo el primer factor de renacimiento patrio. En la evolución de sus ideas filosóficas, estas se resentirán, durante vasto período, de ese papel histórico que en la política y las letras del Perú representa Manuel González Prada.

¿Quién era Prada para la época de su aparición en el Ateneo de Lima?

Para la época de su aparición en el Ateneo de Lima contaba más de treinta años. Se conocían de él versos románticos, heinianos, de juventud, mediocres. Los autores célebres en el Perú eran otros : Benjamín Cisneros, cantor de glorias europeas; Palma, también extranjerizado; *Juan de Arona*, romántico desafortado a veces, aunque erudito en letras clásicas, otras veces humorista, siempre metrificador adocenado, y la incontable

cáfila de imitadores subalternos, ya de Bécquer, ya de Selgas, ya de Lamartine, Víctor Hugo, Béranger. « Congestión de palabras, anemia de ideas », dirá luego Prada, refiriéndose a la inopia mental de ese período.

La guerra descubre agotamiento y silencio; los corazones del Perú no podían entusiasmarse con triunfos chilenos, y las lágrimas viriles no saben llorarlas humoristas como *Arona*, ni cantores de glorias y tradiciones extranjeras como un Palma, un Cisneros y otros plumíferos inferiores a estos.

En semejante momento intelectual y político resonó el verbo másculo de Prada.

Aquel hombre de treinta y tantos años era un tipo alto, elegante, los ojos azules, las maneras de gran distinción.

Pertenecía a una vieja familia peruana de abolengo en el virreinato. Se educó en el Seminario. Viajó por Europa. Llevó en París no vida disipada, sino de estudio y desarrollo psíquico.

Cuando aparece en el Ateneo de Lima, en 1886, el antiguo educando del Seminario se revela un librepensador; el joven mundano, un demócrata; el vástago de familia conservadora,

un revolucionario; el viajero, un patriota; el mal poeta, un gran prosador.

Su vida pública empieza entonces. Entonces emprende el Hércules la destrucción de las Estinfálidas.

¿Pero, qué dice aquel hombre? Oído.

De la sociedad peruana : « Donde se aplica el dedo brota pus. »

De los gobiernos : « La historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras : imbecilidad en acción. »

De la literatura : « El Perú no cuenta hoy con un literato que por el caudal y atrevimiento de sus ideas se remonte a la altura... ni que en el estilo se liberte de la imitación... »

Del periodismo :

« Nada se prostituyó más en el Perú que la palabra : ella debía unir y dividió; debía civilizar y embruteció; debía censurar y aduló. En nuestro desquiciamiento general, la pluma tiene la misma culpa que la espada. El diario carece de prestigio, no representa la fuerza inteligente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso y kilométrico hasta la crónica insustancial y chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada

y algo como crujido de carne viva despedazada por dientes de hiena... El publicista rodeó con atmósfera de simpatías a detentadores de la hacienda nacional, y el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecuciones y destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al Tesoro público, todo fué posible, porque tiranos y ladrones contaron con el silencio o el aplauso de una prensa cobarde, venal o cortesana. »

De los partidos políticos :

« Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro; pedazos de serpiente que palpan, saltan y quieren unirse con una cabeza que no existe. Hay cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir y mandar... »

De la instrucción :

« Sin especialistas, o, más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo : ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados

en Economía política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Táctica y Estrategia... Vimos al abogado dirigir la Hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército. »

De la educación en manos del clero :

« Todos esos colegios, fundados so capa de instruir a las mujeres, tienen por fin la propagación religiosa más a menos fanática... Los clérigos en la sociedad recuerdan a los cuerpos opacos en el Firmamento : aunque no se descubren a la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos... Todos los sacerdotes extranjeros (*en Lima*) van al mismo fin y se valen de iguales medios : desde el visitador dominico hasta el delegado apostólico, desde el azucarado padre francés, que representa la metamorfosis masculina de madame de Pompadour, hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero. »

¿ Son tales embestidas de Prada como bocanadas de odio? ¿ Indican pasiones subalternas

o vergonzosas? ¿Es el envidioso, el malogrado, el inepto, quien profiere en voces de censura y se entretiene en aguzar dientes de ratón contra el zócalo de las estatuas, que no puede morder? No. Habla un hombre de fuerza, un hombre de verdad, un hombre de bien. En su odio hay amor. El amor de lo bello, de lo bueno; el anhelo de perfección. Sentimiento el más generoso lo mueve : el altruísmo. Que los otros sean paradigmas de altivez, fuentes de hermosura, frutos de bondad. El patriotismo lo inspira, un patriotismo franco, rudo, desinteresado.

El más vil de los hombres es aquel que lisonjea a un personaje, a una corporación, a un pueblo, con fines de lucro. El que ostenta patriotismo para vivir de la Patria es como el fariseo que *finge fe para vivir del altar*. Sentimiento donde apunta el medro como finalidad es negocio de truhanes, así se disfracen los truhanes de abnegación. Este patriotismo habla claro, expone verdades, exhibe lepras, aplica cauterios. Jamás cobra sueldos, jamás acepta cargos públicos, jamás conserva largo tiempo jefaturas de partido. ¿Cuándo la idea de medro empañó la claridad de aquella conciencia? ¿Cuándo puso González Prada por escabel de ambiciones ni

su pluma de oro, ni su palabra de mármol, ni el prestigio de su nombre, ni la austeridad de su vida?

Lo mueve sólo un furioso afán de redentorismo. Existencia de veras apostólica. La vida de González Prada es uno de los más nobles ejemplos que puede proponerse a la juventud de América.

Y ¿cómo le pagan? Como a todos los redentores : con la cruz.

La sociedad lo repudia, el clero lo excomulga. Se inicia revolviendo la charca : ¡qué mayor enemigo! Poco a poco los radicales, los liberales, lo rodean ; y hasta se funda un partido : la « Unión Nacional », que lo reconoce por jefe.

Fué candidato de su partido a la presidencia de la República. Pero González Prada no debía saborear mieles políticas. Olvidando que las reformas se imponen a un país desde el Gobierno con menos desgaste de energías, Prada, todo ímpetu ; Prada, el abnegado ; Prada, el Bayardo del Perú, el caballero sin miedo y sin tacha, o posee deficiencias en cuanto hombre sociable y transigente, o ignora adrede los caminos de ascender al Capitolio. A ese rectilíneo le sobra orgullo, le falta acomodamiento. Sin vocación para la intriga, incapaz de bajarse a practicar

aquellas triquiñuelas y marramuncias que contribuyen al triunfo, fué él mismo el primer factor de su derrota.

Su partido se disgrega. Él se aísla y permanece distante, erguido, mudo, sin más satisfacción que la de ver cómo sus semillas fructifican, aunque no en provecho del sembrador.

Las ideas liberales, en efecto, a Prada más que a ninguno deben su presente difusión en tierra del Perú. Un flamante partido, compuesto con médicos y abogados de las provincias — gente liberta ya de funestas tradiciones peruanas — ha sido fecundado con el espíritu del maestro, y merced al espíritu del maestro, a su labor preparatoria de agronomía política, puede prosperar y prospera.

Entretanto el Perú fué convaleciendo poco a poco.

El dolor fertiliza más que el guano y deflagra más que el nitro. Chile se llevó salitre y estiércol; pero dejó dolor. El Perú, regado con lágrimas y removido por un energético de tal vis como González Prada, empezó a pimpollec.

Ha renacido de sus cenizas, como la Francia de 1870. Por su laboriosidad presente, por su cordura, por su fuerza, el enemigo de ayer es el

primero que hoy lo respeta en la América del Sur.

A medida que el Perú se iba robusteciendo, la obra estimulante de González Prada fué perdiendo de su actualidad. Al fin no le quedó al buen ciudadano sino callarse.

Los pueblos son tornadizos, ingratos. El Perú no quiso ser excepción.

González Prada no se queja. Conténtase con vivir retraído. De vez en cuando una vira conservadora busca el pecho de bronce. Pero lo que más hiera al púgil de seguro no son buidas y vibrantes saetas, sino la sorda, subterránea y bizca indiferencia; el deliberado silencio que se extiende en su torno. Para un hombre del Ágora, esa es la cruz.

Todas las tardes, hasta hace algún tiempo, se le veía a la misma hora, con fijeza cronométrica, en la Exposición, bello jardín de Lima, acompañado de su esposa, una hebrea¹, y de su hijo. En 1912 se dignó aceptar el primero, el único cargo de su carrera pública : la dirección de la Biblioteca Nacional.

1. Blanco-Fombona se equivoca : la esposa de González Prada no fué hebrea. Carecería de importancia la errónea aseveración, si dejarla en pie no significara desatender la influencia que tuvo en la vida y en la obra del

Pero es tan de presa este azor, que al entrar en la Biblioteca sacó en las garras, por los cabellos, chorreando ridículo, al antiguo bibliotecario, aquel jacarandoso Ricardo Palma. Nadie olvida en Perú el folleto donde González Prada daba cuenta al Gobierno del estado como encontró la librería nacional. Y menos que nadie lo olvidará el viejo mulato Palma : quedó convertido en calandrajó; quedó electrocutado, muerto.

escritor peruano el proceso religioso de su mujer. Nacida en Francia, en hogar católico, y ferviente devota hasta algunos años después de su matrimonio, la *Animadora* — como ha denominado Luis Alberto Sánchez a la esposa de González Prada — pudo, con su carácter fuerte y su fe militante de católica, haber aquietado los arrestos combativos del hombre unido a ella con lazos de amor. Pero ocurrió distintamente : circunstancias superfluo de pormenorizar en esta nota — y en las que ha hurgado, prolija y certera, la pluma de Sánchez en *Don Manuel* — precipitaron la paulatina conversión de la *Animadora* a la incredulidad religiosa. Proceso favorable al luchador que se anunciaba en Prada, porque si tal emancipación del Catolicismo no se hubiese producido en la esposa, mal habría podido arrogarse títulos de desfanatizador de un pueblo quien se mostraba impotente para erradicar las supersticiones de su propia mujer.

Algunos críticos, ávidos de descubrir motivo a ciertas actitudes violentas de González Prada, han acogido la versión del matrimonio israelita, interpretándolo como un gesto de desafío, como el rompimiento del Hereje

González Prada vivió siempre con modestia, de su corto patrimonio.

Como Vigil, antiguo profesor de anticlericalismo en el Perú, ha sido Manuel González Prada modelo de amistad, de dignidad y de santidad laica.

En el Perú de antaño, en la nación purulenta que él mismo apostrofó con crueldad hebrea, pudo considerarse a González Prada como González Prada consideró a otro peruano : « columna de mármol en las orillas de un río cenagoso ».

con la sociedad católica de su cuna, como el definitivo quemar de naves del Rebelde. Y, así, las corrosivas admoniciones del escritor limeño — rememoradoras a menudo del verbo flamígero de los profetas hebreos — han encontrado cómoda explicación en azuzamientos de alcoba. Nada más lejos de la verdad. Si hay en *Páginas Libres* y *Horas de Lucha* tonos más propios de varón bíblico que de hispanoamericano nacido a los doce grados de latitud Sur, debe buscarse en otras causas el secreto de tan bravía y anatópica beligerancia. Buscarlo, con el mismo Blanco-Fombona, en el antojo de una exótica antropogénesis : « En aquel Perú dividido en castas, en aquella Lima sensual, muelle, zumbona, jamás se conoció tan gallardo animal de presa como González Prada; hasta entonces nunca se dió tal producto en tal zona »; o con Ventura García Calderón, en el capricho de « un error geográfico ». Cúlpese a Lima o acúsese al trópico; pero no se insista en atribuir influencia en el carácter, en los actos y en la obra de González Prada a factores étnico-conyugales que no existieron. (*Nota del editor.*)

V

EL HOMBRE DE IDEAS

En el Perú, González Prada ha puesto ideas en circulación. ¿Ideas nuevas? No. ¿Cuántos hombres han introducido, no ideas, sino una sola idea en el acervo común? ¿Cuántos? Lo que ha hecho González Prada, como tantos otros, es descubrir verdades con relación a un objeto dado; crear ideas de relación.

Pero ¿puede considerársele como a un filósofo?

Filósofo lo es por cuanto generaliza : ama las ideas generales. Lo es en el sentido etimológico : ama la sabiduría. Lo es por su constante preocupación de buscar fórmulas de mejora humana. Lo es porque persigue ideales de bien y enuncia ideales de mejoramiento social. No lo es en el sentido, un poco anticuado, de creador de sistemas especulativos para conocer la verdad o parcelas de verdad. Se reduce este pensador, mixto de hombre de acción, a meditar por sí propio, lo que vale decir, con independencia, sobre cuestiones espirituales que preocupan a

los animales de razón; y a divulgar aquellas ideas con las que imagina que el hombre gana. Porque la primera preocupación de González Prada — recuérdese bien — no será de pura abstracción especulativa, sino de contribuir al mejoramiento social.

Es enemigo de las religiones.

« Toda religión — dice — resuelve a priori los problemas físicos y morales, forma una cosmogonía fantástica, algo así como la teoría de los colores por un ciego. » « Los antropoides, al acercarse al hombre, se despojan de la cola; las inteligencias, al perfeccionarse, pierden la religiosidad. »

No cree en vida futura ni en inmortalidad del alma. Es ateo.

« Hasta hoy, ¿a qué se reducen Dios y el alma? A dos entidades hipotéticas, imaginadas para explicar el origen de las cosas y las funciones del cerebro. »

La vida y la muerte las encara sin palidecer.

« ¿Para qué este hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en un mal. » « ¿A qué venimos a la Tierra?... Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas. »

« Quien dijo existencia, dijo dolor; y la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo a la nada. »

« ¿Existe algo más allá del sepulcro?... ¿Qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacía temblar a Turenne y horripilarse a Pascal? » Conced la respuesta : « ninguna, para no resultar engañados, o gozar con la sorpresa, si hay algo. »

Otros pudieran, en efecto, vivir contentos, viviendo en la ilusión, en el engaño. Espíritu tan noble como el de González Prada no recurre a inyecciones de morfina, sino prefiere poseer conciencia clara de todo, hasta del dolor, hasta de la inanidad del existir.

¡Con cuánta hermosura comenta el pensador limeño la hipótesis de una vida ultraterrena!

« Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones, extendiendo a todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes; abrimos con ella una *cuenta corriente*, pensamos tener un *debe* y un *haber*. Toda doctrina de penas y recompensas se funda en la

aplicación de la Teneduría de Libros a la Moral.»

De la Naturaleza, expone :

« La Naturaleza no aparece justa ni injusta, sino creadora... La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro y revisitamos otra forma? »

De la moral católica, piensa :

« Quien practica el bien por la remuneración póstuma no se distingue mucho del prestamista usurario que da hoy uno para recibir mañana diez. »

Un optimismo sano, fuerte, sirve, a pesar de todo, como aureola a esta filosofía viril y nervuda.

« Poco, nada vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la Humanidad? De que hasta hoy no hayamos resuelto el problema de la vida ¿se deduce que no le resolveremos un día? Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna, y ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos levantan

tan a regiones de serenidad y luz. El animal batallador y carnicero produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz con dormir, comer y procrear, escribe la Iliada, erige el Partenón y mide el curso de los astros.»

Antes de observar a González Prada en lucha para imponer sus ideas, tarea ajena al filósofo y propia del campeón, que es una de las facetas más claras de su personalidad, veamos de dónde procede el pensador, cuál es la filiación de su espíritu.

Adviértese con las solas *Páginas Libres*, su mejor libro, que González Prada, hombre de mucha lectura, conoce — sin contar a los sabios antiguos ni a los pensadores franceses e ingleses anteriores a la Revolución de 1789 — las figuras máximas de la filosofía alemana, desde Hegel hasta Schopenhauer. Los comentaristas y expositores del pensamiento francés contemporáneo también salen a colación muy a menudo, principalmente Renan, de cuyo temperamento es antípoda, pero a quien admira y sobre el que inserta una monografía en *Páginas Libres*.

A la formación del espíritu de González Prada han concurrido distintas corrientes del pensamiento filosófico en el siglo XIX.

Este ateo es un idealista. Aunque con firme base positivista, como hijo de su tiempo, de un tiempo que fundó sobre el conocimiento experimental toda concepción científica o filosófica, Manuel González Prada, hombre intuitivo, imaginación creadora, espíritu clarividente, pudo ser y es un idealista. Es decir, este hombre supo concebir anticipos de la realidad futura; y porque supo concebir anticipos de la realidad futura, porque quiso que ese porvenir fuera de mejora humana y porque luchó por ese futuro de perfeccionamiento que anteveía, Manuel González Prada debe ser considerado como un sembrador de ideales, un apóstol del bien, un idealista.

Este idealismo asumirá, primero, el aspecto apostólico del patriota: del reformador de la vida nacional; luego, el aspecto apostólico del anarquista: del reformador de la vida del hombre. Espíritus tan desemejantes como los de Guyau, Nietzsche, Renan y más tarde Kropotkine y Jean Grave parece que tienen, por una u otra razón, nexos transitorios con el espíritu de González Prada.

A Renan lo oyó mucho en el Colegio de Francia.

González Prada puede creer, como Renan, que sólo la Ciencia llegará a conocer la verdad, que el universo marcha a un fin : la realización del ideal; admira al estilista, celebra al erudito : « Ariel, que lleva en sus alas el polvo de una biblioteca »; pero González Prada, espíritu rectilíneo, de afirmaciones y negaciones claras, hombre de sacrificio, demócrata combatiente, hasta anarquista por rebeldía y generosidad, choca con lo fundamental de Renan : con el espíritu indeciso, apenumbado; con aquel buscar la parte de verdad que haya en toda mentira y la parte de mentira que haya en toda verdad; con el aristocratismo y el egoísmo del bretón. « Es probable que todos los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño », exclama Prada en son de censura.

Nietzsche y Guyau, aunque tan desemejantes entre sí, tienen ambos algún punto de contacto con él, y en todo caso no parecen extraños, repito, a la formación de aquel espíritu.

Como Nietzsche, preconiza Prada la transmutación de valores morales, aunque no con idéntico radicalismo. Cuando González Prada escribe : « el Cristianismo se redujo a la reacción del fanatismo judío y oriental contra la sana y hermosa

civilización helénica », parece que se estuviese leyendo una página del *Anticristo*.

En González Prada resaltan contradicciones que tampoco escasean en el pensador tudesco. Como Nietzsche, González Prada afirma sin darse la pena de probar lo que afirma, al punto de que pudiera repetir esta frase del teutón : « Yo no soy de aquellos que deben siempre dar la razón de lo que opinan ».

Se diría igualmente que, en ocasiones, Prada acepta la teoría del superhombre, conciliando esta creencia con su odio a los déspotas, con su exaltación del demos; y conciliándola por probidad de juicio, por fidelidad a una precisa y continua observación histórica. Bastarían para suponerlo salidas como la siguiente : « Épocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo : Grecia, en Alejandro; Roma, en César; España, en Carlos V; Inglaterra, en Cromwell; Francia, en Napoléon; América, en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola : era Grau. »

Además, el pensador de Lima se expresa como el filósofo de Roecken, en aforismos luminosos, y demuestra, como este, una sensibilidad extrema y una sinceridad desaforada.

Pero ahí se interrumpen las semejanzas y empiezan las oposiciones.

Al egoísmo feroz de Stirner y de Nietzsche, que lleva al primero a considerar el mundo como su cosa, como su propiedad, y lleva al otro a preconizar la dureza y a indignarse, v. gr., porque se concede a los obreros el derecho de sufragio, opone González Prada toda una vida dedicada a luchar por los demás : el altruísmo. Al aristocratismo de Renan y de Nietzsche, corresponde en Prada aquel amor al prójimo, que tiene el nombre de piedad en filosofía y de democracia en política.

Y a cuántos millones de kilómetros no se distancia de Nietzsche, cuando exclama :

« ¡Hay horas de solidarismo generoso en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos y aves, plantas y lagos, nubes y piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar todos los seres que habitan los globos del Firmamento! »

Prada no considera la Filosofía, repito, como pura y exclusiva especulación, sino que la convierte en función práctica. Gracias al concepto científico de las sociedades, las sociedades irán mejorando. Del foco deben todos gozar luz y

calor. La vida debe ser cómoda y debe ser bella. Que se difundan bienestar físico y comprensión estética : de ello resulta placer, es decir, felicidad.

Tales ideas, que si no con las propias palabras, ni en discurso continuo como hilo de perlas, se transparentan aquí y allá en su obra, lo vinculan a Guyau.

El parentesco entre ambos espíritus se verá más claro cuando González Prada afirme, por ejemplo : « El Arte ocupa la misma jerarquía que la religión »; o bien : « Las hipótesis de la Ciencia no atesoran menos inspiración que las afirmaciones de las añejas teogonías ». Prada quiere, como Guyau, una moral arreligiosa, que carezca de sanción ultraterrena; y ambos coinciden en desear la expansión del individuo. Sólo que Prada llega — por lo menos en sus últimos años — a partir límites con el más extremo anarquismo, mientras que en Guyau, esa expansión del individuo hacia los cuatro vientos de la vida, no colide, sino que se armoniza con la sociedad.

En resumen : ambos sueñan, cada uno a su modo, con la expansión del individuo, con el perfeccionamiento social.

Los tres vértices de la filosofía de Guyau : la vida, la sociedad, la belleza; su ideal de atrac-

ción de sensibilidades, simpatía de inteligencias y compenetración de conciencias ¿no se vislumbran en Prada — en el Prada de las *Páginas Libres*?

Mientras el francés especula en el terreno ideológico, el peruano talla en carne viva, no obedeciendo a teorías, sino a la realidad de carne y hueso. Pero el pensamiento, en definitiva, es quien inspira la palabra y mueve la mano. ¿Cuál es el pensamiento eje de las *Páginas Libres*?

En su propaganda por crear un Perú fuerte, que pueda encararse con el vencedor de la víspera, en su empresa de regenerador social, Prada, aunque atemperándose al papel político de exaltador de energías, aunque trabajando para recoger un fruto práctico, inmediato, preconiza la individualidad intensa dentro del propósito colectivo, la influencia social del Arte, el anhelo de una sociedad mejor por la compenetración de conciencias afines y la solidaridad con un ideal común.

¿No se descubre, por tenue que parezca, un hilo espiritual que une al filósofo de Francia con el batallador de Lima?

¿Qué importa que Prada, águila zahareña y

libérrima, siga su vuelo solo y encuentre, en su continuo adelantar por el espacio abierto, otras águilas hermanas? Lo que se quería era fijar hasta donde se pudiera la relación de su espíritu con otros espíritus, por lo menos en cuanto autor de las fulgurantes *Páginas Libres*.

Pero ahora me ocurre una duda. ¿No será baldía esta pena que me estoy dando para estudiar por cotejo y parentesco el espíritu de González Prada? ¿No se le encontrarán a González Prada igualmente, si se buscan, nexos transitorios con otros pensadores? Tanto lee el hombre moderno y tanto se divulgan sistemas y teorías, que no es difícil encontrarse a sí mismo, aunque sea de paso, en los otros. Por lo demás, resulta en verdad un poco arbitrario buscar la formación de un espíritu en contactos instantáneos con otros espíritus, máxime cuando estos vienen a ser tan desemejantes entre sí como los de Guyau y Nietzsche, por ejemplo. Prueba ya originalidad en un pensador el suscitar nombres y corrientes de opiniones tan antagónicos entre sí; no podía en efecto, un temperamento tan independiente como Prada, dejar de serlo y vestir librea de lacayo cuando el pensador se entrega a especulaciones filosóficas. Podemos

concluir que Prada es siempre Prada y que a la formación de su espíritu concurren, como ya se dijo, diferentes corrientes mentales del siglo XIX.

Como el propósito de este meditador parece, en primer término, si no exclusivamente, de mejora social (en cuanto autor de *Páginas Libres*) no convierte al hombre en abstracción: su hombre es de carne y hueso, el peruano de todas las días. Para él perora, redacta, apostoliza. Porque este hombre, de la madera de los apóstoles, predica — esa es la palabra — y a veces con crudeza hebraica, lo que deba contribuir a que el Perú cumpla más pronto y con más decoro su misión en el grupo de naciones a que pertenece.

Y esto nos lleva, como de la mano, a inquirir sus ideas respecto a Gobierno, ya que el hombre, según enseñó Aristóteles, es un animal político; y mal puede contribuirse a la dicha de este animal aislándolo del Estado, es decir, de la sociedad con organización jurídica.

Como González Prada, en el fondo, siempre fué un individualista, aunque luchase por ideales colectivos; aunque escribiese: *poco o nada vale el hombre*, nunca pensó que el individuo deba desaparecer en provecho del Estado,

ni que deba sólo reducirse a resorte secundario y obediente para que se conserve la armonía superior de la máquina pública. Todo lo contrario : González Prada, en su amor desasosegado por la libertad, en su odio de toda coacción, no parece admitir, en suma, otra acción gubernativa sino la de legislar y la de reprimir, hasta cierto punto, las transgresiones a la ley. « ¿Por qué aguardar todo de arriba? — pregunta — La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por la simple iniciativa de los mandatarios. »

Con el avanzar del tiempo, su pensamiento evoluciona hacia las teorías extremas de la revolución social.

Esto puede observarse en tal cual página suelta y, si no recuerdo mal, en *Horas de Lucha*, un tomo de artículos que no siempre testimonia al prosador de *Páginas Libres*, aunque se encuentren allí páginas de gran polemista a lo Montalvo. No tengo a la mano ese volumen mientras escribo, pero lo recuerdo : capítulos de polémica y ataques a los caudillos. El anticlericalismo y el desdén a los generales criollos es la nota esencial.

En el avance de sus ideas, penetra González

Prada con resolución hacia el anarquismo, ataca la propiedad, ataca a la sociedad existente, y se apoya en autores como Elíseo Reclus, Juan Grave y Kropotkine.

A medida que envejece, a medida que cesa en la actividad pública o disminuye su influencia, o se reconcentra en el gabinete, su antigua y constante preocupación por el peruano de todos los días abre cabida a una preocupación por la entidad, por la abstracción hombre. De ahí su anarquismo; de ahí el que lo distraigan problemas que no son, hasta el presente, problemas de su país. El anarquismo, en efecto, según aparece en el viejo mundo, nada tiene que hacer, por ahora, en el Perú, donde las necesidades sociales son distintas de las existentes en Europa. Desde este punto de vista, González Prada resta a su patria, por de prisa que sea, energías que pudiera consagrarle.

Pero él puede sincerarse de semejante asomo de censura, exclamando :

— Hombre soy; nada de lo que a los hombres se refiere me parece ajeno ni me deja indiferente.

VI

EL CRÍTICO LITERARIO

González Prada no se ha erigido en juez de letras, ni ejerce de dómine, repartiendo palmetazos y boletas de buena conducta. Ignora la literatura americana, y sólo incidentalmente se ocupa en la del Perú, triste cosa por los días de *Páginas Libres*, sin los ulteriores e intensos Chocano, los reflexivos García Calderón y aun los ponderados Riva-Agüero. Este Riva-Agüero, al revés de los autores citados, que son todo renovación, representa la supervivencia del pasado, un elemento retardatario; es un tradicionalista de las peores tradiciones, si bien hombre con talento y buen gusto literario.

Pero sin ser, por fortuna, crítico profesional, adviértese en Prada que las cuestiones literarias lo preocupan, en cuanto tienen relación con el resurgimiento de su patria. Más de una vez mueve la pluma analizando los vicios capitales de las letras nativas, proponiendo una regeneración de estilo y lenguaje, condenando la influencia, en Lima, de vacuos y palabreros

autores de la Península ibérica, y preconizando hermosura, novedad, autoctonía en la expresión y médula en el concepto. No quiere vino nuevo en odres viejos, sino substancia cerebral en cláusulas modernas.

Sus *Notas acerca del idioma* son jugosas y de mucha enseñanza. Del castellano, como vehículo de ideas, expone : « Puede haber lengua más armoniosa, más rica, más científica; pero no la hay más enérgica. »

Sin embargo, a esta valiente lengua, a esta lengua de bronce, se propusieron ahembrarla, desosarla, ahuecarla, empobreciéndola hasta convertirla en tegumento marchito, sin color y sin calor, puristas, académicos, poetas de abanico, oradores de lacrimosa verborrea. Tal es, salvo excepciones, el espectáculo de la literatura española entre 1876 y 1886.

Hasta América trasciende aquella anemia contagiosa. Parece que la raza ha perdido sus bríos mentales, a pesar de un Campoamor, de un Galdós, que sostienen la bandera de España, o de un Díaz Mirón, un Olegario Andrade, que levantan los pabellones americanos.

Por fortuna, la salvación estaba en camino. Venía de América. De 1880 a 1886 aparecen

González Prada en el Perú, López-Méndez en Venezuela, Gutiérrez Nájera en México, José Asunción Silva en Colombia, Rubén Darío en Nicaragua. Pronto seguirán Rodó y Herrera Reissig en el Uruguay, Gómez Carrillo en Guatemala, Lugones en Argentina, Chocano en Perú, Pedro-Emilio Coll, Díaz Rodríguez en Caracas, Guillermo Valencia en Bogotá, y la incontable legión de los modernos. La mentalidad nueva se expresó en nueva lengua; se olvidaron las fórmulas antiguas. La revolución literaria de América pasó el mar, haciendo a la inversa el camino de los conquistadores, y suscitó en España a los Juan Ramón Jiménez, a los Machado, a los Villaespesa, a los *Azorín*, a los Valle-Inclán, a los Martínez Sierra, a los Pedro de Répide, y a muchos otros que han traído sangre joven, sangre rica en glóbulos rojos, a las exhaustas venas de la literatura española finisecular.

Pero antes de tan brillante resurgimiento de las letras castellanas, González Prada, que fué uno de los precursores, se encontró con un ambiente caliginoso e irrespirable.

A aquellos hombres que, impotentes para crear nuevas formas de hermosura, vivían en

una suerte de masturbación literaria, imitando a los clásicos o pseudo-clásicos, Prada les grita : « Arcaísmo implica retroceso : a escritor arcaico, pensador retrógrado... Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar a la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas... Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo ha de ser para adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas y palabras muertas. » « Las razones que Cervantes y Garcilaso tuvieron para no expresarse como Juan de Mena o Alfonso el Sabio, nos asisten hoy para no escribir como los hombres de los siglos xvi y xvii. »

La literatura española coetánea la pinta con una imagen gráfica : « A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar lo que Biot decía de las congregaciones docentes : se parecen a las antiguas estatuas que servían para guiar a los viajeros, y hoy mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen. »

Desea que América se empape de literaturas extranjeras, porque « la renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario », y porque « regresar a España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas y sus semillas en nuestra literatura, equivale a retrogradar ». « La dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. » « Inútil resultaría la emancipación política si en la forma nos sometiéramos al exagerado purismo de Madrid... »

En la última frase transcrita va envuelta la revolución literaria que el mismo González Prada contribuye a iniciar, y revolución que asume su más alta expresión en el nombre sonoro y glorioso de Rubén Darío.

Esas últimas palabras citadas son de 1886. Y lo que pensaba González Prada en Lima, respecto a necesidad de expresarnos los americanos en lenguaje más suelto, más emancipado, más nuestro, más afín con nuestra mentalidad americana, nuestros gustos americanos, nuestro temperamento y nuestro medio americanos, lo estaban pensando, a la sazón otros escritores en Bogotá, en Caracas, en Buenos Aires, en

México, en Managua. Ya la revolución clareaba en las conciencias, ya existía. Lo demás no será sino episódico. Lo demás no será sino poner por obra las ideas, escribir como creemos que debemos escribir. A los héroes de nuestra independencia mental, continuadores de Bolívar, ya los conocemos. Algunos de ellos siguen por un camino, otros por otro. ¡No importa! En lo fundamental no existen distingos : la emancipación es lo que inician y quieren. Que Rubén Darío imponga una tendencia de amor a la forma y González Prada una tendencia de amor a la forma y a la idea ; lo esencial es que ambos se sientan americanos. El mismo Darío, después de sus excursiones por campos de Grecia y de Francia, vuelve en su madurez al terruño, como torna el gerifalte al reclamo del halconero.

González Prada, por su parte, aunque indica todas las literaturas extranjeras como propicias para abreviar nuestra curiosidad y apacentar nuestro espíritu, no predica extranjería en la expresión, sino todo lo contrario : « Los literatos de América y del siglo XIX, seamos del siglo XIX y americanos ». « Aquí en América y en nuestro siglo necesitamos una lengua condensada, jugosa y alimenticia, como extracto de

carne... una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas; una lengua donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico... » « Los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas y desdeñan las ornamentaciones minuciosas y pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hay amplia luz y vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos. »

Prada aspira a una prosa fácil, « como conversación de gentes cultas, clara como un alcohol rectificado; natural como un movimiento respiratorio. »

Cuando abandona la prédica abstracta y se encara con un autor, suele chorrear la sangre. Como es fuerte, no se las ha sino con los fuertes. Valera, Núñez de Arce y Castelar no olvidarán, ni en los apuros del Juicio final, a González Prada. Castelar, sobre todo. Fué el primero que desnudó del usurpado prestigio al gélido retórico Núñez de Arce, y, en cambio, ensalza, como se lo merece, el genio de Campoamor. Cuando le llegó su turno a D. Juan Valera,

¡qué azotea! Quedó en su puesto D. Juan, con las espaldas rojas de cardenales.

Lo que más desamor inspira en Valera, no es el estilo, siempre enlucido, a menudo lleno de gracia y a veces de un aticismo encantador, sino la mentalidad socarrona, la mala intención y la insinceridad. Prada, que no lo estima como novelista, ni lo pone sobre los cuernos de la luna en cuanto crítico, tampoco parece admirarlo sobremanera como estilista.

« Valera confiesa, con cierto desdén, que no escribe sino por divertirse y divertir a sus lectores. Lo segundo no sucede siempre... Con sus frases cortas y ligeras estamos como en sociedad de pisaverdes, que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botines, ni abrazan fuertemente a una mujer por miedo de arrugarse la pechera. Su estilo carece de empuje masculino, de sabor medular, y todas sus obras parecen vertebrados con el hueso convertido en gelatina. En sus novelas es un Daudet desteñido en agua de Javel. Aunque nada tenga que decir, escribe porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados y relamidos. Al leerle, nos acordamos de los viejos verdes que tienen unas

cuantas mechas de pelo, las dejan crecer, las dan mil vueltas, las pegan con goma y piensan haber ocultado la calva. »

Eso en cuanto al estilo de Valera.

En cuanto a las ideas, añade :

« No vuela libremente; sujeto por la Religión y la Monarquía, se mueve y cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, adorador del justo medio, no tolera el desquiciamiento del orden establecido ni la plena libertad de la concepción filosófica. »

Por lo que dice a la agudeza tan celebrada de este andaluz escéptico, cuya característica fué la más disimulada envidia, González Prada expresa :

« La ironía, ese grano de sal en unos o cucharada de salsa inglesa en otros, es en Valera un lazo gaucho para detener a los audaces o cuchilla traidora para desjarretar a los fuertes. »
« Nada que se levante un palmo del suelo : fuera el águila, paso a la *avenida* o gusanillo alado que vuela un momento para caer y no remontarse nunca... »

« Un crítico español — dice, por último, González Prada — tuvo la ocurrencia de comparar a Valera con Gœthe. Distingamos : Valera

es a Goethe como el padre Claret a Strauss, como Cánovas del Castillo a Bismarck, como Martínez Campos a Moltke, como Ferrán a Koch y como el mismo crítico es a Hegel. »

He transcrito sin escatimar líneas esos párrafos, que son como sinapismo en las diplomáticas espaldas de D. Juan Valera. Y las transcribo con sumo placer. Primero porque son justas, y luego porque de alguna manera nos debemos vengar nosotros de aquellas deliciosas e impertinentes *Cartas americanas* de Valera.

Usó D. Juan un tonillo tan doctoral y chunquero en aquellas célebres *Cartas*, que todo su talento, con ser grande, no pudo impedir que pareciera odiosa tanta suficiencia. Agravaba la cosa el escoger D. Juan, como deliberadamente escogió por sus corresponsales, a pobres diablos ridículos que se reían de placer con las tundas de D. Juan.

¿Por qué no se dirigió a escritores representativos : a un Hostos en Chile, a un López-Méndez en Venezuela, a un Altamirano en México, a un Vargas Vila en Colombia, a un González Prada en Perú?

¡Lo que hubiera oído el buen D. Juan! Este juicio de González Prada, escrito en aquella

época, representa la voz de América, de la América que sabe pensar y escribir. De la América que juzga y aprecia en lo que vale al académico relamido, al diplomático zumbón, al delicioso e impertinente D. Juan Valera.

Esa crítica de Prada es nuestra respuesta a las *Cartas americanas*.

VII

EL LITERATO

Insistamos en este fenómeno :

González Prada, el energético, es caso de excepción en Perú, máxime en Lima, donde, según la observación de Unanxe y de Humboldt, a que ya me referí, hasta los perros son más suaves que en parte alguna. « Todo es allí medido : los odios, los entusiasmos, los amores. Una malicia socarrona reemplaza a la indignación violenta; una incredulidad a flor de piel impide los desgarramientos de Pascal! »¹.

1. V. GARCÍA CALDERÓN : *Del Romanticismo al Modernismo en el Perú*, pág. 394; ed. Ollendorff, París. De la misma obra son varias citas que se han hecho del autor.

Prada surge en el momento en que el país, vencido por Chile, necesita un hombre tremendo con la boca llena de verdades y el pecho de resoluciones. Representa en el Perú de 1886 el papel que más tarde representará Joaquín Costa en la España de 1893; será el demoleedor de lo pasado, el inyector de energías, el sembrador de ilusiones, la voz de un amanecer.

En González Prada, como en Costa, existe un acuerdo maravilloso entre el talento másculo y la función social a que lo dedica. En cuanto al estilo, el apóstol del Perú sobrepuja cien veces al apóstol de España.

Su prosa, sacudida, violenta, imaginífera, de un constante vibrar de clarín, capaz de levantar no sólo a un pueblo vencido sino hasta a un pueblo muerto, hubiera sido pésimo instrumento para los racionios enroscados o perezosos del metafísico o para la narración serena del novelista. Nada mejor para el tribuno popular, para el revolvedor de sociedades, para el creador de esperanza.

No se desmelenan, sin embargo, como el tribuno populachero; no lo iguala en triste espontaneidad ni en abofellar períodos. Este orador reflexivo lee a menudo sus discursos y jamás los improvisa.

Cualquier plumada suya, aun la que parezca más instintiva, es dada a conciencia. Jamás tropezáis en su obra con el villano lugar común ni en sus predios con huellas de alpargata. Este demócrata no olvida su origen ni su temperamento señoriles. Escribe en bronce de Corinto. Su prosa, metal sonoro y brillante, chispea y repercute.

El prosador gusta iniciarse con una frase rotunda de imagen o imágenes audaces. En seguida la claridad inunda la página. Original en todo, enmienda, como veis, la plana a la Naturaleza : primero el trueno y luego el relámpago.

Corre de su pluma la frase cálida, chorreando vida.

Adjetivar es lo más escabroso y peliagudo. González Prada adjetiva artimañosa, oportuna y a veces ferozmente. Clava un epíteto como un puñal. Acuden los adjetivos en ocasiones a la pluma del prosador como pájaros señeros a un reclamo eficaz.

A Saavedra Fajardo, por su frase conceptuosa, corta, le llama « asmático »; a Mateo Alemán, de períodos entrelazados como anillos de longa cadena, « inacabable y lánguido »; « Castelar

seduca por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, y arrebatada por su estilo de períodos ciceronianos y cervantinos; pero cansa con la amplificación interminable de los mismos pensamientos y hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palingenésico, caótico, superplanetario y cosmogónico ».

Prosa de un dinamismo extraordinario la de González Prada. Salta de período en período con la agilidad de un torrente que se desmelenada de roca en roca; pero en la espontaneidad aparente de aquella prosa hay estudio y disimulo de esfuerzo; es decir, arte de buena ley, oro de diez y ocho quilates.

Relativos, gerundios, lánquidos incisivos eslabonados; lo ficticio, lo frondoso; los purismos, los arcaísmos; todo lo inútil y baldío desaparece en González Prada. Queda el nervio : lo que vibra; la concisión : lo que hiere; la idea : lo que ilumina; la imagen : lo que deslumbra.

Jamás vulgaridad lo aplebeya; nunca el lugar común lo mancilla. Nada de flores de trapo; todo originalidad, personalidad, frescura. En *Páginas Libres* no decaen un momento vigor

y novedad; en *Horas de Lucha*, casi nunca. Ese hombre parece en guardia siempre contra cualquier flaqueza. Esos nervios suyos están siempre en el máximum de tensión como las cuerdas de una guitarra que va a dar música. El buen gusto vigila; la podadera no descansa.

En su estilo, preciso y de relieve, se codea la imagen poética, extraída de la Naturaleza, con la imagen científica, sacada de la Química, de la Botánica o de la Geometría.

Su prosa, más que pictórica es marmórea y, sobre todo, musical.

Los colores parece que no impresionan mayormente al escritor. Rara vez aprecia una cosa por el color, sino por la forma o por el sonido que produce.

No ve si el mar es azul o el campo verde; menos verá los distintos azules de un mar o los distintos verdes de un campo. Pero columbra las cosas de bulto y de bulto sabe destacarlas. Hasta cosas incorpóreas aparecen de relieve: las ideas en el cerebro le parecerán « serpientes enroscadas en el interior de un frasco ».

El sentido auditivo también suple en González Prada a la percepción de matices que le falta.

Del sonoro Castelar dice, *oyéndolo* : « Es el tambor mayor del siglo XIX ». « En el estilo de los puristas modernos — expone — nada se desdobra con la suavidad de una articulación; todo *rechina y tropieza como gozne desengrasado y oxidado* ». Celebra, en inciso transitorio, el arte que posee « la música o el ritmo ».

Prada, pues, confiesa de refilón amar música y ritmo en obras de arte. No necesita semejante confesión. Basta al observador para saberlo, leer las cláusulas de este prosador henchidas de armonía.

Tal afición a ritmo y relieve contribuye a crear esa prosa labrada a cincelazos. Relieve y música, en efecto, se descubren casi siempre en *Horas de Lucha* y en *Páginas Libres*.

El autor se produce a ocasiones en frases de *sententiæ*; aquella *sententiæ* que se introdujo en la literatura latina a la muerte de Augusto, fenecido el ciclo clásico, cuando se abandonó la abundante prosa de Cicerón y el verso majestuoso de Virgilio por estilo más lacónico, buído, *sentencioso*.

Hombre de gusto, no extrema, sin embargo, la nota de sentencia. Pero sus frases cortas rehilan como dardos de acero y se clavan como

viras de oro. « Donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. »

En resumen : como en todo escritor de raza, el estilo en González Prada corresponde al temperamento. Y temperamento y estilo del hereúleo peruano se acuerdan con su profesorado de ciudadanía.

Cuando algunos castrados de Lima se espeluznan con las audacias de Prada o exigen en voz de tiple que, después de tantas demoliciones como supo practicar, erija algo, prueban desconocer a Prada, al Perú, la Literatura, la Filosofía, la Historia y la Humanidad. A otros les toca crear; erigir algo sobre los recientes estribos que él echó en aquel campo mismo que dejaron las decrepitas arquitecturas demolidas. Él ha cumplido su tarea con desinterés, con nobleza, con belleza.

Su literatura ha sido su arma. No le exijamos que sea lo que no podía ser : un literato para señoritas, un filósofo sin contradicciones, un escritor académico, un político de acomodo, un panglosiano que imagine vivir en el mejor de los mundos posibles.

No le pidáis, como Clemente Palma, el hijo de su papá, después de tantas negaciones, una afirmación, un sistema, un remedio.

No seáis injustos ni ciegos. El os ha dado más que todo eso : os ha dado la esperanza.

VIII

EL POETA

No satisfecho con su influencia de prosador, González Prada ha vuelto, en la edad madura, a la forma rimada de sus primeros tanteos y pinicos literarios.

Poeta lo es, por cuanto posee el don de pensar por imágenes. Lo es en cuanto sensitivo : como que tiene fácil el entusiasmo. Pero como a constituir la entidad poeta entran, además de aquella virtud de saber traducir en imágenes los pensamientos y la de sentir a flor de piel la exaltación, otras mil complejas virtudes, González Prada, que carece de estas otras virtudes accesorias, resulta inferior a sí mismo comparando sus versos con su prosa.

Un sólo invisible lazo vincula esos versos y esa prosa al espíritu que los genera : el anhelo de originalidad. Prada ensaya en sus versos combinaciones métricas inusitadas, usa y abusa

del verso blanco, del versolibrismo, y aun introduce en abundancia nuevas formas, no ya estróficas, sino poemáticas, que bautiza con nombres obsoletos o extraños : rondeles, romances, espenserinas, triolets, balatas, pantums, rispettos, canciones, estornelos, etc.

Tras ágil excursión al través de extranjerías literaturas, regresa al solar nativo con las manos cargadas de tesoros. ¡Qué jardines de Europa, y aun de Asia — adaptaciones de Omar Kayama — no visitó esta abeja laboriosa y meliflua, este cultivador de hermosura!

Trata de aclimatar exóticas plantas de encantamiento en su tierra de Lima. Así vemos florecer en sus platabandas la espenserina de Spenser, el rondeau de Carlos de Orléans, el rispetto italiano y el antiguo romance de Castilla. En su último libro, *Exóticas*, advertimos con frecuencia versos blancos, libres, que él titula *polirritmos sin rima*; ensayos de adaptación de metros latinos : el dístico elegíaco, pongo por ejemplo, adaptación que resultó no nada feliz.

Otras audacias rítmicas y estróficas avaloran sus copias o colecciones líricas : aquel ensayo, por ejemplo, de un nuevo endecasílabo con

hemistiquio esdrújulo y sin acentos en cuarta, sexta ni octava. Hasta se encuentra, al fin de *Exóticas*, una explícita e interesante teoría sobre la métrica del autor.

Todo esto, parezca bueno o malo, produzca frutos de miel o insípidos, denuncia sólo la fobia del lugar común en González Prada.

Y esto es lo único que vincula su obra en versos a su obra de prosista.

Por lo demás ¡cuánta diferencia! Es tan prosador nato González Prada, que aun en los instantes de más artificio retórico parece, en prosa, espontáneo. Por el contrario, aun en los momentos de más feliz espontaneidad, sus versos parecen obra de paciencia, fruto de erudición : se oye la llave rechinar en la cerradura por falta de aquel mágico óleo que chorrea en el cerebro de los poetas inspirados, esa es la palabra, y lubrica voces y pensamientos.

Algunos de los más gallardos arrestos de la musa pradariana evidencian al prosista, al orador más que al poeta. Sirva de ejemplo esta diatriba contra los poetas españoles :

*Atronadora y rimbombante poesía castellana,
Tambor mayor en la orquesta de Píndaro y Homero,
Si poco arrullas a las almas, mucho asordas los oídos.*

*En el espeso follaje de inútiles vocablos
Brotó pálida y sin jugo la fruta de la idea.
¡Oh, verbo de Cervantes, en tu viña empampanada
Son gigantes las hojas, enanos los racimos!*

*¡Qué legión de beocios! ¡Qué falange de baturros!
¡Qué cacofónico concierto de locuaces cacatúas!
Reinan lo cursi, lo vulgar y lo pedestre:
Desuella Marsias al divino Apolo,
Muerde al Pegaso el burro de Sileno¹.*

Tal embestida, recuerda las más crespas *Páginas Libres* y los más claros minutos de las *Horas de Lucha*. ¿Torpeza de nuestro oído? Tal vez. En todo caso el ímpetu yámbico se diferencia de la diatriba en prosa. La unción poética, el ardor pímpleo, es uno, y el zarpazo del panfletista

1. Vaya esta embestida por tanta broma de buen y de mal gusto que han inspirado en España ciertos poetastros americanos que, dígame la verdad, las merecían. Aquel Luis Taboada, especie de Alphonse Allais con los zapatos rotos y las uñas de medio luto que tanto hizo reír, más que de sus chistes, de él mismo, escribió una vez la siguiente agresiva parodia :

*« Yo soy el asno ; tú el pajarillo
que vas cortando del cielo el tul ;
soy la jareta del calzoncillo,
la cinta, tú.*

MANOLITO PALOMEQUE.
(De la Academia de Guateca.) »

es otro. Ello no significa que no puedan correr ambos chorros de la misma fuente; no significa que obsedan les antiguas divisiones y géneros retóricos, sino que la poesía y la prosa, deshermanándose, resultan diferentes, inconfundibles, así rimemos la prosa. Hay temperamentos más aptos para producirse en prosa que en verso, y viceversa. González Prada, lo mismo que Castelar, o Juan Montalvo, o Juan Vicente González, aun poseyendo espíritu poético, parece de los primeros.

La doble capacidad, sin que la una prevalezca a expensas de la otra, como en Gautier, como en Gutiérrez Nájera, es caso de excepción. Pero dotó la Naturaleza por modo tan admirable a González Prada, que suele en su obra de poeta aparecer la conocida huella del león.

Hasta nos tropezamos con aciertos del más suave y pulcro lirismo. Sirva de ejemplo este

ROMANCE

*Cuando reclina en la nevada mano
La rubia frente virginal,
Entorna la mirada y enmudece
¿En quién la Niña pensará?*

*Cuando risueña sale a sus balcones
Y fija el ávido mirar
En la sinuosa y argentada ruta
¿A quién la Niña buscará?*

*Cuando, al surgir las brumas de la tarde,
Recorre el ámbito del mar
Y gime al son del agua y de los vientos
¿Por quién la Niña gemirá?*

*Cuando en la calma del dormir suspira,
Diseña un ósculo de paz
Y balbucea dulcemente un nombre
¿Con quién la Niña soñará?*

No es única esa perla. De cuando en cuando hallamos otras, lo bastante para un collar o una diadema : esa diadema de poeta que ha querido ceñirse el ambicioso prosador.

*La fuente dice : escucha mi lamento ;
El aura : no desoigas mis rumores ;
La rosa : bebe mi oloroso aliento ;
El ave : aprende amor en mis amores.*

Pero de súbito comparece el pensador que no diluye bastante en esencias líricas lo espeso de su masa gris. La ilusión se desvanece, como ocurre a menudo con Guyau :

*¿Siento yo, o en mi sensorio
Sienten bosque, nube y mar?*

*¿Pienso yo, o en mi cerebro
Piensan ave y pedernal?*

*¿Soy la parte o soy el Todo?
No consigo deslindar
Si yo respiro en las cosas
O en mí las cosas están.*

Progenie de Lucrecio, que termina en Sully Prudhomme y no se parece al abuelo.

El caso del mejicano Manuel Acuña no menudea : ese Acuña sí fué pensador y gran poeta en una pieza; y si no siempre, llegó por lo menos una vez, *Ante un cadáver*, a la más envidiable altura.

Hay unos versos de *Exóticas*, titulados *El Inmortal*, que se refieren a la supervivencia de cuanto representa de poesía, de naturaleza, de amor, de instintos, el mito de Pan.

Los versos de Prada, de florida hermosura, son originales por la combinación métrica : esto cuanto a factura, porque González Prada es buceador de ritmos y aciertos de expresión. Cuanto a médula ideológica, la de tales versos es de la mejor ley : esto respecto al fondo, porque González Prada es pensador de calibre. Sí, Pan no ha muerto. Pan, como expone González Prada, es *El Inmortal*.

Pan, como en el *Himno de Pan*, de Shelley, maravilla con su eterna siringa a cuantos lo escuchan, desde Apolo y las Ninfas, hasta la cigarra en el sauce y la abeja en el tomillo. Los mismos hombres, como expresa el dios en el himno de Shelley, se suspenderían al encanto si no tuvieran la sangre helada por los años y la envidia.

Copiemos las tres últimas estrofas del poeta peruano :

*Se sumergen los pechos, se abisman las almas,
En un lago de ignota, suprema dulzura ;
El tibio aliento de los bosques
Trasciende a néctar y ambrosía.*

*Un lejano concierto de liras eolias
Embelesa los aires, suspende los ríos.
¿ En dónde suenan esas liras ?
¿ Presagian bienes a los hombres ?*

*En el mar legendario de Ulises y Homero,
A los hombres anuncian las liras eolias :
— El Pan arcádico respira,
El Pan arcádico no muere.*

Pues bien : para que se comprenda mejor que por medio de teorías y disquisiciones la diferencia existente entre aquel que posee apenas algunas virtualidades del poeta y el

que las posee en su plenitud, copiaremos versos pánicos de un hombre que no alcanza la talla de Prada, ni por talento, ni por cultura; pero que es, más que Prada, poeta.

Se titulan los versos de este poeta a que me refiero : *La muerte de Pan*, y el autor, un caraqueño, se llama Gabriel E. Muñoz.

Está escrita *La muerte de Pan*, no en sutiles y novedosas combinaciones métricas, como *El Inmortal* de Prada, sino en vulgares endecasílabos.

El pensamiento central, en el poemita de Muñoz, no es, acaso, rigurosamente verídico. Pan no muere, como se imagina el caraqueño, al advenimiento de Cristo. Pan, representante de instintos, los más íntimos e indesarraigables de nuestra naturaleza, perdura en nosotros. Los mismos dioses paganos, metamorfoseados, ¿no aparecen en nuestra mitología católica? El rayo de idealismo cristiano, luz de toda nuestra civilización ¿es incompatible con la supervivencia de cierto paganismo? ¿De veras han muerto los dioses? ¿Ha muerto Pan, el eterno Pan?

Muñoz, en todo caso, lo asegura, y hasta refiere sus últimos momentos :

*Era una fría tarde en que el otoño
sus últimos aromas daba al viento,
y alfombraba con hojas amarillas
los bosques del Taigeto.*

*A la sombra de un roble centenario
yacía Pan, enfermo :
sobre su frente pálida aun lucía
la corona de pámpanos, ya secos,
que, para adorno de su sien, las ninfas
en la ruidosa bacanal tejieron.*

En torno de Pan congéganse faunos y otras divinidades nemorosas y de ríos o fuentes. Pan, moribundo, anuncia la desaparición del Paganismo. Ya se columbra la aurora del Nuevo Ideal :

*se apaga ya, bajo invisible soplo,
sobre el altar, el fuego.*

Enmudece Pan, exánime, y las divinidades, en medio del bosque deshojado e invadido por la noche, prorrumpen en lamentaciones.

*Calló la voz... Mas al mirar, temblando,
que el exánime dios rodaba al suelo,
que al bosque las sombras de la noche
daban un tinte pavoroso y negro,
ninfas, silvanos, sátiros y ondinas,
« se van, se van los dioses », prorrumpieron ;
y desde el fondo de la selva oscura
tristísimo clamor subió hasta el cielo,
y en el éter azul quedó vibrando
como un sollozo prolongado, inmenso.*

Lo transcrito sirve para comparar.

Y la comparación sirve, mejor que cien abogaciles alegatos, para hacernos penetrar la diferencia entre el poeta genuino y el poeta a palos. El poeta a palos puede poseer más talento, más conocimientos científicos y literarios, puede ser, en suma, hombre superior al poeta genuino : tal es el caso presente; pero el poeta genuino canta, y cuanto existe en su torno se hermosea, y todo lo retórico, erudito, laborioso, talentoso, desaparece o empalidece.

Eso es el don poético en su plenitud : cosa insustituible e inconquistable. Se tiene o no se tiene.

IX

REFORMADOR DE LA ORTOGRAFÍA

González Prada echa su cuarto a espadas, en punto a estilo, ortografía y fonética.

Oíd palabras suyas, pronunciadas en el Ateneo de Lima :

« No hablamos hoy como hablaban los conquistadores : las lenguas americanas nos pro-

veen de neologismos, que usamos con derecho, por no tener equivalentes, en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a elidir la *n* en la partícula *trans* y a cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores : el que habla en este momento ¿qué sería en España? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *v* y no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves. Cien causas actúan en nosotros para diferenciarnos de nuestros padres : sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América y del siglo *xix* seamos americanos y del siglo *xix*. »

Talen son las razones en que se apoya al desear introducir una reforma.

¿En qué consiste su propuesta renovación? Esta renovación consiste, por lo que respecta al estilo, en hacer más escuetos prosa y verso, arrancándoles pampanosidades, extirpando fórmulas de expresión gélidas y centenarias, en

introducir voces americanas, si de veras son útiles, y, por lo que respecta a la ortografía, en algunas variantes.

El autor mismo nos enseñará las más salientes de tales variantes; a saber :

Cambiar por *s* la *x* en la preposición latina *ex*, antes de consonante; pero conservándola en expresiones como *ex* ministro, *ex* papista.

Suprimir la *n* en la partícula *trans*, antes de consonante.

Poner *i* en lugar de la *y* vocal y conjuntiva.

Usar *j* en los sonidos fuertes de la *g*.

No acentuar la preposición *a* ni las conjunciones *e*, *o*, *u*.

Restablecer las contracciones *del* y *dellos*, *della* y *dellas*, *deste* y *destos*, *desta* y *destas*, *dese* y *desos*, *desa* y *desas*, *desto* y *deso*.

Elidir vocales por medio del apóstrofo : sin excepción, entre artículos o preposiciones y las otras palabras; algunas veces, entre pronombres o conjunciones y las demás partes de la oración; nunca entre verbo y verbo, sustantivo y sustantivo, verbo y adjetivo, etcétera.

Estas modestas reformas se proponían entre 1886 y 1890.

Anduvo el tiempo, y la Real Academia Espa-

ñola, como puede advertirse por las recientes publicaciones oficiales de este instituto, adoptó algunas de las modificaciones preconizadas por Prada. ¿No enseña ahora la Academia, pongo por caso, que ni la preposición *a*, ni las conjunciones *e*, *o*, *u*, deben llevar acento?¹

Pero la Academia, y aun Prada, andan con retardo de muchas décadas. Más de medio siglo atrás, D. Andrés Bello, y antes que D. Andrés Bello D. Simón Rodríguez, el ignorado y grande D. Simón Rodríguez, maestro del Libertador, propusieron esas o parecidas reformas.

Lo único extraordinario en las modificaciones propuestas por González Prada es la ignorancia que este hombre, sabedor de tantas cosas, revela de la literatura americana.

Respecto a Bello no hagamos hincapié. En la mayoría de las repúblicas de América se aprende

1. El arca del pasado, la Academia matritense del idioma, parece que se está revolucionando, y tiene el diablo, si no en el cuerpo, en la lengua. ¿No muda ahora de ortografía cada diez años, como serpiente que cambiase de piel? Al paso que vamos, ningún autor vivirá más de una década. A los diez años, o nueva edición, o glosas, o al carnero.

¡Tenebrosa conjura de efímeros académicos contra escritores de perduración!

castellano por su gramática; Chile no observa otra ortografía, sino la del ilustre polígrafo : nada de acentos en la preposición *a*, ni en las conjunciones *e*, *o*, *u*; sustitución de la *y* griega por la *i* latina; reemplazo de la *j* en los sonidos fuertes de la *g* : varias, como se ve, de las modificaciones propuestas por el escritor peruano.

Pero antes que Bello mismo, un hombre mal estudiado y más interesante acaso que D. Andrés, ya trató de estas cuestiones con un criterio radical.

Según D. Simón Rodríguez, « el discurso hablado o escrito comprende dos cosas : la pronunciación de las palabras y la expresión de los pensamientos, la articulación de las voces y la modulación de la voz ». De ahí parte para creer que « la escritura, por consiguiente, debe tener signos para una y otra cosa. »

Y como tales signos no existen, D. Simón Rodríguez, « reformador de la sociedad y de la ortografía », los inventa.

¿Cómo? Valiéndose, dice su más reciente biógrafo, « de llaves, guiones, puntos suspensivos, tipos diversos por la forma y el tamaño y de renglones seguidos o cortados »¹.

1. F. LOZANO Y LOZANO : *El maestro del Libertador*, página 197; ed. Ollendorff. París [1914].

La teoría se basa en ideas originalísimas de aquel originalísimo pensador.

« *Leer* — dice — *es resucitar ideas*; y para hacer esta especie de milagro, es menester conocer *los espíritus de las difuntas* o tener espíritus equivalentes que subrogarles. Esto no se conseguirá si no se pintan los pensamientos bajo la forma en que se conciben. En el modo de pintar consiste la expresión, y por la expresión se distinguen los estilos. El que lee debe ver en el papel los signos de las cosas y las divisiones del pensamiento... »

La teoría de este grande e inquietante D. Simón Rodríguez, echado casi en olvido, resultaría por extremo complicada cuando se la quisiera observar. No simplifica, sino embrolla. Alejándonos de nuestra demótica escritura caeremos en los jeroglíficos de la clerecía egíptana. Cada página sería un papel de música : se necesitaría de iniciación especial para interpretarla. Pero le sobra razón al maestro cuando cree, como el emperador Augusto, que debe escribirse como se habla; cuando opina por eliminar toda letra que no se pronuncie, como la *h*, y reducir la *k*, la *q* y la *c* — la *c* en sus sonidos fuertes — a un solo signo ortográfico.

Según se advierte, González Prada coincide con el maestro del Libertador.

Siempre le quedará al autor de *Páginas Libres* la paternidad íntegra respecto al proyecto de restablecer las contracciones *del y dellos, della y dellas, deste y destos*, etc. Y aun otra paternidad puede reconocérsele en justicia : la de elidir vocales por medio del apóstrofo, a modo de franceses e italianos.

Pero no será por semejantes proyectos, aunque merezcan atención, por lo que su patria y la América lo recordarán en lo futuro. Lo recordarán más bien por su estilo; por haber encontrado la prosa que correspondía a su misión social : una prosa de contraveneno, de estimulantes, de inyecciones de energía.

Cómo no iban a latir con presura los corazones peruanos, aun los más en letargo y aflicción, después del triunfo de Chile, cuando rugía el apóstol : « Trabajemos con la paciencia de la hormiga y acometamos con la destreza del gavilán. Que la codicia de Chile engulla guano y salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro y plomo. »

En efecto : debe insistirse en que nada tan a propósito, máxime para la muelle Lima, como

este verbo de Isaías que iba a conmoverla desde los cimientos.

El destino suscitó semejante profesor de entereza en el Perú de 1886, porque el Perú debía removerse, renovarse, conservarse para contribuir a la civilización de nuestra América.

MANUEL PARDO

MANUEL PARDO¹

I

Algunos años después de consumada la Independencia, surgió el anhelo general por las candidaturas civiles, de modo que ver de Presidente a un abogado, a un médico, a un agricultor, a un comerciante o a un ingeniero nos parecía realizar el

1. Nacido en Lima en 1834; Ministro de Hacienda en 1865; Alcalde de Lima en 1869; Presidente de la República de 1872 a 1876. Fundador del Partido Civil. Asesinado en Lima en 1878.

El manuscrito de este artículo inédito carece de fecha; pero la frase del acápite final: « ...hoy mismo, a los veinticuatro años de muerto (*Manuel Pardo*)... » permite deducir que el autor lo escribió en 1902. (*Nota del editor.*)

supremo desiderátum de la democracia. En vez de atribuir nuestros males a muchas causas muy complejas, los achacamos únicamente al predominio de los militares, olvidando que en el militarismo no debíamos reconocer una causa sino un efecto de nuestra organización política y social. ¿Acaso brotan Gamarras y Salaverris en Estados Unidos o Inglaterra?

Al fin logramos satisfacer nuestros deseos con un Presidente y un Dictador que no pertenecían a la clase maldita : Manuel Pardo y Nicolás de Piérola. Agricultor, comerciante y banquero merece llamarse Pardo; Piérola figura como un tonsurado que no dijo misa y un estudiante que no obtuvo diploma de doctor. ¿Qué nos legaron estos dos hombres? Pardo y Piérola se levantan como dos columnas negras en un charco de lodo y sangre.

Manuel Pardo nació de don Felipe Pardo y Aliaga, literato que en el país disfruta de merecida fama. Don Felipe

descendía de aquellos peninsulares hambrones que emigraban al Perú como oidores de la Real Audiencia o corregidores de alguna provincia. Hijo de españoles y educado en Madrid, más tenía de español que de peruano, como lo revelan sus mismas obras literarias, donde al través de cierto criollismo a lo Segura, se nota el clasicismo a lo Lista. Don Felipe no desdeñó la política ni vivió serenamente consagrado a rimar octavas y tercetos : campeón de revolucionario y ministro ; mas conviene advertir que su *Viaje* del niño Goyito y sus letrillas le honran más que su enrolamiento en las expediciones chilenas y que su permanencia en el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Vivanco. Sufrió persecuciones, destierros, estrecheces y las angustias del cesante mal pagado¹. Hiriente y agresivo, clavó su pluma en la

1. *Nota marginal del autor* : Aunque había sabido casarse con una mujer rica, por dinero litigó con su propia madre.

epidermis de sus enemigos; pero si rasguñó a Santa Cruz y al clérigo Larriva, recibió también certeros puazos de algunos que no carecían de bilis, de insolencia ni de ingenio. En los últimos años de su vida se transfigura y se purifica entre las garras del dolor : herido por la misma enfermedad que lentamente consumió a Heine, sonrío con filosófica resignación sin lanzar los anatemas ni las imprecaciones del poeta germánico.

Nacido en un hogar donde reinaba la abundancia, aunque nunca faltó la parsimonia del Gran Tacaño, Manuel Pardo conoció prematuramente la inmensa ventaja del dinero y se dijo : *Yo seré rico*. No se impuso el *yo seré sabio*, como lo manifiesta el abandonar los colegios antes de acabar sus estudios y adquirir una educación profesional. Mariano Amézaga escribe lo siguiente al esbozar la figura de Pardo : « Hizo en Chile sus primeros estudios y luego estuvo un poco de tiempo en San Carlos, donde su vida de estudiante

fué de una completa insignificancia... El colegio le fastidió pronto porque las meditaciones científicas y las puras abstracciones no cuadraban en manera alguna con su impaciencia por lo práctico, por lo tangible y metálico.

« Cuando contaba apenas diez y nueve o veinte años, allá por los de 51 a 52, estuvo en París, e hizo una sociedad con un señor Marcó del Pont, poniendo cada uno quinientos pesos, para comprar baratas que don Manuel debía encargarse de realizar en Lima. En este primer ensayo comercial no debió serle tan adversa la fortuna, pues ya en el año de 53 le encontramos, aunque en pequeño, contratando con el gobierno del general Echenique la provisión de calzado y otros artículos para el ejército.

« De 1854 a 1856 se encargó de la administración de la hacienda de Villa, cuyo propietario era su cuñado don José Antonio Lavalle. Aquí empezó a lucir el talento administrativo de nuestro presi-

dente de una manera espléndida, pues los dos años que estuvo al frente de esa hacienda le bastaron para ganarse treinta mil pesos¹. »

Los treinta mil pesos economizados en Villa y las sumas logradas como proveedor o contratista fiscal no satisfacían las exigencias de su apetito, así que para redondear su fortuna se unió con una heredera. Al día siguiente de su matrimonio, Manuel Pardo contaba con dos poderosos auxiliares — las letrillas de su padre y el oro de su suegro.

Gracias al nombre, al dinero y al mérito personal, consiguió no sólo reinar en las finanzas sino volar muy alto en la política. El Gerente de la Compañía Nacional de consignación del huano en Inglaterra, el negociador de empréstitos peruanos en las bolsas del viejo mundo, ocupó fácilmente el Ministerio de Hacienda durante la dictadura de Prado. Caída la

1. *Galería Financiera*. 1873.

Dictadura, quiso borrar como socio de Beneficencia los malos recuerdos que había dejado como Ministro. Apenas si lo consiguió; sin embargo, se transformó rápidamente de Director de Beneficencia en Alcalde Municipal, y de Alcalde Municipal en jefe de partido y candidato a la presidencia de la República. Si de muchacho pobre se decía : *Yo seré rico*, de hombre acaudalado se murmuraba : *Yo seré Presidente*.

II

¿Pardo congregó a los Civilistas o los Civilistas se unieron alrededor de Pardo considerándole el *representative man* de las consignaciones? El Civilismo, antes que agrupación política, debe llamarse una sociedad mercantil. Representaba la coalición de los Consignatarios contra Dreyfus, y se organizó con el fin de mono-

polizar la explotación de las riquezas nacionales, como se forma una compañía para moler metales o beneficiar cerdos. Los Civilistas netos, los poseedores del *santo y seña*, trataban al Perú como una simple California de huanos y salitres.

El estado mayor del Civilismo, lo que titularíamos corte de grandes con grandeza de primera clase, constaba de agricultores enriquecidos en enormes préstamos arrancados sorpresivamente a los bancos hipotecarios, al mismo tiempo que de abogados, ingenieros y comerciantes, hechos gordos capitalistas a fuerza de piratear en las Islas de Chincha o merodear en las salitre-ras de Iquique. Hacían también de corte algunas familias medio apolilladas y medio mohosas, que soñaban con la restauración de sus blasones y el establecimiento de un segundo Virreinato. Porque el Civilismo usaba juego doble : si a las muchedumbres les auguraba el advenimiento de la verdadera democracia o *república práctica*, a los ricos y señores les anunciaba el próximo

dominio de las clases elevadas o personas decentes¹.

Sin embargo, el doble juego no lograba engañar a todos porque los mismos *iniciados* le dejaban entrever. Los oradores de clubs y los periodistas de relance, a pesar de rendir continuas adulaciones al pueblo, denunciaban de cuando en cuando la índole del partido al hablar de clases altas y clases bajas o insinuar que *Manuel Pardo y sus amigos representaban la flor y nata de las fuerzas nacionales*. El artículo de un periodista chirle y el discurso de un orador huero suelen descubrir más que el programa de los jefes políticos o las confianzas de los partidarios eminentes : lo que unos ocultan por malicia, los otros lo revelan por necedad. Recién organizado el Partido Civil, se conocía ya que formaba una agrupación de mercaderes con ínfulas de señores feudales.

1. *Nota marginal del autor* : Manuel Pardo, sin ser noble, presumía de nobleza; sin ser republicano, anunciaba la república práctica.

Pardo supo allegarse fuerzas, organizarlas y prestar al Civilismo todo el aire de un partido regenerador. Las circunstancias le favorecieron y las aprovechó con admirable suspicacia. Arrogándose el *derecho de triunfar*, se colocó frente a frente de Balta, le impuso miedo, le hizo retroceder, le venció.

Más que un degenerado, el presidente Balta debe llamarse un primitivo, un bruto indómito en quien la reacción sigue inmediatamente a la acción. A la más leve contrariedad enrojecía, tartamudeaba, hería el suelo con los pies y amenazaba descargar el puño. Especie de monstruo mudo, hablaba poco y mal, porque la Naturaleza le había negado elocuencia y verbosidad. Al saber que alguno le juzgaba desfavorablemente o censuraba los actos de su Gobierno, pronunciaba una frase que al principio infundió miedo y al fin causaba risa : « ¡Que le peguen cuatro balazos! » Si no fusiló a todos sus enemigos (por haber quienes se lo impi-

dieron) cometía bárbaros atropellos : encarcelaba a los hombres por el único delito de no saludarle en la calle; encerraba en un cuartel y vestía de soldado a los escritores de la oposición; befaba y quería golpear a los jueces que le pronunciaban una sentencia desfavorable. Pertenecía a la raza de los antiguos coroneles o soldados que miraban en la Presidencia un grado militar, habiendo ascendido al Mando Supremo por el sistema clásico : una revolución seguida por un simulacro de elecciones. Si como subalterno había adquirido fama de rudo en los castigos y de puro en lo tocante al dinero, como Presidente conservó su tacha de crueldad y perdió su timbre de honradez. A fuer de impulsivo, tenía carácter débil : incapaz de una decisión pronta y enérgica, fluctuaba y se dejaba influenciar por los insinuantes y aduladores más que por los reservados y prudentes. Muchos le explotaban, desde el político de alto vuelo hasta el plumario de baja ley. Cogido por el

vértigo de la ascensión, perdió el uso de los sentidos y fué juguete de hombres sin probidad ni conciencia. Basta decir que en su período surgieron Dreyfus y Meiggs.

Pardo se granjeó muchos amigos con sólo representar una candidatura de oposición : chicos y grandes se afiliaron a él, inducidos por simple aversión al Gobierno. La denuncia de Bogardus, los ataques de la prensa gobiernista, las calumnias murmuradas *sotto voce*, los pasquines difundidos en toda la República, nada pudo contener ni desviar la corriente de simpatías hacia el caudillo civil. Se violaría la verdad al sostener que solamente al oro debió su popularidad. Ciertamente, los Civilistas derramaron fuertes sumas en cohechar a los electores y practicaron en grande la prostitución del voto popular; mas debe recordarse que si las minorías o los grupos se dejan corromper, la mayoría de un pueblo no se vende. A la vez que disminuía el prestigio de Balta, iba creciendo la figura del Jefe Civilista; así que vino un momento

en que los peruanos concluyeron por enunciar un dilema : la revolución o la presidencia de Manuel Pardo.

Y bien lo comprendían los hombres del Gobierno. Después de retirar la candidatura de su hermano Francisco y de prometer a la Nación una rigurosa neutralidad en la lucha eleccionaria, el Presidente Balta seguía una conducta sinuosa y ambigua, vacilando entre rendir el poder al elegido de los pueblos o dar un golpe de estado, ya para declararse dictador, ya para ceder el mando al coronel Tomás Gutiérrez, que habría de ejercer una especie de dictadura por procuración. Por fin, cediendo a la razón o careciendo de prestigio y audacia, resolvió cumplir con la ley. Entonces se pronunciaron los Gutiérrez.

« Esos hombres habían sido el baluarte, puede decirse así, el más poderoso sostén de la Administración pasada; ellos se habían atraído el odio del pueblo, no sólo por la severidad en sus castigos como jefes

de cuerpo, sino también por la perseverancia con que hubieron de servir a aquel gobierno. Apoyados en ellos, tuvieron lugar todas las violencias, todos los ataques a las libertades y garantías de los ciudadanos, y el gran derroche de la hacienda pública. Eran, en fin, militares y sostenedores de un gobierno que se enajenó la opinión con su proceder tortuoso e incierto. ¿Qué porvenir se les esperaba, pues, con el triunfo de la candidatura civil, mucho más cuando entre todos sus defectos brillaba al parecer la honradez, virtud harto rara en nuestros hombres públicos? Ninguno, su perdición era completamente inevitable¹. »

No pasa de leyenda el heroísmo popular de Lima en 1872 ni pueden tomarse a lo serio las descripciones épicas de Héctor F. Varela. ¿Quién vió masas de pueblo atacando los cuarteles y desbaratando a

1. *Las Jornadas del 26 y 27 de Julio*, etc. escritas por UN CREYENTE. Lima, 1872.

las tropas revolucionarias? Los Gutiérrez fracasaron por falta de aire : a su grito de rebelión, se paralizó el comercio, se cerraron las casas, se retrajeron los vecinos a sus domicilios y la ciudad quedó transformada en una segunda Pompeya. Abandonados por la muchedumbre, sin enemigos tangibles que debelar, debatiéndose en un vacío de almas, los Gutiérrez se asfixiaron a manera de escorpiones encerrados en la campana de una máquina neumática. Exceptuando la supresión de Balta, no causaron ningún mal : hasta su mayor enemigo — Pardo — logró escaparles. Los tigres no cazaron porque los corderos observaron la prudencia de esconderse. Se presenció el espectáculo de una revolución ahogada por el miedo popular¹.

1. Aparecen aquí dos notas :

Primera nota marginal del autor : Les mataron, no por lo que hicieron sino por lo que pudieron hacer.

Segunda nota marginal del autor : Fué la lucha de dos miedos : mientras el pueblo recelaba las tropelías y

Cuando las tropas revolucionarias se desbandaron, la turba se arrojó sobre los Gutiérrez, alentada por una resolución del Congreso que les había declarado *fuera de la ley*. Si cupo valor en la eliminación de Silvestre y Marcelino Gutiérrez, sólo hubo crueldad y alevosía en el homicidio del otro hermano. La incineración de los cadáveres, ese acto inconsciente de la muchedumbre, se debe a los cabecillas del Civilismo. En Julio de 1872 el Partido Civil se dió su primer baño de sangre¹.

Suprimidos Balta y los Gutiérrez, Pardo regresó a Lima con la aureola de un Mesías, pero de un Mesías sin caridad evangélica. Estampando las herraduras de su caballo en el mismo lugar donde algunos días antes habían sido quemados sus enemigos, arengó al pueblo y le felicitó diciendo : « Lima acaba de dar al mundo

atrocidades de los Gutiérrez, los Gutiérrez tenían la resistencia violenta del pueblo.

1. *Nota marginal del autor* : Parece que el oro civilista minó la fuerza de los Gutiérrez.

una lección tremenda, pero justa y necesaria. » Oímos las palabras, examinamos los semblantes que nos rodeaban y comprendimos que ni los incineradores de los Gutiérrez quedaron muy satisfechos.

III

A pesar de la incesante inquietud en que gobierna (siempre amenazado por la ambición morbosa de Piérola) Manuel Pardo inicia reformas trascendentales y concibe grandes proyectos. Funda escuelas y contrata profesores europeos, deseando infundir nuevo espíritu a la educación nacional; crea los Concejos Departamentales, queriendo avanzar un paso en la descentralización política y administrativa; establece los registros civiles, preparando el terreno para la secularización de la vida social, etc¹. Mucho bueno habría realizado,

1. *Nota marginal del autor* : A él se debe la Escuela

merced a su carácter enérgico y emprendedor, si hubiera tenido auxiliares más aptos y enemigos menos pérfidos.

Como generalmente sucede en política, más se desacreditó por las faltas ajenas que por los errores propios. Sus amigos le causaron más daño que sus enemigos, principalmente cuando se trataba de sofocar revoluciones y escarmentar en los adversarios del Civilismo; así, el Prefecto Osma establece en Arequipa una verdadera caza de hombres; así, el Ministro Rosas afirma en plena Cámara que nada importa la muerte de dos individuos en un país con tres o cuatro millones de habitantes. El mérito de Pardo resalta en el demérito de su círculo : parecía gigante por la talla microscópica de sus colaboradores. Nadie conocía tanto a los pardistas como el mismo Pardo al decir en la reserva de la

de Ingenieros, la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, el censo de la República, la Escuela de Capataces.

intimidad : « Busco auxiliares, y sólo encuentro asesinos o lacayos. »

Difícilmente se hallará en la historia nacional un hombre tan infamado, tan escarnecido, tan vilipendiado como el Jefe del Civilismo. La guerra que se le movió para cerrarle el camino a la Presidencia se recrudeció para derribarle del poder. No hubo injuria que no se le infiriera ni abominación que no se le imputara. Una cuadrilla de mercenarios y aventureros se infiltró en las redacciones de los periódicos para derramar los insultos y forjar las calumnias. Los Neto, los Rojas y Cañas, los Jaimes, los Palma, en fin, todos los *condottieri* de la pluma trabajaban en una faena vergonzosa pero lucrativa : con una mano apuñalaban la honra de Pardo, con la otra recibían el oro de Dreyfus. Llevaba la batuta *La Patria*, diario sostenido por los contratistas del huano. Según los redactores de ese diario, cada lonja menos de carne en el cuerpo de Manuel Pardo debía convertirse en una

tonelada más de huano en los depósitos de la Casa Dreyfus.

A *La Patria* seguía *La Sociedad*, fundada con el dinero de las devotas para defender *la Religión y los santos principios que sirven de base a las naciones*. La dirigía Manuel Tovar, uno de esos clérigos que saben conciliar el amor a Dios con el odio al prójimo, que se valen de una religión pacífica para sembrar la guerra entre los hombres y que predicán la humildad, la temperancia y la castidad siendo ellos una encarnación de la soberbia, la glotonería y la lujuria. *La Sociedad* y algunos periódicos de menor cuantía pero de la misma índole, consiguieron sublevar contra Pardo la ira de los católicos. Se basa en algo el odio de los creyentes hacia Vigil, Mariátegui, Químper y Amézaga; pero ¿en qué se fundan el aborrecimiento y la guerra sin cuartel a Pardo, que nunca hizo gala de incredulidad ni preconizó medidas violentas contra la Religión? Sus impiedades y herejías se redujeron a

fomentar *El Educador Popular* y contener los avances de un fraile vociferador y levantisco.

Mientras unos le infamaban en diarios, pasquines y sermones, otros se escurrían en todos los círculos sociales para murmurar los propósitos más denigrantes y las historias más inverosímiles. Todos los días grasaban leyendas de hombres fusilados en los cuarteles, las prisiones y los caminos. Un suicidio se transformaba en asesinato, un cólico en envenenamiento. Convertido Pardo en objeto de horror, se clamaba públicamente por una revolución, por un Judas Macabeo y hasta por un asesino. Una o dos veces atentaron a su persona; mas sus enemigos negaban la gravedad de las agresiones o las referían de tal manera que la censura implicaba una lamentación de su mal éxito. Un semanario representó la muerte de César en el Senado; a las pocas horas, Pardo se libraba de morir en un ataque a tiros de revólver.

¿Merecía odio tan encarnizado? Hijo del hombre que miraba como un baldón la igualdad política y social, crecido en una atmósfera más aristocrática y española que democrática y nacional, no supo amar al pueblo ni hacerse amar de pequeños y desheredados : su *demofilismo* no pasó de un ardid para granjearse partidarios en los días de lucha electoral. Sin embargo, media un abismo entre la furia neurótica de un Nerón y la frialdad serena de un burgués acaudalado. Ciertamente, Manuel Pardo mostraba alguna impasibilidad ante el dolor ajeno y descubría lo que podemos llamar un egoísmo de buen tono; pero, si no llevaba el corazón de un Buda, tenía sobrada inteligencia para comprender que el asesinato, a más de infundir horror y suscitar represalias sangrientas, no sirve de fundamento a nada estable ni fecundo. Por eso, al saber la victimación de Gamio y Herencia Cevallos, se conmovió profundamente y derramando lágrimas, afirmó que esas muertes serían *el eterno dogal de su vida*.

Al juzgar a Manuel Pardo, no debe negarse que adolecía de un gravísimo defecto : el amor al dinero, la metalización. Mas si poseyó la ciencia de enriquecerse, no tuvo la de enriquecer al país. Las faltas mayores de su Gobierno fueron hacendarias. ¿A qué se redujo toda su Economía Política? a un empirismo financiero. ¿A qué sus medidas radicales? a seguir las huellas de sus antecesores, a marchar por el trillado camino de los empréstitos. Habiendo comenzado con hostilidades a la Casa Dreyfus, concluyó por ajustar con ella transacciones y convenios tan onerosos como los celebrados por Balta. Al inaugurar su período, quiso jugar con el crédito nacional y trató de abatirle para ofrecerse la gloria de levantarle. Procedimiento análogo al de un capitán que hundiera el buque para obtener el gusto de sacarle a flote, o del bombero que incendiara un edificio para darse el lujo de apagar las llamas¹.

1. *Nota marginal del autor* : Pardo conocía el débil de

« Pardo — escribe Mariano Amézaga — copió todo cuanto pudo copiar de los sistemas financieros de Europa, sin excluir la capitación misma, condenada por la ciencia económica, trasplantando lo más odioso en materia de gabelas a nuestro país. Arrojó dos tercios de nuestra sociedad en la indigencia, desconoció los derechos adquiridos por leyes preexistentes, dando a las nuevas una fuerza retroactiva, y su empeño único fué curar la pobreza del país aun cuando fuera dejando muertos y sepultados a todos sus habitantes. Se echó a nadar en cifras quiméricas, sólo por dar pábulo a su manía de amontonar lo más pronto posible; fué un pobre loco, una especie de metafísico de la codicia que se perdió en abstracciones y que al llegar a la práctica, hizo un completo

sus compatriotas y les halagó la vanidad creando innumerables cargos honoríficos que imprimían sello de nobleza. Afiliarse al Civilismo confería blasón : el mestizo que llevaba uniforme de guardia nacional se contoneaba como un marqués; el mulato que lograba un puesto de concejal gastaba ínfulas de conde.

fiasco en la copia de modelos mal escogidos...

« Y Pardo tenía entonces y tiene aún, en la opinión de muchos, la reputación de gran hacendista. Lo ha sido en efecto para sí, y de ello responde su gran fortuna improvisada; pero hay muy grande distancia entre ser hábil para el propio negocio y serlo para el negocio común. La hacienda pública no es la hacienda particular, ni son una misma cosa el patriotismo y el egoísmo. »

Si Pardo carecía de aptitudes financieras ¿poseía tan raras cualidades en lo político y lo administrativo que habría figurado como un gran Presidente, con tal de ver a su lado un gran Ministro de Hacienda? ¿Cuenta en el reducido número de los mandatarios que siguieron un plan y miraban de dónde partían y a dónde tenían que llegar? ¿Se le iguala uno solo : Santa Cruz? « Gobernar — ha dicho Emilio Girardin — es prever »; y Pardo no gobernó bien porque no previó muchas

cosas fáciles de preverse. Su administración resultó funesta a causa de los errores financieros, sin que le sirvan de suficiente disculpa los sanos deseos : en moral se juzga por las intenciones, en política se absuelve o se condena por los hechos.

Y el hecho es que en 1876 el Perú se hallaba en situación lastimosa. ¿Qué había producido la declaración de la bancarrota nacional ante el Congreso de 1872? precipitar la baja de los bonos nacionales en los mercados europeos. ¿Qué el decreto sobre la inconvertibilidad del billete? despojar a media República en beneficio de algunos banqueros y negociantes. ¿Qué la expropiación de las salitreras? no solamente ocasionar falsificaciones y robos increíbles, sino exacerbar el odio de Chile al creer lesionados los intereses de los *elaboradores* y *exportadores* chilenos. ¿Qué la anulación de los contratos para la construcción de buques blindados? enajenar al Perú la supremacía del Pacífico y dejarle a merced de un vecino más fuerte en el mar. ¿Qué,

por fin, las persecuciones de las autoridades y la guerra sin piedad a los adversarios del Civilismo? dividir la Nación en bandos enemigos y allanar el terreno para que las selvas amazónicas empezaran en los alrededores de Lima.

IV

El 28 de Julio de 1876, Manuel Pardo ofrecía dos ejemplos no muy frecuentes en nuestra vida política : la terminación de su período constitucional y la trasmisión pacífica del mando. Le sucedía Prado, el Dictador de 1865. Prado, que en su lucha electoral había merecido las simpatías oficiales, no representaba lo que representaron casi todos los mandatarios, la reacción sistemada y ciega contra el gobierno de sus antecesores. Más bien, figuraba como un depositario con la obligación de entregar la prenda en 1880. Los amigos de Pardo anunciaban que « temporalmente

volvía a los goces de la vida privada », pues soñaban con la reelección y a manera de consuelo se repetían : « Cuatro años pasan muy ligero. »

Después de una corta residencia en Chile, Pardo regresó a Lima en 1878. Como activamente influyera en las deliberaciones del Senado, sus enemigos indujeron que tendía ya las redes a la Presidencia, y renovaron los insultos, las calumnias, los ataques alevosos, en fin, todas las ignominias de los años anteriores, sin olvidarse de clamar por el Judas Macabeo, el redentor o el asesino. Éste se presentó bajo la figura de un sargento.

El 16 de Noviembre, al atravesar Manuel Pardo el peristilo del Senado, un sargento de la guardia — Melchor Montoya — le descerrajó por la espalda y a boca de jarro un tiro de rifle¹. El proyectil le había cau-

1. *Nota marginal del autor* : Vaciló, y al caer en los brazos de... (*nombre ilegible en el manuscrito*) preguntaba :

- ¿Quién me ha muerto?
- Un soldado de la guardia.
- Desgraciado... Le perdono...

sado tal herida que apenas sobrevivió una o dos horas. Aseguran que entre algunas frases ininteligibles, antes de morir dejó escuchar estas dos palabras : « Debo much... » Sus amigos, interpretándolas por « debo mucho », dedujeron que moría pobre¹; sus enemigos, traduciéndolas por « debo muchas », infirieron que en la hora suprema se acordaba de sus víctimas y experimentaba el aguijón del remordimiento.

La desaparición del Jefe Civilista produjo en Lima duelo y regocijo : mientras los ricos y personas decentes se daban el pésame, como si una noche sin término hubiera caído sobre la Nación y hasta sobre el mundo, los pobres y gentes del pueblo se regocijaban, como si el horizonte quedara despejado y un sol de eternos resplandores estuviera próximo a levantarse. En tabernas, pulperías y calle-

1. Esta interpretación valió a los suyos un regalo de cien mil soles, que fueron a englobarse en la riqueza fiscal de la torturada familia.

jones se brindaba públicamente a la salud de Montoya. Los sembradores de odios implacables no habían sembrado en terreno infecundo¹.

Si a la muerte de Pardo no debió repetirse que « todos los hombres honrados habían contribuído a matarle² », convino asegurar que algunas *personas honorables* habían cargado el rifle de Montoya. Un poeta lo ha dicho : « No mata el hierro que penetra en la herida sino la mano que lo empuja³. » ¿Dónde estuvieron las manos? Los Tribunales de Justicia juzgaron y sentenciaron a los simples instrumentos; la conciencia pública designó y designa hoy mismo a los verdaderos autores. Hay faldas y manteos que, desplegados al Sol, descubrirían salpicaduras de sangre.

La muerte de Manuel Pardo, esa *lección*

1. *Nota marginal del autor* : Para algunos fué negocio : habían apostado que Pardo no moriría en su cama.

2. Palabras de Cicerón refiriéndose al asesinato de César.

3. ECHEGARAY, *Manantial que no se agota*.

tremenda pero no justa ni necesaria, le rodea con la aureola de las víctimas. Al verle teñido con su propia sangre y derribado en la plenitud de la fuerza, se olvida los muchos defectos del mandatario y se recuerda las buenas cualidades del hombre. Pardo tenía figura simpática, modales finos, trato afable, conversación chispeante y una irresistible atmósfera de atracción. Al tratarle una vez, se deseaba tratarle a menudo, y al frecuentarle no se dejaba de quererle. Inspiró afecciones tan sinceras y durables que se hallan intactas hoy mismo, a los veinticuatro años de muerto¹. Si muchos le veneran y le bendicen, sus enemigos no le perdonan ni en la tumba : le execran y le maldicen, imaginándose verle pasar inexorablemente acosado por las sombras de Gamio, Herencia Cevallos, Vargas Machuca, Bardales Arévalo y Cucalón.

1. *Nota marginal del autor* : ¿Mera gratitud? La Humanidad no posee tan buenos sentimientos para no olvidar la beneficencia. Tenía esa fuerza hipnótica que algunos ejercen en vida y siguen ejerciendo desde el sepulcro.

PIÉROLA

PIÉROLA¹

Por más que los europeos nos miren retratados en libros y diarios o nos vean desfilar en caricaturas y sainetes, nunca se formarán una idea precisa del ambiente que respiramos ni se imaginarán con exac-

1. Nicolás de Piérola, nacido en Camaná (Arequipa) en 1839. Ministro de Hacienda en 1869; Jefe Supremo de la Nación durante la Dictadura, de Diciembre de 1879 a Enero de 1881; Presidente de la República de 1895 a 1899. Fundador del Partido Demócrata. Fallecido en Lima en 1913.

El presente artículo — escrito a fines de 1898 o principios de 1899 — es inédito : su publicación fué impedida, en dos oportunidades sucesivas, por el gobierno de Piérola. En la primera, agentes de policía penetraron en el taller tipográfico donde se preparaba la publicación en folleto, destruyeron la maquinaria y confiscaron el manuscrito. Pero un cajista leal logró conservar una prueba de las Partes I y II, que entregó más tarde a González Prada : es así cómo, en los originales que han llegado a nuestro

titud a los hombres que nos gobiernan.

Si Enrique Heine envidiaba la suerte de los Magyares porque morían en garras de leones mientras los alemanes sucumbían en los dientes de perros y lobos ¿qué diremos nosotros? Aunque poseamos muchas constituciones, muchos códigos y muchas leyes y decretos, los peruanos geminos bajo tiranías inconcebibles ya en el Viejo Mundo, vivimos en la época terciaria de la política sufriendo las embestidas de reptiles y mamíferos desaparecidos de la fauna europea.

poder, las Partes I y II están en *prueba de galera*, y las Partes III y IV, manuscritas, pues el autor debió rehacer estas secciones del original perdido.

Una segunda tentativa de publicación, en Agosto de 1899 (en *El Independiente*, cuyas prensas fueron también destrozadas por esbirros) resultó tan infructuosa como la primera. Concluido en Setiembre de 1899 el período presidencial de Piérola, González Prada consideró, sin duda, pasada la oportunidad política de estas páginas, y han permanecido inéditas hasta la fecha.

Un detalle : el manuscrito que confiscó la policía fué entregado al Presidente : Piérola ha sido, pues, la única persona en conocer este artículo, fuera del círculo familiar del autor. (*Nota del editor.*)

En Piérola diseñamos a uno de los bárbaros prehistóricos en medio de la civilización moderna, a uno de esos presidentes sudamericanos que justifican las palabras de Child, Gustavo Le Bon y Cecilio Rhodes.

I

Durante algunos años, Chile atisbaba la ocasión de lanzarse sobre el huano y el salitre : la riqueza del Perú le quitaba el sueño. En 1879, cuando su presupuesto acusaba un enorme déficit y sus finanzas sufrían una crisis no muy lejana de la quiebra fiscal, sus hombres públicos se resolvieron a tentar la empresa bélico-mercantil o asalto a la bolsa de los vecinos : a más de la oportunidad de caer sobre nosotros, hallaron entonces la causa justificativa de la agresión — nuestra inofensiva y candorosa alianza con Bolivia.

Inflamada la guerra, sucedió lo que

debía de esperarse dada la condición del Perú : nuestros buques sucumbieron ante la escuadra enemiga, nuestros improvisados batallones quedaron vencidos y deshechos por fuerzas mejor armadas y mejor dirigidas. Si con la captura del *Huáscar* aseguraba Chile su dominio en el mar, con la victoria de San Francisco ganaba el litoral de Bolivia, Iquique, Pisagua, Tarapacá. Mas su codicia no estaba satisfecha y volvía los ojos hacia Tacna y Arica. Entonces el pueblo de Lima, como enfermo que se imagina sanar repentinamente con sólo variar de medicinas y de médico, pasó de la legalidad a la dictadura, derrocó a La Puerta y levantó a Piérola.

Y conviene decir *el pueblo de Lima*, al considerar que un hombre solo, entregado a sí mismo, sin colaboradores ni cómplices, sin el auxilio del ejército ni la anuencia de las masas populares, no habría logrado consumar el golpe ni entronizarse en el mando. Aunque la Ciudad de los Reyes no se distinga por los sentimientos viriles

ni los arranques heroicos, sabe con la sola abstención o fuerza de inercia cortar el vuelo a los ambiciosos e impedir el arraigo de las tiranías¹. En la Dictadura del 79, tanta responsabilidad cabe, pues, al hombre que tuvo la audacia de imponerla como al pueblo que aceptó la degradación de sufrirla.

Sin la guerra con Chile, el *Régimen Dictatorio* no habría pasado de un auto sacramental con intermedio de ópera bufa y evoluciones funambulescas; pero entre la sangre, la muerte y el incendio se convirtió en una tragicomedia, en una especie de *Orestiada* refundida en *El Dómine Lucas*.

Dado el hombre ¿se concebiría diferente representación? Piérola nació en los amores del Genio Atolondramiento con el Hada

1. El autor ha borrado aquí, dejándolo en forma ilegible, un párrafo alusivo a la revolución de los Gutiérrez. Parece probable que lo suprimido repitiera pensamiento semejante al expresado en *Manuel Pardo* (página 133) sobre los sucesos de Lima en Julio de 1872. (*Nota del editor.*)

Imprevisión : de ahí que en sus revoluciones no se descubra el plan de un político sino la empresa de un aventurero. Con fe ciega en la fatalidad, como un creyente de Mahoma, o confiado en el auxilio de la Providencia, como un fanático de la Edad Media, él no calcula las probabilidades del buen éxito, no mide la magnitud de los estorbos, no estudia a los hombres para descubrir sus vicios o virtudes ni entrevé la sucesión lógica de los acontecimientos : cierra los ojos y dispara, como jinete con delirium tremens en un caballo desbocado.

Chile mismo no habría elegido mejor aliado. Cuando convenía ceñirse a disciplinar soldados, reunir material de guerra y aumentar los recursos fiscales, Piérola remueve las más pasivas instituciones : era el caso de ordenar, y desordena ; de hacer, y deshace ; de conservar, y destruye ; de operar, y sueña. En el estado de guerra, cuando las funciones del cuerpo social son de más intensidad y de mayor extensión, suprime órganos o les sustituye con meca-

nismos artificiales y muertos. Peor aún : asume el Poder Legislativo, el Ejecutivo, el Judicial, el Generalato en Jefe del Ejército, el Almirantazgo de la Marina, en fin, presume realizar una obra que no imaginaron Alejandro, César, Carlomagno ni Bonaparte. Un dedo pretende monopolizar todas las funciones del organismo.

Como Poder Judicial, expide, o mejor dicho, firma un laudo reconociendo a la Casa Dreyfus un « saldo de veinte millones de soles », precisamente cuando ese mismo Dreyfus se declaraba deudor al Perú y estaba en vísperas de celebrar una « transacción equitativa y amigable » con nuestro Agente Financiero en París¹. De ese laudo provienen nuestras más graves complicaciones financieras : dígalo el forzado arbitraje de Berna.

1. Sólo faltaba fijar la suma que Dreyfus entregaría, suma destinada para comprar al Gobierno de Turquía un blindado. Al recibirse en París noticias de la revolución efectuada por Piérola el 21 de Diciembre del 79, Dreyfus cambió de tono : sabía muy bien a qué atenerse.

Como Poder Legislativo, promulga un *Estatuto* inquisitorial y vejatorio que él mismo viola el primero cuando la desmoralización cunde en todas las capas sociales, cuando tiene en sus manos al desertor, al espía y al concusionario. Así corta (como sucedió con García Maldonado los juicios por desfalcos y gatuperios en) que resultan complicados sus acólitos, sus caudatarios, sus amigos y sus deudos. Sólo muestra mano de hierro para fusilar a un pobre soldado de marina y a Faustino Vásquez, « no obstante las irregularidades legales cometidas en el proceso » (*sic*).

Como Poder Ejecutivo... Pero ¿quién sigue a Piérola en su actividad de polea loca, en su vertiginosa carrera de locomotora lanzada a todo vapor y sin maquinista? Al recorrer hoy las series de leyes y decretos que por conducto de sus pasivos Secretarios manaban incesantemente de su cerebro, como por los boquetes de una pared vieja y cuarteada sale un enredado sistema de correas sin fin; al leer sus

resoluciones sobre delitos de prensa, fundación del *Instituto de Bellas Artes*, *Gran Libro de la República* y uniforme del *Vicario General de los Ejércitos*; al verle celebrar como un segundo Lepanto el aniversario de la escaramuza entre el *Huáscar* y dos fragatas inglesas; al considerar el embrollo financiero que producía rechazando los billetes fiscales y estableciendo la libra esterlina como moneda legal, para en seguida regresar al papel moneda con la emisión de los *incas*; al recordar la baraúnda que introducía en la *Reserva* y ejército de línea con su renovación de jefes y cambio de táctica, la misma víspera de San Juan y Miraflores, duda uno si está bajo la acción de una pesadilla o se encuentra cogido en una balumba de locos arrebatados por el delirio incoherente. Eso fué un chorro continuo de aberraciones y absurdos, una avalancha de quimeras y desvaríos, un diluvio disparatorio, no de cuarenta días y cuarenta noches sino de cerca de cuatro-

cientos días con sus cuatrocientas noches.

Y ¡los hombres que aplauden y rodean al Dictador! En vísperas de las batallas de Enero, cuando los ejércitos chileno y peruano se hallan a la vista, sus generales huyen furtivamente del campamento para venir a refocilarse con las prostitutas de Lima, sus ministros bailan desnudos en las saturnales de los barrios bajos o repletos de alcohol se desploman en las plazas y calles de la ciudad. Basta ser primo de una madre abadesa para conseguir una Prefectura, basta descender de un canónigo para desempeñar una Comandancia General. Cuando se cruzan barchilón y sacristán, el uno pregunta : « ¿Cómo va, mi coronel? » y el otro responde : « Para servir a usted, mi comandante. » Mayores hay que eructan a cañazo revuelto con chanfaina mal digerida, mientras dejan asomar por los bordes del kepí unas inmemoriales aglutinaciones de viruta, cola y aserrín. Porque el Dictador, desdeñando la ciencia y la espada de los hombres encanecidos en la

guerra, concede grados militares a los leguleyos, a los mercaderes, a los pilluelos y a los sinvergüenzas, con la misma facilidad que Don Quijote de la Mancha otorgaba el *don* a la Tolosa y a la Molinera.

En esta vegetación viciosa y malsana, reinan de preferencia los hongos nacidos en el estercolero del echeniquismo. Con los supervivientes y herederos de la antigua *mazorca*, el robo asciende al rango de institución social. Se roba en la dieta de los enfermos y en el rancho de los soldados, hasta el extremo que las guarniciones de los fuertes permanecen días enteros sin víveres ni leña¹. Cañones hay que no funcionan por falta de saquetes : la franela, en lugar de contener pólvora, ha servido para envolver la ciática o reumatismo de alguna recomendable matrona. Los ambulantes despojan a los heridos o les sustraen las prendas valiosas, porque al sagrado de

1. *Nota marginal del autor* : A persona decente, miembro de familia respetable, hay que despedirla de un hospital porque se roba la carne y la leche de los heridos.

la Cruz Roja se acogen no sólo muchos prudentes que desean ponerse a salvo de las balas chilenas, sino algunos desalmados que en el dolor y la muerte quieren beneficiar un rico filón.

Supongamos que una tribu de beduínos acampara en el Palacio de Gobierno y sus alrededores; mejor aún, imaginemos que en un museo de Antropología se escaparan los monstruos recogidos en las cinco partes del Globo, y adquiriríamos una idea remota de los personajes que desde fines de 1879 hasta principios de 1881 componían el círculo del Dictador¹.

Si por lo dicho en los anteriores párrafos se vislumbra el lado serio de la Dictadura, por lo siguiente se divisa su lado jocoso.

Piérola no sólo se caracteriza por el atolondramiento y la imprevisión : estrambótica mezclanza de lo cómico siniestro

1. *Nota marginal del autor* : Una legión de proveedores y rematistas se lanza sobre la Nación para explotarla y esquilmarla, cuando más apremiada se ve por las circunstancias y cuando más necesidad tiene de recursos.

con lo trágico ridículo, resume la caricatura de personajes diametralmente opuestos. Así, cuando funda la *Legión del Mérito*¹ y establece en las sucursales de Palacio un Versailles con viejas almidonadas y reteñidas, se le diría un Luis XIV rebajado a la talla de Nene Pulgar, y cuando lanza contra los veteranos de Chile a los infelices reclutas de la puna, habiendo observado la precaución de hacerles confesar y comulgar antes de enseñarles el manejo del rifle, parece un Gambetta clerical y tonsurado. Con esa personalidad ambigua, se desdobra y completa metamorfosis inesperadas : organiza con el nombre de *Partido Demócrata* una facción maleante y agresiva, inflama el odio justo del oprimido contra el opresor y anuncia una formidable liquidación social; pero una vez encaramado en el Poder, cuando debería lanzar rayos y truenos, enciende

1. *Nota marginal del autor* : Por decreto de 28 de Mayo de 1880, Piérola hizo otorgar a Grau, a título póstumo, la condecoración de *segunda clase* en la *Legión del Mérito*...

un fosforillo de cera y produce el retintín de unos cascabeles : de Espartaco surge Polichinela, como de una vaina con incrustaciones de oro sale un chafarote de cartón.

Por eso, mientras algunos rugen de cólera y hasta lloran al columbrar el despeñamiento seguro de la Nación en un abismo sin luz ni salida, otros se ríen a caquinos al presenciar el desenvolvimiento de un drama donde figura un héroe trapalón y cursi, una especie de trinidad carnavalesca formada por la integración de Arlequino, Roberto Macaire y un rata de *La Gran Vía*.

Imposible no reírse de Piérola al verle recorrer las calles de Lima con estrechísimos pantalones de gamuza, enormes botas de carabinero español, casco a la prusiana y dolman sin nacionalidad. Se empinaba sobre descomunales tacones para disimular la deficiencia de la estatura, echaba atrás la cabeza, abombaba el pecho y avanzaba con pasos diminutos y acom-

pasados, moviendo las piernas, no con la suavidad de un miembro que articula sino con la rigidez de un compás o la tiesura de una barra que sube y cae de golpe. Separado de su cortejo, aislado para ofrecer mejor blanco a los ojos de la concurrencia, miraba sin pestañear, a manera de las Divinidades Indostánicas, embebecido y transfigurado como si en lontananza divisara los deslumbrantes resplandores de su apoteosis futura. Era Robespierre en la fiesta del Sér Supremo, era un vencedor romano en los honores del triunfo, era más aún, porque nadie — emperador o monarca — atravesó jamás las calles de una ciudad como Piérola cruzó Lima el 24 de Setiembre de 1880 al seguir el anda de Nuestra Señora de las Mercedes. Los chuscos y los granujas lanzaban una carcajada homérica, los más ciegos partidarios del Dictador se mordían los labios para no reventar de risa al presenciar algo así como el desfile de Tom Pouce con el yelmo de Mambrino : todo el

mundo palpaba lo ridículo del acto, del disfraz del hombre; menos Piérola, que avanzaba triunfante, sereno, inmutable en su papel de Magnus Imperator¹.

Y durante los doce o trece meses de la Dictadura, ni un solo momento dejó de hacer el Magnus Imperator, si no con la magnificencia de un Julio César, al menos con la fatuidad de un Pompeyo. Antes que nada, se tituló *Jefe Supremo de la Nación y Protector de la Raza Indígena*; en seguida se formó una especie de corte donde predo-

1. *Nota marginal del autor* : Uniforme de Piérola, al desembarcar en Pacocha el 1º de Noviembre de 1874, según Zubiría :

« Kepí *sui géneris*, porque sus bordados no correspondían a ninguna de las altas clases conocidas en el ejército.

« Levita de aspirante, porque no tenía presillas ni insignia alguna de clase militar.

« Pantalón del fuero común.

« Botas a lo Federico II.

« Faja bicolor con borlas de oro, de gran mariscal o de ministro de estado.

« Espada de subteniente de gendarmes. »

(JUSTINIANO DE ZUBIRÍA, *La Expedición de El Talismán*, Valparaiso, Imp. del Mercurio, 1875; pág. 140.)

minaban abogados que le tenían por buen general y militares que le creían eximio doctor en leyes. Hacía observar la más rigurosa etiqueta, se arrellanaba en un sillón dorado y no recibía tarjeta o papel sin venir en una bandeja de plata conducida por un lacayo de rigurosa librea. Hasta con sus más íntimos familiares usaba un tono imperioso y enfático. Si alguno por descuido no le prodigaba el *Excelentísimo Señor*, él se lo recordaba con frialdad y aspereza. « — Caballero, habla usted con el Jefe Supremo », dijo a un discípulo que llanamente le endilgó el acostumbrado *tú*. Dibujaba en sus labios una eterna sonrisa de suficiencia o menosprecio, y de cuando en cuando tomaba un aire lánguido y fatigado, como si le abrumara el peso irresistible de su propio genio. Seguramente, al cruzar por delante de un espejo, se inclinaba con religioso respeto.

En los negocios de Estado fallaba *ex cátedra*, marcando el timbre de su vocecilla nasal y desapacible. Las más veces

se expresaba con monosílabos o frases cortadas y sibilinas para no descubrir la integridad de sus concepciones : aparentaba guardar en el cerebro un rico tesoro que habría depreciado enseñándole a ignorantes y profanos. El legendario « tengo mi plan » lo justificaba y lo explicaba todo. Para muchos, tan exagerado disimulo nacía de un profundo saber, de una consumada política. El silencio del oráculo producía el asombro en algunos infelices que se apiñaban en los rincones de Palacio y se decían a media voz, puesto el índice sobre los labios : « — Don Nicolás no habla, pero ya veremos cuando opere. » Sin embargo, algunos de esos malintencionados y burlones que no faltan en ninguna parte, se demandaban si el silencio de Piérola sería el prudente silencio de Conrado, y si los famosos planes se parecerían a la gestación de una mujer joven y fuerte o a la hidropesía de las viejas verdes, de esas pobres señoras que llegadas a la edad *climatérica* toman por embarazo la hin-

chazón, cosen los pañales, almidonan las gorritas, adornan la cuna, eligen el padrino y aguardan todos los días a un muchacho que nunca llega.

Guiados por semejante cabeza, parece inútil preguntar a dónde fuimos. Sin auxilios ni refuerzos, reducido a luchar contra fuerzas superiores en número, disciplina y armamento, el ejército peruano del Sur sucumbió en el Campo de la Alianza¹. Después de Tacna cayó Arica,

1. Al margen del texto original aparece escrita con lápiz esta frase trunca : « El epitafio de Piérola fué... » El autor tuvo, indudablemente, el propósito de aludir a la conocida satisfacción que produjeron en el Dictador y su círculo las derrotas del ejército del Sur. A fin de completar el pensamiento inconcluso, juzgamos oportuno reproducir los siguientes comentarios de don José María Quimper :

« El Dictador sacrificó a su ambición a aquel puñado de héroes (*el ejército de Montero*) hostilizándolo cuanto le fué posible y negándole todo refuerzo o ayuda de cualquiera clase. La noticia del desastre se recibió con dolor profundo por todos; pero Piérola y los suyos no supieron siquiera disimular su alegría. No existía ya ni sombra de oposición al régimen dictatorial, que dominaba sin rival en un vasto cementerio. *La Patria*, órgano de Piérola, con un cinismo que rayaba en demencia, calificó placente-

y después de Arica le llegaba su vez a Lima. La pérdida de la capital no tardó mucho en realizarse : al empuje de los veteranos chilenos se desbarataron en San Juan y Chorrillos las improvisadas y colecticias legiones del Dictador, y en vano parte de la *Reserva* opuso en los reductos de Miraflores una resistencia heroica y desesperada. Lima cayó en poder de los chilenos, y Piérola, aturdido pero no curado, huyó a guarecerse en las encrucijadas de la sierra.

Al poco tiempo se hizo nombrar General por la Asamblea de Ayacucho.

ramente la derrota de Tacna como “ la destrucción del único elemento que restaba del anterior carcomido régimen ”; se refería al constitucional. »

Manifiesto del ex-Ministro de Hacienda J. M. Quimper a la Nación. — Citado por TOMÁS CALVANO en su *Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*; Lima, 1901, Vol. 1, pág. 287. (Nota del editor.)

II

Aunque la fisonomía del *hombre* quede ya esbozada en sus rasgos característicos, debemos acentuarla más : no importa recargar las líneas o incurrir en algunas repeticiones.

En Piérola resalta una cosa admirable : la olímpica serenidad para sobrellevar las responsabilidades que gravitan sobre sus hombros. Desde hace unos treinta años, las mayores calamidades vienen de su mano, mereciendo llamarse el hombre nefasto por excelencia : como Ministro de Hacienda, celebra el Contrato Dreyfus y arruina las finanzas nacionales; como Dictador, consume la derrota y agrava la desventurada condición del país. ¿Quién dirá los caudales dilapidados ni las vidas sacrificadas a su ambición y codicia? No habiendo ejercido ninguna profesión ni producido nada útil o bello, gastó su vida en practicar la industria sudamericana de

las revoluciones. En el largo curso de su existencia no ha sido más que una máquina empleada en destruir o paralizar las fuerzas vivas de la Nación. Sin embargo, en medio de la sangre y del llanto, del incendio y de las ruinas, de la desesperación y de la muerte, en medio de su obra, se queda tan impávido y sereno como el niño que rompe un jarrón de Sèvres o deshoja un ramo de flores.

Más que impávido y sereno, vive tan ufano y satisfecho como si nos hubiera redimido de la esclavitud y fuera el Moisés o Judas Macabeo de nuestra raza. Creyendo insuficientes las nubes de incienso que le arrojan los turiferarios de la prensa oficial, no mueve nunca el labio sin hacer su panegírico y alabar las excelencias de su gobierno. Escuchémosle : Pardo, Prado, La Puerta, Iglesias, Cáceres, Morales Bermúdez, Borgoño, todos erraron y delinquieron : sólo él resplandece incólume, libre de error y pecado. Según lo deja traslucir, la historia del Perú se divide

ya en tres grandes épocas : desde Manco Cápac hasta Francisco Pizarro, desde Francisco Pizarro hasta Nicolás de Piérola y desde Nicolás de Piérola hasta la consumación de los siglos.

Con el orgullo, la vanidad y la soberbia se explica todo, desde la satisfacción y ufanía hasta las alabanzas propias y la olímpica serenidad. Profesando la convicción de que unos nacen para mandar y otros para obedecer, incluyéndose naturalmente en el número de los favorecidos, Piérola se figura que los peruanos le debemos obediencia y pleito homenaje. En el Palacio de Gobierno todos los Presidentes son inquilinos, él es el propietario. Como proclama la existencia de hombres providenciales, vive plenamente seguro de « haber sido creado por un decreto especial y nominativo del Eterno¹. » Se comprende, pues, que desde las alturas donde se imagina colocado « nos divise como

1. Renan lo dijo por Víctor Hugo.

átomos sin la menor semejanza con él¹ » y se haya formado tan sublime concepto de sí mismo que « respetuosamente lleve la cabeza sobre sus hombros como si transportara el Santísimo Sacramento² ». Cuando en 1895 abre o instala su *Asamblea Demócrata* « en el nombre de Dios Creador y Conservador del Universo », no hace más que solicitar la presencia de un amigo para demandarle unos cuantos consejos. Admira que al titularse *Protector de la Raza Indígena* no se hubiera llamado también *Defensor de Jesús en el Tahuantisuyu*. Pero no cabe duda que al sufrir los descalabros de Los Ángeles, Yacango, San Juan y Miraflores acusaba a Dios de ingrato y olvidadizo.

¡Sér providencial, grande hombre! Se desvive y se desvela por manifestarse

1. Saint-Simon refiriéndose al Duque de Bourgoigne : « De la hauteur des cieux il ne regardait les hommes que comme des atomes avec qui il n'avait aucune ressemblance, quels qu'ils fussent. »

2. Desmoulins hablando de Saint-Just.

magnífico en sus dichos y hechos, por imitar y seguir a las celebridades antiguas y modernas. No alcanzando a producir nada original, retiene frases históricas y con el mayor aplomo las endosa, más o menos alteradas, como si fueran chispas de su ingenio. Ya sabemos de qué manera parodió la gasconada de Jules Favre : « Ni una piedra de nuestras fortalezas, ni una pulgada de nuestro territorio. » Ministro de Hacienda, tuvo la osadía de apropiarse un arranque de Guizot contra Molé y querer abrumar a los diputados de la oposición diciéndoles : « Por más que algunos se empinen, no llegarán a la altura de mi desprecio. » Insolencia disculpable en Guizot que por su talla parecía un eucalipto arraigado en el suelo del Parlamento, imperdonable y ridícula en Piérola que por su estatura semejaba en la tribuna un uistiti asomándose por la bota del ogro. Luis XIV ¿no se llamaba o se dejaba llamar *Le Roi-Soleil* — el Rey-Sol? Piérola exclama hoy cuando le hablan de su moribundo rei-

nado : « Ya soy *le soleil couchante* » (*sic*).

De Dictador quiso imitar a Bolívar y Prado, sin acordarse que Bolívar se llamaba el Libertador Bolívar, ni que Prado, dictador *in nómine*. no ejerció ninguna tiranía, declinó la autoridad en su ministerio y, más que nada, supo justificar la Dictadura con el 2 de Mayo. Vivanco, soñando ser el Napoléon III de los Andes, tuvo amago de pera y consumación de mostachos; no obstante, se quedó sin el Imperio, gracias al oportuno sable de Castilla. Queriendo ser ambos Napoleones a la vez, Piérola *realiza* el bigote y la pera de *Badinquet*; mas como la naturaleza del cabello le impide lucir el famoso mechón lacio de Bonaparte, lleva en la frente un rizo que tiñe de blanco, engoma y retuerce hasta comunicarle la forma de un aplanado tirabuzón de hojalata. Probablemente habrá sabido que Mahoma ostentaba en la comisura de las cejas una especie de lucero y se dice : « Vaya el tirabuzón por el lucero. »

Se rodeó siempre de favoritos porque

así lo acostumbraron los reyes; y felizmente no se acordó de Enrique III, pues nos habría organizado una escolta de miñones o maricas. En lo más encendido de la guerra con Chile, pensando que Napoleón dictaba desde Moscú reglamentos para los teatros de París, funda en Lima un *Instituto de Bellas Artes, Letras y Monumentos Públicos*. Al recordar que Julio César, en medio de sus conquistas, se daba margen para escribir libros de Gramática, o que todo un Carlomagno bajaba del trono para vigilar su gallinero, nos habría confeccionado leyes ortográficas sobre la sustitución de la *y* por la *i* o decretos sobre la empolladura artificial de los huevos de ganso. Desde hace algún tiempo se modela según el actual Emperador de Alemania, sin fijarse que el menos agudo puede llamar a Bonaparte el hombre, a Guillermo II el actor, a Nicolás de Piérola el fantoche.

Llevado por la manía de singularizarse, de monopolizar las miradas, de acaparar

la admiración, escribe su nombre en todos los edificios públicos, erige su busto donde puede y graba su efigie donde cabe, desde los sellos postales hasta la moneda. Las frases que el Padre Coloma aplica a la Currita Albornoz, le vienen como de molde : « Si asiste a una boda, quiere ser la novia ; si a un bautizo, el recién nacido ; si a un entierro, el muerto. » Si alguna vez le ahorcaran, se alegraría con tal de bambolearse en el palo más alto¹. Habría deseado estirarse como un álamo para sobresalir entre la muchedumbre y dar ocasión a que todo el mundo se preguntara : « ¿Cómo se llama ese gigante? » Habría dado la honra de su madre y la vida de su padre, habría gemido cien años en la parrilla de San Lorenzo, habría vendido su alma al Diablo, por unas cuantas pulgadas de

1. En nota marginal, el autor ha escrito la siguiente variante : « Si alguna vez le ahorcaran, rabiaría, como el envidioso de la Antología Griega, contra el ajusticiado que bamboleara en una cuerda más alta. » (*Nota del editor.*)

estatura. Ya se comprende la rabia y el despecho del hombre que soñando medirse con Goliat, despierta igualándose a Tirabeque y Sancho; del individuo que pensando rozar las estrellas con la frente, sólo consigue rascar el suelo con el fundillo.

La vanidad y la soberbia, el no creerse nunca en el desierto ni en condición inferior a los demás, hacen que Piérola ignore el sentimiento de lo ridículo y ofrezca el más curioso espécimen del bobo serio. Ofuscado por la veneración de sí mismo y juzgándose incapaz de merecer la burla, carece de la malicia necesaria para distinguir cuándo la sonrisa del interlocutor expresa la inocente verdad y cuándo encierra el agridulce de la ironía. Por eso, al atacarle, no sirven de nada rasguños de pluma ni cosquilleos de sátira benigna : se necesita banderillas de fuego y rociadas de ácidos corrosivos. Naturaleza burda y mal descortezada, vive a mil leguas de aquellos finos y delicados espíritus que miden escrupulosamente sus acciones y

palabras, se conservan en la línea correcta y prefieren verse empalados cien veces, antes de quedar una sola vez expuestos a la burla y el escarnio. De otra manera ¿cómo darse títulos que se reclaman de *La Vida Parisiense* y piden la música de Offenbach? ¿Cómo emperejilarse con adioses que merecen una orquesta de pitos y una lluvia de tomates? Mas exigirle a Piérola seriedad en las acciones y gravedad en el vestido equivale a querer un imposible. Si algunos hombres no ríen ni provocan la risa, otros nacen para servir de irrisión y mofa : en lo más trágico de la vida, en el dolor y las enfermedades, en el suplicio y la agonía, ofrecen algo que nos induce a compadecerles riendo. Convertidos en cadáver, los ridículos *a natiuitate* presentan alguna mueca o gesto que produce risa. Tal es Piérola: él y lo ridículo andan invariablemente unidos. Cuando quiere echarla de hombre serio y grave se iguala con esos caballeros que salen a paseo muy afeitados, muy pren-

didos, muy flamantes y que sin embargo pasan causando una bulliciosa hilaridad porque en la espalda llevan una calavera de albayalde o dejan asomar la punta de la camisa por bajo los faldones de la *leva*. ¡Ridículo, eternamente ridículo!

Pero hay actos de Piérola, no sólo ridículos sino de una desesperante frivolidad, de una frivolidad femenina, pueril, incalificable. Se ocupa de formar anagramas con su nombre (*León Dapier*) y viaja de incógnito — por donde nadie le conoce — haciéndose llamar *Castillo* en el *Talismán*, *Teodoro de Alba* en el Ecuador, *Fernández Garreaud* en París y no recordamos si *Mister White* en Londres, *Herr von Tiefenbacher* en Berlín o el *Signor Vermicelli* en Roma. Al evadirse de la prisión a que en 1890 le redujo Cáceres, deja en la celda sus patillas, un corsé, un detente, una variada serie de sus propias fotografías y no sabemos si una colección de pantorrillas y nalgas postizas. En Marzo de 1895, antes de recoger

cadáveres y curar heridos, se manda coser el uniforme de General de División. Algunas almas caritativas le disuadieron de llevarle. Últimamente le hemos visto hacer cuestión de gobierno el color y calidad de las medias que envolverían las pantorrillas de su *valet de pied* y de su *valet de chambre*. ¡Qué mucho! si en plena Dictadura, con los chilenos a las goteras de Lima, consume horas delante del espejo para ensayar alguna casaquilla o entorchado, y en las conversaciones de sobremesa con sus Ministros y Comandantes Generales discute larga y acaloradamente sobre si en la cima de su casco pondrá un cóndor o un pararrayos. El uniforme estrenado en la procesión de las Mercedes le costó más desvelos que la defensa de Lima.

Con todo, Piérola tiene la malignidad bellaca, la inclinación a la intriga vulgar o de escaleras abajo, en una palabra, la astucia. Y con ella patentiza más su naturaleza burda y mal descortezada, su peque-

ñez intelectual y moral, porque la astucia no pertenece a los hombres que llevan el cerebro atestado de grandes ideas y el corazón rebosando de nobles sentimientos : como el musgo en las piedras, la astucia nace en las almas estériles y pobres. Los pensadores y los buenos se muestran leales, crédulos, fáciles de sufrir el engaño; por el contrario ¿quién se la juega al rústico y al patán? Astuto el posadero que da gato por liebre; astuto el mercachifle que hace pagar la tela de algodón por género de lana; astuto el boticario que endilga el *aquafontis* por un maravilloso específico; astuto el gitano que vende un asno viejo y mañoso por un pollino amable y de buen corazón. Gil Blas se burla de Newton, un piel roja de Darwin. Si la astucia no recomienda mucho al hombre, tampoco arguye en favor del animal : astutos el zorro, la serpiente y la chinche; mas no el toro, el caballo ni el perro. Y lo curioso está en que a Piérola se le mira venir desde lejos y se le dice : « Ya te

conozco, besugo » : todos sus planes maquiavélicos resaltan como parche blanco en tela negra. Queriendo hacer el fino, parece un oso bailando la cachucha española y el minué francés. Se figura eclipsar a Metternich o Talleyrand cuando se porta como el camello que sepulta la cabeza en el arenal y deja al aire libre las dos jorobas. Se congratula muchas veces de haber asestado un golpe maestro y digno de la inmortalidad, como Tartarin de Tarascon se vanagloriaba de cazar leones cuando había cometido el alevoso asesinato de un burro.

Pero, descúbrase o no se descubra la trama, le importa un comino, siendo lo que llaman los franceses un *je-m'en-foutiste*, un hombre que sigue las divisas de *el que venga atrás que arree* y después de *mí el diluvio*. Su entrada en la vida pública lo dice muy bien. Salido apenas del Seminario, cuando no posee más bienes que su título de abogado (adquirido por arte de birlibirloque) cuando siente por primera

y última vez en su vida el deseo de trabajar honradamente, abre una puertacajón o tenducho en la calle de Melchormalo, con el fin de vender, no sembradoras para las haciendas ni picos para las minas, sino santitos de yeso, fruslerías, *Tónico Oriental* y muchísimos menjurjes para remozar viejos verdes y revocar jamonas averiadas. No perseveró mucho en el comercio, más bien dicho, no le dejaron perseverar, pues como se busca un *bravo* para que dé una puñalada, le sacaron de su mostrador para que firmara el Contrato Dreyfus. Para coger el cetro de Roma, Cincinato abandonó la esteva del arado; para recibir el portafolio de Hacienda, Piérola deja la *leche antefélica* y el unguento del soldado.

Según Ph. de Rougemont, « el general Echenique, uno de los personajes más comprometidos en esta intriga financiera, fué el que se encargó de encontrar al hombre. “— Tengo, le dijo al Presidente, lo que usted desea. No busque más. Un

deudo mío, muy joven, muy pobre, muy oscuro y muy ambicioso; tan vanidoso como falto de escrúpulo; lego en las finanzas, pero bastante inteligente y bastante atrevido para hacer creer que posee a fondo la Ciencia Económica, es el único hombre que llena las condiciones del programa "1 ».

Sin saber jota de finanzas, ignorando si la voz penique servía para designar un asteroide o un molusco, firma un contrato leonino y nos entrega maniatados a la mala fe y rapacidad de unos cuantos especuladores cosmopolitas. Si el contrato hubiera favorecido a los Consignatarios con perjuicio de Dreyfus y Compañía, le habría firmado con el mismo tupé, con la misma ligereza. También, si en lugar de hacerle Ministro de Hacienda, le hubieran nombrado Arzobispo de Lima, ingeniero del Estado, profesor de lengua

1. PH. DE ROUGEMONT : *Une page de l'histoire de la dictature de Nicolás de Piérola en 1880*, Melun, Imp. A. Du-bois, 1883; pág. 10.

china, Contralmirante de la Escuadra o comadrón de la Maternidad, habría aceptado el cargo, sin titubear, creyéndose con aptitudes necesarias para ejercerle. Él no quería sino el trampolín donde pegar el salto y caer en la Caja Fiscal.

Una vez ingerido en la política, habiendo saboreado las dulzuras de signar contratos y manejar fondos públicos, no se satisface con segundos papeles y dirige sus miradas a la Presidencia de la República, al mismo tiempo que Manuel Pardo se afana por constituir el Partido Civil. Entonces organiza una facción o bandería con ínfulas liberales y democráticas. Veamos el liberalismo y la democracia de Piérola.

Educado en Santo Toribio, al calor *non sancto* del clérigo Huertas, ordenado de órdenes menores, Piérola no se desnudó del espíritu clerical y jesuítico al borrar la corona y desvestirse de la sotana : conservó el indeleble sello del *défroqué*. Desde los primeros ensayos que bajo el

seudónimo de *Lucas Fernández* publicó en no sabemos qué periodiquillo fundado, redactado y fomentado por clérigos¹ hasta los editoriales que dió a luz con su nombre en *El Tiempo* y anónimos en *El País*, no defendió más causas que las retrógradas, no predicó más ideas que las ultramontanas. A las pocas horas de organizada la Dictadura, antes de dirigirse al Cuerpo Diplomático residente en Lima, se arrodilla ante el Delegado de León XIII para besarle humildemente la sandalia, « reiterarle la fe inquebrantable y el amor filial, y pedirle su bendición apostólica ». En el artículo 3º del *Estatuto Provisorio* establece que « no se altera el artículo 4º de la Constitución, relativo a la Religión del Estado ». En su *Declaración de Principios y bases para la organización del Partido Demócrata*, en ese piramidal y famoso documento donde trozos de Agro-

1. El Arzobispo de Lima lo subvencionaba con cuarenta soles.

nomía se mezclan a fragmentos de Lugares Teológicos, donde preceptos de Higiene se confunden con leyes de Economía Política y donde la Mineralogía anda en contubernio con las « elecciones populares por medio del voto acumulativo », Piérola nos habla de todo, sin olvidar « el drenaje, el halaje, el warrant comercial » ni « el paludismo de los terrenos pantanosos », menos de la cuestión religiosa : la juzga intangible¹.

Hoy mismo acude fielmente a las asistencias religiosas, invierte sumas enormes en refaccionar las iglesias, harta de oro a los obispos nacionales que asisten al Concilio Latino Americano, favorece todas las pretensiones absorbentes del clero y, con un simple decreto, desvirtúa los pocos

1. Apurados debieron de verse los Quispes y los Mamanis para entender « el warrant, el halaje, el drenaje y el paludismo », porque la *Declaración de Principios* está redactada, según su autor, « en forma ligeramente razonada y sucinta como lo consiente el propósito de llevarlos (*los principios*) con claridad hasta las últimas filas de nuestros adherentes ».

buenos efectos de la ley sobre matrimonio entre los no católicos.

Al tacharle de hipócrita porque en sus días negros o de mandatario *indefinido* asiste a misa con devocionario en mano, se pone en cruz, besa el suelo y lanza fervientes jaculatorias, se le calumniará : cree de buena fe, aunque su religión no pase de fango revuelto con agua bendita. Él no ha dejado las regiones inferiores de la religiosidad o superstición, y practica acciones que pugnan con el Catolicismo, con la Moral y hasta con la Higiene pública, porque su proceso mental se parece al estado sicológico del negro que antes de violar y matar, reza la oración del justo juez o pone los labios en el escapulario de Nuestra Señora del Carmen. Sembrando el fanatismo y protegiendo las órdenes religiosas, Piérola se imagina redimir sus culpas y hacer mérito para ganar el cielo. Como por la noche « peca bueno » aunque no « de balde » y al mediodía paga caro el remiendo de alguna torre

churrigueresca, resulta que sus buenos conciudadanos le costeamos el pecado y la penitencia.

No cabe negar su hipocresía política. Billinghamurst, el correligionario y amigo de treinta años, el hombre que debe conocerle más a fondo, le dice con muchísima razón : « La hipocresía política es mil veces más funesta que la hipocresía religiosa, y usted, don Nicolás, posee la primera en grado que nadie que no lo conozca íntimamente podría imaginarse¹. » Y ¿no hay su mérito en eso? ¿Parece nada fundar toda una vida pública y privada en el engaño y la mentira? Se cuenta de hombres que mienten por conveniencia o costumbre; pero ¿se cita muchos que tengan derecho a llamarse la hipocresía personificada?

La mentira gorda, la que llamamos *madre* porque de ella nacen todas las demás, es su democracia. El hombre que en el Ministerio de Hacienda nos engañó

1 Carta del 18 de Abril de 1899.

con su pericia financiera y en la Dictadura volvió a engañarnos con su genio militar, sigue y seguirá engañándonos con sus ideas democráticas. Mas, por mucho que intente alucinarnos con pepitorias fraternizantes y divagaciones igualitarias, Piérola deja traslucir en los menores actos de la vida su espíritu conservador y autoritario. Aunque venga del echeniquismo, pertenece a la escuela de Vivanco, el General que no ganó batallas, el académico que no escribió ningún folleto, el marido que no engendró un solo hijo a su mujer. La teoría de la escuela vivanquista se condensaba en sostener que para gobernar al Perú no se requiere de leyes ni de constituciones, sino de mucha energía, personificada en unos mostachos a la Napoleón III.

El Jefe del Partido Demócrata no sólo es monárquico por temperamento y clerical por educación, sino aristócrata, no sabemos por qué. Habría representado con gusto el papel aristocrático de Manuel

Pardo si hubiera nacido en más elevada esfera social, y sobre todo, si no se hubiese malquistado con las personas *decentes* o consignatarios del huano, al celebrar el Contrato Dreyfus. No pudiendo encabezar el Civilismo, fundó el Partido Demócrata; careciendo de mucho para nivelarse con Pardo, se declaró su enemigo mortal. Él mismo lo ha confesado con el mayor cinismo : « Tomé lo que me dejaron. »

El odio de Piérola a Pardo se agravaba con la envidia, cosa muy natural, dadas las condiciones sociales y hasta la textura física de ambos : era el odio del mulato al descendiente de sus antiguos amos, del homúnculo enclenque y simiesco al hombre alto y bien constituido. Porque Manuel Pardo, a pesar de su mirada siniestra, tenía una figura arrogante, simpática y varonil; mientras Nicolás de Piérola, deficiente de cuerpo y desfavorecido de cara, no poseía ninguna perfección que hiciera olvidar el prognatismo de las mandíbulas,

el pigmento de la piel ni las vedijas del cabello. La distancia entre los dos enemigos se marca bien diciendo que al entrar en una casa, a Pardo se le hubiera creído el amo, a Piérola el sirviente. En lo moral presentaban mayores divergencias que en lo físico y lo social : cuando se habla de Pardo, se menciona sus defectos y en seguida se rememora sus virtudes públicas y privadas; cuando se trata de Piérola, se recuerda vicios y nada más. Si nó, vengan los más empecinados Demócratas y respondan : ¿cuál es la virtud de su jefe?

Se concibe, pues, que el día más feliz en la vida de Piérola, fué el 16 de Noviembre de 1878, cuando un sargento (hipnotizado por no sabemos quiénes) hirió de muerte a Manuel Pardo : le quedaba el campo libre, se helaba la única mano capaz de tenerle a raya. Pero no bastaba eliminar al enemigo y sustituirle en el Poder, faltaba eclipsarle en mérito. Examinando los dichos y hechos de Piérola, se nota que vivió tentando esfuerzos

inauditos para levantarse sobre Pardo. Con todos sus defectos, mejor dicho, con todos sus errores (algunos gravísimos) Pardo se diseña como el único mandatario que, después de Santa Cruz, haya concebido un plan político y abierto uno que otro surco luminoso; Piérola no sabe dónde va ni da a entenderlo que desea, porque todo lo embrolla y lo descompone : genio esencialmente maléfico, donde pone una mano deja una huella roja, donde imprime la otra deja una mancha negra. En verse pequeño ante Pardo encontró por muchos años su desesperación y su martirio; y hoy mismo, sobreponiéndose al miedo y al remordimiento, evocará la ensangrentada figura de su víctima para medirse con ella.

III

¿Se dirá que el hombre antiguo, el Piérola de 1880, no debe igualarse al Piérola de hoy, instruído ya con su larga

residencia en Europa y amaestrado con las lecciones de la experiencia? Así lo piensan muchos, resignándose a que el Perú haya sido un *ánima vili* o mandíbula de muerto donde un aprendiz de sacamuelas ensaya sus tenazas y adiestra sus manos. De modo que gastamos el oro, vertimos la sangre y perdimos la honra para que un buen señor se perfeccionara en el arte de gobernarnos. ¿Lo hemos logrado?

En la Naturaleza se verifican transformaciones con visos de milagros, y los individuos experimentan cambios que simulan una reversión del sér; pero nunca sucede que un manzano produzca rosas ni que un moscardón labre capullos de seda. En el hombre mismo se presentan cualidades irreductibles : se nace y se muere con ellas. Hace dos o tres mil años que se afirmó : « Aunque majes al necio en un mortero entre granos de trigo a pisón majados, no se quitará de él su necedad. »

Cierto, Piérola residió muchos años en

París; mas ¿qué hizo? rondar la casa de Dreyfus, espiar las salidas y entradas de Dreyfus, hablar con el portero de Dreyfus, solicitar audiencias de Dreyfus, subir las escaleras de Dreyfus, hacer antesala en las habitaciones de Dreyfus, encorvarse humildemente en presencia de Dreyfus. Él puede informarnos sobre el número de catarros sufridos por Dreyfus en 1891 y sobre las propiedades terapéuticas de las enemas administradas a Dreyfus en 1892. Hasta nos fijaría la exacta proporción entre la aguja de Nuestra Señora de París y cualquiera de los supositorios aplicados a Dreyfus en 1893.

Respiró en el mundo europeo el ambiente cargado de emanaciones científicas y gérmenes libertarios, sin asimilarse un átomo de ciencia moderna ni de espíritu libre. ¿Qué sabe él de bibliotecas y museos, de invenciones y descubrimientos, de sabios y filósofos? Para medir su calibre intelectual y pesar su bagaje científico, basta decir que se gloria de no

haber leído sino un solo libro en más de veinte años. No le mencionen, pues, a Darwin ni Spencer, a Hæckel ni Hartmann, a Comte ni Claude Bernard, porque les creería fondistas, peluqueros, fabricantes de conservas o vendedores de afrodisíacos y fotografías pornográficas. Tampoco le hablen de Bellas Artes ni de monumentos : sería muy capaz de preferir un cromo chillón a una tela de Millet, de confundir los machones de la Torre Eiffel con un friso del Partenón o de tomar la chimenea de una fábrica por el obelisco de Luxor.

París no ha sido la escuela sino el cubil para devorar la presa : ahí disfrutó las gordas *economías* del Contrato Dreyfus, ahí saboreó los pingües *ahorros* de la Dictadura. Cuando la presa concluía y era necesario pegar un nuevo zarpazo a las finanzas nacionales, entonces dirigió el rumbo hacia el Perú trayendo planes de revolución, proyectos de leyes y decretos, sales inglesas, inyecciones orquílicas

de Brown Sécquard y botellas con infusiones de zarzaparrilla en agua de Lourdes.

Piérola en Francia se quedó tan Piérola, como la pelotilla de migajón continúa de migajón por mucho que se mezcle algunos años con perlas y diamantes. De otro modo ¿pensaría como piensa y hablaría como habla? Sus actos y palabras nos corroboran en que lejos de haberse curado con la edad y los viajes, presenta hoy más agravados los síntomas de vacilación mental e incoherencia. No se agita en las regiones de la locura; pero debe de estar muy próximo a los límites oscuros donde empieza el reblandecimiento cerebral o la parálisis. Si penetráramos en su cráneo, veríamos una especie de limbo donde pasan entre medias luces y como figuras de un cinematógrafo, el Palacio de Gobierno y la Catedral de Lima, el *pouf* de una *cocotte* y la bolsa de un banquero.

¡El cráneo de Piérola! Todo lo que entra en su mollera, se refracta ofreciendo

una imagen desviada, como bastón clavado en el agua, porque su cerebro no consta de dos hemisferios donde se marcan circunvoluciones más o menos complicadas, sino de un intestino, largo y angosto, que da vueltas y revueltas, que se tuerce y se retuerce sobre sí mismo para formar una diabólica y enmarañada aglomeración de trenzas chinas y nudos gordianos. Si el intestino almacena fósforo, lo dirá la autopsia. Y ¡el dueño de semejante órgano presume de orador y escritor! Al inaugurar una fábrica de sombreros, dijo, después de constatar la presencia de Dios en la ceremonia : « Fatigados estamos de hombres que hablan : necesitamos hombres que hagan. » Frases que significan : *Admírenme a mí que me porto como Cincinato, hablo como Cicerón y escribo como Tácito.*

Si lo moral de Piérola se obtiene vaciando en un molde la ferocidad de un cafre y la lujuria de un gorila, lo intelectual se consigue amalgamando la ergotería frailuna de un teólogo con la artimaña leguleyesca

de un picapleitos : es un casuístico doctor de Salamanca involucrado en un fulle-resco tinterillo de Camaná. Inventaría la línea curva, la quinta rueda del coche y el laberinto de Creta. Sus proclamas, sus manifiestos, sus mensajes, sus discursos, sus decretos, cuanto mana de su pluma o de sus labios, se reduce a una pululación de antiguallas y lugares comunes, en una prosa enrevesada, bombástica, gerundiana : nunca una idea concreta y original, nunca una frase cristalizada y luminosa.

Si sus pensamientos semejan el volar y revolotear de murciélagos en la penumbra de una cripta, su lenguaje recuerda el tra-quetear de carromato vacío, corriendo por un cascajal. ¡Qué términos, o mejor dicho, qué terminotes y qué terminajos! Careciendo así de la gracia que seduce y hace olvidar los defectos, como de la fuerza que arrastra y obliga a caminar por las regiones más áridas y abruptas, se vuelve insu-frible : para leer tres líneas de su pluma se requiere seis kilos de paciencia, para oír

dos oraciones de su boca se necesita blindarse las orejas con triple coraza de algodón. No es el escritor sino el grafómano y el cacógrafo, no el orador sino el logómano y el cacólogo. Por eso, al hablar o escribir, no tiene facundia o afluencia sino manía razonadora o imbecilidad verbosa; no inspiración sino logorrea de enigmas, acertijos y logogrifos, salpimentados de Cábala, Talmud y Apocalipsis.

Con los trozos escogidos de Piérola se formaría un florilegio muy semejante a un rosario de pepinos, hojas de col y tomates, engarzados en la tripa de una cabra. Sus obras completas causarían el efecto de una ensalada turca batida en una sopa rusa. En la vida de San Francisco figura el hermano Junípero que se distinguía por la incongruencia de sus confecciones culinarias, pues introducía en la olla las frutas sin pelar, los huevos con cáscara y los pollos vírgenes de sus crestas, de sus plumas y de sus estacas. Para concluir con la literatura de Piérola, basta decir

que todas sus producciones merecen llamarse guisos del hermano Junípero.

Si los viajes no convirtieron a Piérola en orador oíble, en literato legible ni en *causeur* tolerable, le infundieron o perfeccionaron la ciencia práctica de la vida, el arte de adquirir dinero. Sin heredar bienes de fortuna, casarse con mujer rica, descubrir mina, encontrarse entierro ni ganar el premio gordo de ninguna lotería, él ha vivido a lo grande, fomentando más de un hogar, haciendo continuas excursiones por América y Europa. En lo tocante al dinero figura como inventor de genio, como un prodigio, hasta como dueño de un órgano especial. La nariz del sabueso para rastrear al ciervo la tiene Piérola para oler la *mosca* : abandonado en el Sahara, náufrago en la isla de Robinson, perdido en los ventisqueros del Polo, encontraría un tesoro y un amigo. ¡De cuánto no serviría a los catadores de minas y buscadores de entierros, si quisiera usar ese don o sexto sentido que le concedió

la Naturaleza! Con instalarse en una eminen-
cia y husmear unos cuantos segundos,
Piérola nos revelaría si en un kilómetro
a la redonda hay o no hay *bolsones y tapa-*
dos. Se habla de telegrafía inalámbrica
¡bicoca! Piérola, sin efracción ni escalada,
sin lima ni ganzúa, sin contacto de los
dedos con la bolsa, deja *in albis* o como
patena al Caballero de la Tenaza en per-
sona. Algo saben los Barrenechea, los
Oliván, los Gambetta, los Ehrmann, los
Piantanida, los Flórez, los Billinghamurst, etc.,
porque abundan tanto las víctimas que
de sus fondos podría sacarse una buena
dote para las once mil vírgenes.

Y con tanta suavidad y maña verifica
la limpieza que el limpiado se queda tan
satisfecho como si fuera el limpiador.
Le han servido de *sésamo ábrete*, las dos
palabras tradicionales — *la Causa*. El
bueno del General Castilla, no sabiendo
repetir con Luis XIV « el Estado soy yo »,
se llamaba a sí mismo « el Gobierno » y
solía decir con la mayor gravedad : « el

Gobierno se halla constipado; el Gobierno guarda cama; el Gobierno sufre de irritación a los callos »... Ignoramos si Piérola se titula *el señor la Causa*; pero seguramente se rige por el siguiente raciocinio : « *La Causa* no prospera sin que su caudillo prospere; yo soy el caudillo de *la Causa* : ergo mis amigos y correligionarios se encuentran en la obligación ineludible de enviarme dinero para un equipaje a la Daumont, un departamento lujoso y confortable en el Faubourg Saint-Honoré, una estación de baños en Royan o Biarritz y para echar una cana al aire en *Le Moulin Rouge* o *Les Folies-Bergère*. »

Si la inteligencia de Piérola no se mejoró con los años y los viajes, si el carácter agravó los defectos en lugar de corregirlos ¿cómo nos propinaría hoy un buen Gobierno? La verdadera política se reduce a una moral en acción. La Presidencia inaugurada en 1895 vale tanto como la Dictadura de 1879 : en la Dictadura se arroga facultades omnímodas y nos con-

duce como un señor feudal a sus siervos; en la Presidencia nos manda con el mismo poder discrecional, interpretando a su antojo las leyes, dándolas efecto retroactivo, anulándolas con un simple decreto, tergiversándolas hipócritamente o violándolas con la mayor desfachatez, seguro de no hallar en las Cámaras un freno moderador ni en la prensa un juez incorruptible y severo.

Insistamos sobre algunos de sus actos, empezando por el más culminante : su alianza con los Civilistas. En la carta dirigida en Setiembre de 1898 al *Comité Central del Partido Demócrata*, afirma Piérola que « sería difícil señalar diferencia de principios entre el Partido Civil y el Partido Demócrata. » Así, los veinticinco años de conspiraciones y guerras civiles, los tesoros derrochados y las vidas sacrificadas, la ruina del país y el asesinato de Manuel Pardo, sólo han servido para descubrir un día que entre el Demócrata y el Civilista no cabe diferencia, que

ambos marchaban por distinta senda para llegar al mismo término. Debemos preguntar a Civilistas y Demócratas ¿ustedes son agentes de policía que se juntan en el domicilio de una persona honrada o simples malhechores que en avanzadas horas de la noche se reconocen ante una caja de hierro? ¡Inocentes y candorosos Demócratas! Sin saberlo profesaban el Civilismo como el doctor Paganel hablaba portugués creyendo expresarse en castellano.

Al celebrar la alianza, Piérola no reniega de sus convicciones (desde que toda su vida no abrigó más propósito que satisfacer su ambición de mando); traiciona, sí, descaradamente a sus correligionarios, les pone en ridículo, les deja relegados en segundo término, como incapaces de gobernar sin la dirección de los Civilistas. Esos famosos Demócratas, esa falange de Catones y Licurgos, esa reserva intelectual y moral que el país aguardaba como única tabla de salvación, no fué más que una falsificación de personajes, que una

desfilada grotesca de gigantones con mucho volumen de trapo y caña, pero con muy reducida consistencia de hombre.

Quizá en la alianza con los Civilistas se oculta una acción expiatoria y laudable, una obra de arrepentimiento y reparación. A Nicolás de Piérola le ahoga la sangre de Manuel Pardo. Oír el nombre de Pardo le equivale a recibir una bofetada. Pardo le amarga el bocado, le avinagra la bebida, le envenena el placer, le quita el sueño. Tal vez, en sus noches de agitación y desvelo, cuando el remordimiento le causa fiebre y la fiebre le produce alucinaciones, Piérola siente en su cuello la irresistible mano de Pardo que le arranca del sillón presidencial, le arrastra por los salones de Palacio y le conduce a la plaza mayor para colgarle en una torre de la catedral o en el farol de Tomás Gutiérrez. Con una de esas noches dantescas o shakespeareanas se explica la alianza : no pudiendo resucitar al muerto, se quiere seguir su idea. Como los antiguos creyentes presentaban a los

Dioses irritados el holocausto de una ternera, de una oveja o de un cisne, Piérola ofrece a la ensangrentada sombra de Pardo el sacrificio de todo el rebaño demócrata.

No olvidemos las finanzas, caballo de batalla de Piérola y sus conmlitones. La célebre gallina que un Rey de Francia quería ver todos los domingos en la olla de sus más desvalidos súbditos, parece que los habitantes del Perú la saboreamos todos los días, si hemos de creer al Jefe Supremo y a los accionistas de las Sociedades Recaudadoras. « A nadie se debe, se administra con economía, se da ejemplo de honradez, reina el bienestar general... » Así grita el amo, lo repiten sus comensales y lo pregonan los escatófilos de la prensa subvencionada.

« ¡A nadie se debe! » y los inscriptos en las listas pasivas no reciben sino la tercera parte de sus haberes, y los tenedores de bonos de la deuda interna imploran inútilmente porque no se les siga defraudando,

y la *Peruvian* reclama unos cien mil soles, y el Presupuesto arroja un déficit de tres millones. « ¡Se administra con economía! » y se crea nuevas oficinas y nuevos cargos para los amigos o los deudos, y se concede a los favoritos sumas ingentes por comisiones que no desempeñan, y se derrocha miles de miles en fomentar una prensa aduladora y servil, y se emprende obras innecesarias o ridículas con el fin de conservar a sueldo una masa de electores, y sin plan ni control se arroja millones en el insaciable estómago del Pichis. « ¡Se da ejemplo de honradez! » y se encarpeta la denuncia de fraudes fiscales por la suma de doce millones de soles, y se engloba en la deuda nacional las deudas particulares, y clandestinamente se negocia los bonos de la *Coalición*, y por segunda o tercera mano se compra los devengados de las viudas, y de la noche a la mañana se hace desaparecer el millón de la sal, y se contribuye a que el descamisado de ayer se transforme hoy en rico señor con

sólo ingerirse en el manejo de los negocios públicos, y, en resumen, se establece verdaderas finanzas dictatoriales, pues se dispone de las rentas del Fisco, sin ceñirse al presupuesto, sin rendir cuenta de ninguna especie, sin que nadie sepa cómo ni en qué se ha invertido más de cincuenta millones en menos de cuatro años. « ¡*Reina el bienestar general!* » y los derechos aduaneros se duplican y triplican, y las gabelas nacen y se aumentan, y los artículos de primera necesidad encarecen extraordinariamente, y salvo algunos valles donde se produce la caña, la agricultura decae, mientras la industria desfallece y el comercio arrastra una vida triste y miserable, hasta el grado que el primer puerto de la Nación va muriendo de asfixia y anemia.

Sólo en Lima florece un bienestar simulado y restringido : el hartazgo de algunos privilegiados y parásitos. Con las Sociedades Recaudadoras se ha constituido una plutocracia u oligarquía de financieros para esquilmar a la Nación : funciona hoy en

la capital un maravilloso trapiche donde van los contribuyentes para dejar el jugo y salir convertidos en residuo seco, estoposo y combustible. Y a los *cañaveleros* de esta nueva especie ¿qué les importa el crujir y gemir de la carne de trapiche? En todo el mundo, los negociantes y los ricos simplifican de tal modo sus órganos y funciones que al fin se reducen a la mera condición de estómagos provistos de innumerables tentáculos para coger la presa. Apresar y digerir, palabras sacramentales que lo explican y lo justifican todo. Esos hombres simplificados o ventrales rodean y aclaman a Piérola, como rodearon y aclamaron a Iglesias, Cáceres y Morales Bermúdez, como habrían rodeado y aclamado al mismo Patricio Lynch, si los chilenos, en vez de arrasar bárbaramente los fundos, destruir las casas e imponer odiosos cupos, hubieran tenido la malignidad o maquiavelismo de respetar las haciendas, las habitaciones y las bolsas de los ricos. Nada significa, pues, si los

ventrales dicen que todo anda bien, que reina el bienestar general : hablan iluminados por la filosofía optimista de las panzas llenas.

La situación económica de hoy se debe figurar así : unos cuantos hombres, a puerta cerrada y sentados en derredor de una mesa, comen y beben, mientras una muchedumbre harapienta y escuálida husmea por las rendijas y reprime los bostezos del hambre, sin atreverse a romper las puertas y exigir lo estrictamente necesario. Y el porvenir se diseña más sombrío que el presente, dado que Piérola sacrifica el gran bien de mañana por el escaso bien de hoy y pospone la dicha de todos a la dicha de unos cuantos, siguiendo el sistema del salvaje que para coger el fruto derriba el árbol, imitando al egoísta que para cocinar un huevo prendiera fuego a una ciudad.

Si el hombre que en las finanzas produce tan aciagos resultados diera algo provechoso en los demás ramos de la Administración,

asistiríamos al fenómeno de una planta que en unas ramas se vistiera de cardos y tomates, a la vez que en otras se adornara con botones de rosa y racimos de uva. Piérola se imagina sacar mucho bueno de su cabeza y erigir monumentos inmortales, sin pensar que vive imitando al loco de Cervantes, que se da un trabajo ímprobo y consume todas sus fuerzas en hinchar perros con un canuto. ¿Qué obra de sus manos significa un adelanto y promete vivir un día más de lo que dure su período?

Él tiene dos signos propios y geniales : la fecundidad de sustituir una cosa por otra igual con diferente nombre, y el don de enredar, descomponer y malear lo que presume corregir o mejorar. Su *Tribunal Disciplinario* remeda al *Tribunal de los Siete Jueces*; su *Escuela Militar de Aplicación* no se distingue de la *Escuela de Clases*; su *Consejo Gubernativo* (concilio laico) reúne en un solo cuerpo las diversas *Comisiones Consultivas* organizadas por Manuel Pardo,

según el modelo francés. En su proyectada *Ley de Imprenta* ahoga la manifestación libre del pensamiento, haciendo de autores y editores unos parias de las autoridades subalternas; en su *Ley Electoral* da campo a tantas argucias y complicaciones que él mismo resulta cogido en sus propias redes y no logra escapar sino cometiendo un cúmulo de arbitrariedades; en su *Código de Justicia Militar*, o parodia del antiguo y bárbaro Código Español, restablece los anacrónicos fueros, viola nuestra Constitución y pone a toda la República bajo la ley marcial como si perennemente viviéramos en estado de sitio. Felizmente, se encariña hoy con una institución o una ley, y mañana las olvida como si nunca hubieran existido. ¿Se acuerda ya del *Consejo Gubernativo*, del *Tribunal Disciplinario* ni del *Código de Instrucción*? ¿Dónde esas magnas obras anunciadas en la *Declaración de Principios*? ¿Dónde los caminos abiertos? ¿Dónde las pampas irrigadas? ¿Dónde los pantanos desecados?

¿Dónde los inmigrantes? ¿Dónde el drenaje y el halaje?

Piérola no persigue más fin que dar golpes teatrales, valiéndose del engaño y la superchería. Impide dictatorialmente una conferencia pacífica, y a las pocas horas declara ante el Congreso que « el Gobierno exagera las libertades públicas¹ »; ordena bajo cuerda la confiscación o robo de un taller tipográfico, y hace aparecer el acto como « procedimientos judiciales en una imprenta² »; no consiente que el Poder Legislativo restaure las garantías individuales, y luego promulga un decreto renunciando a las facultades extraordinarias, con una magnanimidad a lo Car-

1. Alude el autor a su conferencia *Librepensamiento de acción*, inserta en el libro *Horas de Lucha* con la siguiente nota : « Discurso que debió leerse el 28 de Agosto de 1898 en la tercera Conferencia organizada por la *Liga de Librepensadores del Perú*. La lectura no pudo efectuarse porque el Gobierno la impidió. » (*Nota del editor.*)

2. Referencia al atentado de 24 de Febrero de 1899 contra el periódico *Germinal* (órgano de *La Unión Nacional*) dirigido por González Prada. (*Nota del editor.*)

los V en *Hernani*, magnanimidad que no le estorba para llenar las cárceles de Lima y los aljibes del Callao; de mañana pega un buen drenaje a la Caja Fiscal, y por la noche, en la tertulia de Palacio, se suena las narices con un pañuelo deshilachado y viejo para manifestar que todo el Jefe Supremo de la Nación vive en una pobreza franciscana. Pero la broma *fin de siècle*, el *clou* de la farsa, el hecho magno y que basta para dibujarle de cuerpo entero, es el siguiente : suprime la *Junta Electoral*, organiza cuadrillas de garroteros que magullen a los sufragantes libres, establece públicamente el más sórdido cohecho, funda en el mismo Palacio una fábrica de candidaturas oficiales, comete cuanto abuso puede cometerse para falsear una elección, y en seguida se inscribe en el registro, saca su boleta de ciudadano y va majestuosamente a depositar su voto en el ánfora, para « dar a sus conciudadanos un ejemplo de virtudes cívicas ».

Si el Jefe Demócrata vale hoy tanto

como ayer ¿quién halla la menor diferencia entre los hombres que le rodearon en la Dictadura y los hombres que actualmente le siguen y le aclaman? Hablen esos viejos, impotentes para el bien y fecundos para el mal, esos viejos que prostituyen la Justicia y deshonoran la Magistratura, esos viejos que empezaron su vida con un bautismo en el lodo y la van concluyendo por una inmersión en el albañal, esos viejos que no acaban de morir porque la muerte les rechaza y la sepultura siente asco de recibirles. Pero existe algo más odioso que los viejos (disculpables por el reblandecimiento cerebral y la atrofia cardíaca) ese algo es la juventud enrolada en las filas del *nuevo régimen*. ¿Dónde viven esos jóvenes Demócratas? no en las universidades asimilando la ciencia, no en las minas extrayendo y beneficiando el metal, no en las haciendas labrando la tierra; pululan en las calles haciendo política de bajo vuelo, en las oficinas públicas merodeando destinos, en los alre-

dedores de la Caja Fiscal extendiendo la mano para recoger la limosna del Estado. ¿Qué son? lechigadas de abortos morales engendrados con urea en lugar de sustancia viril, racimos de frutas podridas antes de madurar, organismos anémicos y endebles, carcomidos por una enfermedad epidémica hoy en Lima — la gangrena juvenil. Esos jóvenes y esos viejos, esos seres inferiores o degenerados, no adaptándose a la atmósfera del hombre superior o libre, buscan el ambiente del harem, y se enorgullecen de ganar puestos más o menos lucrativos según la mayor o menor flexibilidad para ejercer oficios bajos en las alcobas de las favoritas presidenciales.

Y ¡esas autoridades! Con muchos de los prefectos, subprefectos, gobernadores y comisarios se formaría un exquisito ramillete de ganapanes, crapulosos, quitabolsas, proxenetas, torsionarios y violadores. De la servidumbre galonada y de la ínfima ralea judicial salen hoy los actores principales, los cómplices y los

encubridores de los más vergonzosos y repugnantes crímenes y delitos. Mujeres y niños, jóvenes y viejos, nadie vive seguro en su libertad, en sus bienes ni en su honra.

En el sistema Demócrata, no sólo se infiere el mal directamente y al adversario, sino indirectamente y al limpio de toda responsabilidad : conviene que no falte una víctima. ¿Se quiere *operar directamente* sobre un enemigo del Gobierno? pues se le fragua un juicio criminal o civil por medio de testigos falsos escogidos en el viscoso gremio de alguaciles, agentes de pleitos y jueces de paz. ¿Se quiere dañar indirectamente al adversario ausente? pues se calumnia, se infama y se persigue a su mujer, a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos y a sus amigos. A falta de personas, la pagan los bienes.

Si se extorsiona y roba, díganlo las partidas de ganado arrebatadas a los indios y públicamente vendidas en las poblaciones del Centro; si se encarcela,

díganlo Cano, Rivera Santander, Zapatel, los supuestos revolucionarios de Arequipa y cien más que se consumen y desesperan en los cuatro muros de una prisión; si se tortura, díganlo Antenor Vargas, Fidel Cáceres y Rodríguez Castaños; si se viola, dígallo Pasión Muchaypiña; si se mata *violentamente*, no lo diga Cáceda (salvado no sabemos cómo) pero díganlo los Villares en el Guayabo y los indios de Ilave y Huanta; si se da *muerte dulce*, quitando a la víctima los medios de subsistir, haciéndola saborear día por día y hora por hora las amarguras del hambre, díganlo Mariano Torres y su familia.

Para que lo infame y lo trágico se unan a lo grotesco y lo ridículo, reviven hoy las mascaradas y mojigangas de la Dictadura. El *Código de Justicia Militar* corresponde al *Estatuto Provisorio*, la *Gran Avenida Central* hace *pendant* a la *Ciudadela San Cristóbal*, la celebración de San Nicolás se iguala con el aniversario de la escaramuza entre el *Huáscar* y los buques

ingleses, la apertura de la *Escuela Militar de Aplicación* vale tanto como la fiesta de las Mercedes, la casaca inédita de general se da la mano con el uniforme de Dictador, la gorra coalicionista o a la Miss Helyett nada puede envidiar al casco alemán o yelmo de Mambrino, la esclavina y el sombrero del Vicario General se las tienen de bueno a bueno con el calzón corto, las medias azules y las pantorrillas postizas de los cocheros palatinos.

Pero ¿cómo seguir a Piérola en esa fecundidad macabra, en esa vida de cadáver a quien le crecen los pelos y las uñas mientras se le pudre el cerebro y se le agusana el corazón? Todo se dice al afirmar que, siempre el mismo, nos ha dado y sigue dándonos un gobierno de iniquidad y mentira, de favoritismo y malversación, de lupanar y sacristía : si en 1880 era un payaso ecuestre evolucionando en un circo de sangre, desde 1895 es un clown pedestre haciendo cabriolas en un tapiz de miriñaques y sotanas.

Así, pues, el hombre actual no se diferencia del hombre antiguo, el Presidente sigue las huellas del Dictador; y no podía suceder de otra manera desde que la patología del individuo no ha experimentado la más leve modificación. Hoy como ayer, el estado mórbido de Piérola se diagnostica de este modo, no contando por supuesto con achaques leves o pequeñas dolencias intercurrentes : megalomanía, hipertrofia del yo y tendencias al delirio incoherente, agravadas con eretismo crónico y decretorea en el período agudo.

IV

Y semejante hombre, empinándose más alto que Bolívar, se congratula de « haber construído el nuevo hogar del Perú ».

Imaginar que se pega un tajo decisivo entre el pasado y el porvenir de una sociedad, que merced a unas cuantas leyes

mal trasegadas se muda la condición mental de un pueblo, y que se amasa y se amolda a los hombres como si poseyeran la maleabilidad de la cera, es abrigar una concepción infantil de las cosas. Las aglomeraciones humanas no se parecen a bolas de billar que lanzamos con el golpe del taco ni a fluídos gruesos que adaptamos a la forma del recipiente : como los individuos, las colectividades poseen su yo más o menos reductible. Para modificar a un pueblo se necesita modificar a los individuos, no sólo intelectual y moralmente, sino de un modo físico. ¿Qué higiene o qué medio de obtener una alimentación sana y barata nos ha dado Piérola? ¿Qué escuelas ha fundado? ¿Qué lecciones de moralidad nos ha ofrecido? El *constructor de hogares nuevos* no puede ni siquiera ofrecérsenos como ejemplo de buen esposo, desde que ha vivido y vive en el seno de la lubricidad, considerando las puertas falsas como resortes de gobierno, el proxenetismo como

institución social y la cantárida como indispensable colaborador político.

Lo nuevo se construye con lo nuevo; y el gobernante que para modificar a un pueblo se vale de instituciones añejas y leyes retrógradas se parece al arquitecto que se vanagloria de levantar una casa nueva cuando toma un viejo caserón y le remienda con adobes desmochados, maderas apolilladas y hierros enmohecidos. Los individuos y las naciones no edifican algo bueno y estable sin fundarlo en la verdad y la justicia; ahora bien, toda la existencia de Piérola se reduce a un bloque de iniquidades y mentiras, a una barbarie en acción. ¿Acaso el hombre civilizado se caracteriza por sólo cubrirse de paño y alumbrarse con luz eléctrica? La civilización se mide por el encumbriamiento moral, más que por la cultura científica : quien al mínimum de egoísmo reúne el máximium de conmiseración y desprendimiento, se llama civilizado; quien todo lo pospone al interés individual

haciendo de su yo el centro del Universo, debe llamarse bárbaro; más que bárbaro, ave de rapiña.

El triunfo del Partido Demócrata no ha significado la aparición de elementos saludables y reconstituyentes sino la fermentación de gérmenes morbosos y disociadores. Esos Coalicionistas, que blasonaban de « arrasar con la tiranía de Cáceres y restablecer el augusto imperio de la Ley », han procedido con tanta ilegalidad y tanta perfidia que nos obligan a clamar por los gobiernos militares. Siquiera los soldadotes herían de frente y a la luz del Sol : eran enemigos desenmascarados o fieras diurnas, no alimañas oblicuas, nocturnas y cavernosas. Lo venido del cuartel no hace tanto mal como lo salido de la sacristía, ni el microbio de la sangre posee tanta virulencia como el microbio del agua bendita.

En el actual reinado de Loyola y Priapo, en la fusión de cosas tan opuestas como la hipocresía y el cinismo, los

Civilistas no merecen perdón ni excusa. Ellos, en vez de actuar como freno moderador o camisola de fuerza, sirven de claqué y bombo cuando no de agentes provocadores y aguijón. Todo lo aplauden o lo disculpan y lo aceptan, siendo algo así como los padres putativos y comandantes de los monstruos concebidos en el desorganizado cerebro de Piérola. Con aire de *sacrificarse en aras de la Nación*, besan la mano que siempre les abofeteó, lamen la bota que siempre les magulló las posaderas. Y sufrirían mayores ultrajes, si la remuneración creciera proporcionalmente a la bajeza : a los Civilistas no les duele caer al cieno, cuando ruedan por una escalera de oro; no les importa revolcarse en la ignominia, con tal de sentir llena la bolsa y atiborrado el estómago.

Ya el país sale de su engaño, se quita la venda. La facción demócrata-civilista, embotada a fuerza de locupletarse en las Sociedades Recaudadoras y los negocios a la sordina, no escucha los estallidos de la

opinión ni divisa en el semblante de las gentes honradas el gesto de repugnancia y asco, ese gesto precursor de tempestades y desastres. Desastres y tempestades van a renacer, por más que muchos no lo crean o finjan no creerlo. Gracias a la acción opresiva de los gobiernos, en el Perú no conocemos la protesta enérgica y vibrante del meeting : saltamos de la muda pasividad a la cólera ciega : sufrimos a modo de ovejas, y en el momento menos pensado embestimos a manera de tigres. Y no cabe medio, porque así lo quieren las autoridades. Si en las naciones civilizadas los hombres del Poder viven atentos a la voz de la opinión, aquí sucede lo contrario : en gobernar contra la Nación se resume todo el ideal de nuestros mandatarios. Ellos incuban las revoluciones, no los pueblos, como se figuran los sociólogos que nos juzgan de oídas o nos observan desde las nubes. Si vivimos en perenne dictadura ¿qué extraño el combatir para derribarla? Clausurando imprentas, des-

baratando reuniones pacíficas, lanzando turbas contra los diputados de la minoría, no respetando vidas, propiedades ni honras, Piérola agota el sufrimiento de las ovejas y excita la cólera de los tigres. El revolucionario de veinticinco años hace un presente griego a su inmediato sucesor, le deja el legado de una revolución.

Los hartos y felices encarecen las excelencias de la paz y anatematizan los horrores de la guerra civil. ¡Paz! grita el especulador de los bancos; ¡paz! el burócrata o servidor del Estado; ¡paz! el accionista de las Recaudadoras; ¡paz! el contratista de obras fiscales; ¡paz! el escritorzuelo de periódicos oficiales u oficiosos. ¡Paz! grita el mismo Piérola mientras alguien le responde ¡guerra! porque desde el instante que nacimos a la vida republicana, toda la política nacional se reduce a un juego de balancín donde evolucionan dos payasos : el ascendido a lo más alto proclama el *statu quo*, el des-

cendido a lo más bajo predica el movimiento.

Los criminales impunes afirman que « en el Perú no existe sanción moral », fundándose naturalmente en haber escapado ellos mismos a la cárcel del Código Penal y a los faroles de las justicias populares. Conviene distinguir la sanción moral de la sanción jurídica, pues muchos criminales, burladores de la acción de las leyes, no han podido librarse del veredicto público y yacen ajusticiados en la conciencia de las gentes honradas. Y ¿quién nos asegura que tras la *inofensiva* sanción moral no venga mañana el castigo? Las grandes justicias populares marchan con pies de plomo, mas al fin llegan.

Pero, aunque no existieran gentes honradas, aunque todo el Perú sufriera una perturbación visual para llamar negro a lo blanco y blanco a lo negro, aunque un irremediable eclipse moral envolviera la conciencia de todos los individuos hasta el punto de reconocer en Piérola una per-

sonalidad justiciera y honorable, aunque todos, sin excepción de uno solo, se arrodillaran a sus pies y le embriagaran con nubes de incienso y cánticos de alabanza, nosotros no cejaríamos un solo palmo ni borraríamos una sola de las palabras consignadas en estas hojas. Frente a frente de Piérola, le diríamos con ese *tú* necesario y expresivo que sirve tanto para significar el respeto y el amor como para acentuar el desprecio y el odio :

— Tú eres la causa principal de nuestra desgracia y de nuestra deshonra, tú vendiste a vil precio la riqueza nacional, tú allanaste el camino a la planta conquistadora de Chile, tú inoculaste en las venas del pueblo el virus de todas las malas pasiones, tú hiciste de la ambición una Divinidad y de la mentira un culto, tú prostituíste la verdad y la justicia, tú manchaste o violaste cuanto se puede manchar o violar, y como única y suficiente prueba de las acusaciones, recogemos del suelo y te arrojamos a la cara una mínima parte de

la sangre y del lodo que has desparramado en treinta años de conspiraciones y pronunciamientos, de iniquidades y miserias, de ruínas y devastaciones.

ROMAÑA

ROMAÑA¹

La historia de todos los pueblos nos ofrece los horrores de una tragedia, mezclados con las ridiculeces de un sainete : al lado del bandido, el bufón; junto al crimen, la payasada.

El Perú no se exime de la ley universal : entre las bocanadas del incendio y el fogonazo de los rifles se proyectan las contorsiones del funámbulo y retiñen los cascabeles de Polichinela. Nuestros gober-

1. Eduardo L. de Romaña, nacido en Arequipa en 1847. Ingeniero civil; hizo sus estudios en Inglaterra. Diputado, senador, Ministro de Fomento. Presidente de la República de 1899 a 1903. Fallecido en Arequipa en 1918 (?).

El presente artículo fué publicado en *La Idea Libre* de Lima, el 13 de Octubre de 1900. El texto tiene algunas correcciones del autor. (*Nota del editor.*)

nantes, a más de repetir los crímenes y abominaciones del Bajo Imperio, usan disfraces de feria o mascarada, y se bautizan con nombres estrambóticos y chinoscos. Desde 1821 desfilan Protectores (simples), Dictadores (a la llana), Protectores Supremos, Presidentes Provisorios, Dictadores Supremos, Presidentes Constitucionales, Restauradores, y hasta individuos que en su sola humanidad acumulan los títulos de Jefe Supremo, Protector de la Raza Indígena y Edificador del Hogar Nuevo. Cualquiera diría que el vocabulario ha concluído por agotarse; pero nó, con Romaña surge el Unificador, no a secas, sino el Unificador por la honradez. Él mismo, en sus mensajes y discursos, se nos presenta como debelador de revoluciones, como Unificador de la familia peruana y como el prototipo de la honradez.

Veamos lo cierto que hay en esas debelaciones, en esas unificaciones y en esas honradeces.

I

¿Qué pide el interés chileno? que se entibien los ánimos enardecidos con el recuerdo del 79, que se disipe el sentimiento de la venganza, que no sólo dejemos de pensar en Iquique y Tarapacá, sino que de nuestra memoria borremos los nombres de Tacna y Arica. Todo suceso que nos distraiga del Sur o nos obligue a derrochar las energías nacionales, colma de regocijo a los diplomáticos de Santiago. Chile no cuenta con mejor auxiliar que una guerra civil en el Perú : ella le ocasiona más provecho que ganarnos una batalla, pues en lugar de correr los albuces de un combate y sangrarse para sangrarnos, logra que nosotros mismos nos propinemos la sangría. ¿Para qué declararnos la guerra? Si un loco se halla decidido a mutilarse, no hay necesidad de que nosotros practiquemos la mutilación : basta que le proporcionemos

el arma. ¿Qué papel hemos hecho desde 1884? el de locos empeñados en privarnos de la virilidad. Al avanzar algo en el orden económico (si avanza quiere decir hartazgo de pocos y hambre de muchos) no adquirimos la musculatura del hombre sino la obesidad del eunuco.

No sabemos si en Santiago y Valparaíso funcionaban sindicatos para fomentar la última revolución ni si los bonos lanzados por algún caudillo se cotizaban al diez o quince por ciento; sólo afirmamos que los más eficaces servidores de los intereses chilenos fueron los revolucionarios del 99. ¿Hubo algo más odioso que guarecerse bajo la bandera *chilena* para reunir fondos, proveerse de armamento y fraguar empresas bélicas contra un Gobierno *peruano*? Semejantes maquinaciones no parecen muy desdorosas a Piérola ni a los Coalicionistas que en 1894 habían convertido a Chile en su punto de observación, su banco de fondos y su parque de municiones. Tampoco les pareció mal a ciertos

individuos que recibieron su educación en Valparaíso, tienen radicados sus intereses en Iquique, respiran atmósfera chilena y desean tal vez el *apaciguamiento* de los odios y la aproximación al *enemigo*.

Todo habríamos perdonado a los revolucionarios del 99 si hubieran proclamado la transformación radical de las instituciones añejas y la completa segregación de los hombres que desde hace treinta años nos envilecen y nos explotan; mas no habiéndonos ofrecido sino una sustitución de personas con personas del mismo bando, el movimiento revolucionario concluyó por hacerse odioso y antipático. ¿Valía la pena de matarse y empobrecerse, para sólo conseguir que al Demócrata Romaña sucediera el Demócrata Billinghamst? Como una revolución cuesta mucho dinero, mucha sangre y mucha lágrima, sólo debe intentarse cuando se quiere realizar grandes reformas o castigar a grandes criminales. Respecto a reformas, si el General Cáceres manifestó

deseos de consumarlas, don Guillermo Billinghurst parece que no pretendió ni salir de la Constitución del 60; respecto a castigos, los cómplices no abrigaban intenciones, derecho ni coraje para convertirse en justicieros.

Por más que se diga, la revolución del 99 no fué más que una reyerta o cisión de correligionarios al disputarse el monopolio del Gobierno : el Demócrata Billinghurst rió con el Demócrata Piérola porque el segundo no quiso reservar al primero el sitio de honor en la mesa del festín. Recordemos lo sucedido. Después de alentar a don Guillermo Billinghurst con la esperanza de legarle el mando y después de administrarle un baño de gloria con el Protocolo de Arica y Tacna, Piérola cambia súbitamente de resolución, traiciona a su amigo de veinticinco años, a su generoso proveedor de fondos, y desentierra de los conventículos arequipeños a un desconocido para investirle con el Mando Supremo. Todos sabemos

que en el Perú no se realizó quizá una sola elección verdaderamente libre, que los presidentes eligen y consagran al sucesor; mas la imprudencia y el descaro del Gobierno al imponer la candidatura de Romaña, la seguridad de que el Parlamento sancionaría la grosera falsificación del voto popular, originaron una protesta general en toda la República. Los menos avisados comprendieron que la elección de un mandatario como Romaña implicaba dos objetos : escudar los legicidios de Piérola y asegurar su reelección.

Billinghamurst, abandonado por su jefe, se retiró de la arena eleccionaria y produjo una cisión en el Partido Democrata. No sabemos si procedió cuerda y maduramente. Oponiéndose a una candidatura oficial y odiosa, apelando francamente a la Nación en lugar de recurrir al Gobierno, convirtiéndose en víctima de abusos y atropellos, se habría, tal vez, rodeado de prestigio, granjeado la simpatía de los irresolutos y revestido de

razones para lanzarse a la revolución. Fulminando contra Piérola una carta furibunda y virulenta (donde concede más lugar a los rencores individuales que a los deseos de mejoramiento nacional) quiso rehacerse una virginidad política¹. En *Don Juan Tenorio*, un segundo de arrepentimiento nos abre las puertas de la gloria; mas en la vida social no sucede lo mismo que en el drama de Zorrilla: veinticinco años de pierolismo y conspiraciones no se redimen con unas cuantas frases lanzadas en momentos de excitación nerviosa o arranques de cólera impulsiva. Fulminada la epístola, Billingham se constituyó en Iquique, diremos en el Monte Aventino, y se mantuvo meses de meses, amenazando a Piérola con *abrumadoras revelaciones*, al país con formidables avalanchas de expedicionarios.

¿Qué aliados contaba la Revolución?

1. Carta dirigida de Tacna el 18 de Abril de 1899. (*Nota del editor.*)

Los Civilistas, nó, porque Billinghurst les había rechazado altivamente, en lo que manifestó honradez política y hábitos de higiene. Los Civilistas siguieron humildemente los mandatos de Piérola que les ordenó favorecer la candidatura oficial : endulzados con las Vicepresidencias (esperanza de heredar el poder en un *caso fortuito*) los buenos Civilistas prestaron su concurso a todos los fraudes y a todas las imposiciones violentas.

Tampoco los Cívicos, pues aunque se vieron menospreciados por Piérola, como si no hubieran entrado en la Coalición, aceptaron la candidatura de Romaña y ofrecieron todo cuanto podían ofrecer : el voto de unos seis o siete leguleyos de la capital y diez o doce tinterillos de provincia.

De ningún modo la *Unión Nacional*¹. Si algún comité departamental se adhirió

1. Partido político fundado y presidido por González Prada. (*Nota del editor.*)

motu proprio a los revolucionarios, debe explicarse la adhesión por el invencible deseo de luchar al fin con todo lo malo y todo lo viejo. A más, los prefectos y sub-prefectos ejercían en la República un despotismo tan insufrible, que todo medio de sacudirle parecía lícito y necesario. Desde el 15 de Setiembre, con motivo de los acontecimientos realizados en Huaraz el 4 del propio mes, la *Unión Nacional* resolvió abstenerse de colaborar en el movimiento revolucionario. La *Unión* que aboga por las reformas sociales, en lugar de los cambios políticos y administrativos; la *Unión* que maldice a las agrupaciones mercenarias y protesta de las coaliciones híbridas; la *Unión*, en fin, que blasona de actuar como una fuerza viva en oposición a todos los organismos aganrenados y decrepitos, no podía colaborar en empresas donde se trataba de satisfacer ambiciones despechadas, no de abrir campo a fecundas y luminosas ideas.

Los Constitucionales, o propiamente

hablando los caceristas, eran los aliados naturales de la Revolución, si no por simpatías a Billinghamurst, al menos por odio a los Demócratas y deseo de tomar la revancha. Desde 1895 no hubo en el país una colectividad más befada ni más escarnecida que el Partido Constitucional : sufrió el ultraje a chorro continuo, la guerra sin tregua ni cuartel. Así, desde que asomaron los síntomas de la Revolución, todos comprendieron quiénes serían los soldados y quién dirigiría las operaciones militares : Billinghamurst, enemigo reciente de los Constitucionales, no dejó de conocerlo, y se vió en el caso de pedir o aceptar la colaboración del General Cáceres.

Difícilmente se hallará dos hombres de naturalezas más opuestas que el General Cáceres y don Guillermo Billinghamurst — el soldado y el comerciante. Se aproximaron para chocar y separarse. Sin Cáceres ¿qué le quedaba a la Revolución? En Lima, conspiradores de salón y portales;

en el resto de la República, montoneras o grupos mal organizados y sin los más indispensables elementos de guerra.

Si el movimiento revolucionario no produjo la caída del régimen demócrata-civilista, sirvió por lo menos para descubrir las llagas de nuestra organización social y política. Hubo militares hambrones que se lanzaron sobre Billinghamst como sobre una California o banco inagotable : recibían dinero para organizar una expedición, la delataban al Gobierno y duplicaban la suma. Los revolucionarios de buena fe no se caracterizaron por el genio : si muchas veces tuvieron músculo para combatir, casi nunca guardaron fósforo para concebir un plan. La generosidad, el valor y la constancia de algunos caudillos no suplieron a la falta de dinero, rifles y municiones. Todo eso concluyó por desalentar a Billinghamst, que no habiendo logrado una elección fácil quiso una victoria barata.

Así, pues, la Revolución del 99 quedó

desvirtuada por los mismos hombres que la iniciaron; y el individuo que se jacte de haberla debelado y vencido se atribuye un mérito que no posee.

II

¿Qué representaba el hombre seleccionado para merecer la confianza del Jefe Demócrata? Los biógrafos de Romaña resumían el panegírico en menos de una línea : *un hombre honrado*. Agregaban, no como esclarecimientos indispensables sino como ilustraciones accesorias : *un caballero que habla inglés, un organismo rebelde al mortífero clima del Brasil, un ingeniero de la Reina Victoria*. Los devotos de Arequipa le llamaban *el Ángel de la guarda del padre Nardini*. Por supuesto que nos citaron el agua de Yumina y la luz eléctrica de Charcani. Los nuevos Plutarcos no se detuvieron mucho en narrar la vida pública de su héroe : habrían

tenido que mentir muy gordo si hubieran querido relatarnos sus hazañas como diputado y ministro. Como diputado, Romaña no presentó ningún proyecto de utilidad pública, no defendió ninguna ley que revelara elevación de miras ni hizo más que votar humilde y silenciosamente las leyes patrocinadas por el Gobierno : representante de montón o racimo, sumiso observante de la consigna, tuvo elocuencia de monosílabos y actividad de posaderas. Como Ministro de Fomento, no difundió ningún rayo de luz ni trazó ningún surco de provecho : más que por una serie de actos administrativos, su presencia en el Ministerio se marca por una sucesión de servicios amigables, domésticos y no sabemos si algo peor. Siempre firmó en barbecho porque no había recibido la cartera con el fin de actuar como una fuerza inteligente y libre, sino con el objeto de funcionar como un instrumento mecánico. De modo que antes de figurar como candidato a la presidencia, Romaña

se condujo en la política nacional como una especie de término medio entre el hombre y el autómatas.

Veámosle pasar con sus angulosidades de langosta y sus movimientos de rigidez metálica. Más que un organismo impulsado por fuerzas interiores, parece un sistema de palancas movidas por conexiones invisibles y exteriores. Uno se pregunta ¿dónde funciona el motor de ese aparato? Un cojo que olvida la muleta, un miope que destroza los anteojos, un ciclista que pierde el pedal, recuerdan a Romaña. Tiene el aire de un hombre que nota la ausencia de algo propio, que anda en busca de alguna cosa : ¿busca su voluntad? El juicio de Orlando estaba en la Luna, la voluntad de Romaña se encierra en las manos de Piérola. Enfermo de abulia, falto de jugo viril para lanzar el *yo quiero*, Romaña no aventura un paso sin el apoyo de un cornac o lazarillo. Solo, entregado a la iniciativa personal, siente el horror de los espacios, y nos hace recordar a esos palomos que habiendo

sufrido una ablación de la masa cerebral, mueren de hambre y sed en medio de la comida y la bebida.

Como Billinghamurst no mostraba cualidades pasivas, como era una personalidad inabsorbible y rebelde, como no habría renunciado a su dignidad de hombre público ni privado, se concibe muy bien que Piérola no le escogiera de sucesor y heredero.

III

Hay algo que a veces produce risa y a veces infunde rabia : la serenidad del hombre al fingir su papel. « No sostienen, nó, los pueblos con espontaneidad y valentía, a Gobiernos que no han (*sic*) libremente elegido », vuelve a repetirnos Romaña por la centésima vez, como si los peruanos hubiéramos ido a extraerle de sus dinamos, de la misma manera que los romanos fueron a sacar de sus bueyes a Cincinato, y como si todos los moradores

del Perú hubiéramos desenvainado los sables para defenderle de los revolucionarios. El Presidente no quedaría muy lucido si le obligaran a indicar el nombre de los pueblos que *defendido le han con espontaneidad y valentía*. ¿Acaso tratará de *pueblos* a las turbas que lapidaron a Vizcarra? Nadie ignora que en nuestras guerras civiles los pueblos suelen quedar neutrales, aunque no libres de vejámenes y extorsiones : se ven cogidos entre dos fuegos : por un lado, los bandidos oficiales que roban y matan en nombre de la ley; por otro lado, los bandidos rebeldes que matan y roban en nombre de un caudillo. *La defensa espontánea y valiente* no impidió el miedo cerval cuando los revolucionarios del interior descendieron a la costa y amenazaron Huacho, Chancay y la misma capital. Era de verse las palideces de rostro, los temblores de voz, las flojedades de piernas y las agitaciones de pulso, al temerse que las fuerzas acaudilladas por Durand realizaran un movi-

miento de flanco y amanecieran en los arrabales de Lima. ¿Dónde estaban los *defensores espontáneos y valientes* ?

Una tradición refiere que el beato Martín de Porres logró que amigablemente comieran en la misma escudilla los perros, los gatos y los ratones; Romana, estimulado con ese buen ejemplo, sueña que Civilistas, Demócratas, Cívicos y Constitucionales se instalen pacíficamente alrededor de una sartén. Los Demócratas, como desde 1895 monopolizan el sitio de preferencia, quedan *in statu quo* ; los Civilistas se colocan ufanamente, a pesar del frío recibimiento, pues como poseen dignidad canina, sufren el puntapié con tal de roer el hueso; los Cívicos, no pudiendo coger una presa de consideración, se contentan por hoy con husmear lo gordo y engullir lo flaco; los Constitucionales se abren lugar, ven de reojo a los demás, se cuentan y no olvidan de requerir el sable, por si llega la hora de asestar el golpe y coger la sartén por el mango.

« Cumpliendo el programa inaugural de mi Gobierno — exclama — he puesto empeño constante en unificar la familia peruana. » Nó, *benévolo Unificador* : aquí no estamos en condiciones de pedir que se nos unifique; más bien necesitamos que se nos divida en porciones adversas y enemigas : los buenos y los malos, o expresándonos con alguna tosquedad, el grupo de los honrados y la gavilla de los ladrones. Los revolucionarios que recibieron una bala en las escaramuzas o fueron fusilados por los genízaros del Gobierno, yacen perfectamente unificados en el seno de la muerte. Los tráfugas, los que por una prebenda o canonjía renegaron de sus convicciones, se hallan casi tan unificados como los muertos, pues andan convertidos en podres vivas y gusaneras ambulantes. La mayoría del pueblo vive tan unificada que los ánimos más pacíficos respiran odio y guerra, que en la atmósfera de toda la República revolotean gérmenes de revolución. Que brote

una chispa, y estalla la conflagración general. La contienda civil no está más que aplazada, como único medio de concluir con el entronizamiento de Civilistas y Demócratas. Cuando a los pueblos no se les deja elegir con el voto, se les obliga a proceder con la bala.

Una sola fuerza nacional evitaría la guerra civil — el Congreso; mas él la enciende en vez de apagarla, la precipita en vez de contenerla. Elegidos por el fraude y a la sombra de los nuevos procedimientos electorales, diputados y senadores no cambiarán una ley que les dió el puesto y favorece su reelección; interesados en perpetuar el régimen nacido en 1895, no destrozarán el Código de Justicia Militar, que pone a la Nación en verdadero estado de sitio y concede al Gobierno un arma legal y poderosa contra sus enemigos.

Para que un gobernante logre, no la unificación nacional porque eso raya en lo imposible, sino el apaciguamiento momen-

táneo de los bandos enemigos, se necesita que goce de prestigio, que ofrezca garantías de independencia, que respire en un medio de verdad y justicia, en una palabra, que irradie fuerza moral. Ahora bien : donde no hubo honradez política para subir, no cabe fuerza moral para infundir confianza, estimación ni respeto. Cuando Romaña dice (o le hacen decir) : « Yo no he podido traer a este alto puesto sino fuerza moral », nos afirma lo contrario de lo verdadero. ¿No recuerda el recibimiento glacial y desdeñoso, cuando se nos presentó de candidato gobiernista? ¿No tuvo noticia de los fraudes eleccionarios y abstención de casi todos los electores? ¿No siente hoy mismo la general antipatía que le rodea? ¿No escucha las voces que le denuestan, le vituperan y le maldicen?

Él no comprende que si hacer el mal es malo, servir de instrumento para que otro le haga es peor; y se figura que llamándose o haciéndose llamar un hombre honrado,

ya el Perú se encuentra en la obligación de enmudecer y resignarse, hasta de agradecerle y bendecirle por el sacrificio que realiza al gobernarnos en nombre o delegación de Piérola. Nunca se imagina que representa la comedia de la honradez sospechosa, ni sondea la clase de sentimientos que infunde en los hombres verdaderamente honrados.

Seguramente Romaña se repitió la noche de su cumpleaños, al digerir las trufas del Perigord y sentir en su cerebro las optimistas emanaciones del champagne : « Si jueces, senadores y diputados, autoridades políticas, clero regular e irregular, comisiones de todas las clases sociales y cuerpo diplomático residente en Lima, se apresuran a felicitarme; si el Municipio de la capital efectúa regios desembolsos para festejarme con fuegos artificiales, iluminaciones de acetileno y nochebuena; si toda la prensa sería consagra espontáneos editoriales a celebrar mis virtudes cívicas y las excelencias de mi

gobierno; si hasta los cónsules y ministros de la Nación me envían desde Buenos Aires y París fervorosos telegramas congratulatorios ¿cómo poner en duda mi popularidad?... Y no podría suceder de otro modo, cuando soy un *hombre honrado*. »

IV

Digamos algo de esa honradez que tanto nos pregonan los infusorios de la charca gobiernista. Que sin honradez privada no cabe honradez pública, lo sabe todo el mundo. Mas, de que un hombre figure como tipo de honradez privada, no se deduce que ese hombre merezca citarse como un modelo de buen político. Supongamos a un vecino honrado, tan honrado que administre religiosamente la dote, no sólo de una mujer sino de dos mujeres (si tuvo la suerte de casarse dos veces y con dos ricas herederas) : pues bien, ese

caballero intachable, ese *bonus vir*, ese candidato a la canonización, puede convertirse en una calamidad pública si logra coger en sus manos las riendas de un estado. La dosis máxima de honradez contenida en la naturaleza humana no impide llevar en el cráneo la masa encefálica de un antropopiteco. Al presentar la honradez como título suficiente para ejercer el Mando Supremo, se manifiesta que en el Perú los hombres honrados ofrecen la rareza de los mirlos blancos. Nuestros conciudadanos ¿llevan tan desarrollada la *bosse* de la adquisibilidad y manejan tanto los órganos de aprehensión, que no desnudar al vecino se considera ya como un acto desconocido y milagroso? Al hombre honrado, nómbresele Comendador de la Orden de San Gregorio Magno, póngasele en el mismo retablo que a la Madre Monteagudo; mas no se le nombre maestro de escuela si no sabe la cartilla, ni se le lleve a cantar si no conoce la música y nació con mal oído. En tiem-

pos de la esclavitud, no faltaron mandingas de honradez a toda prueba : ascendieron a caporales y mayordomos; y se quedaron ahí, porque a nadie se le ocurrió que un pobre negro, incapaz de leer y escribir, poseyera en la sola honradez un mérito suficiente para ser Oidor, Virrey o Arzobispo.

I ¡vaya con la manera como practica la honradez el *mirlo blanco* de nuestra fauna política! *Hombre honrado*, consiente que para verificar su elección se conculque las leyes y se viole las garantías individuales; *hombre honrado*, falta diariamente a la verdad, asegurando que debe su puesto al voto libre de sesenta mil electores; *hombre honrado*, favorece las ambiciones bastardas de un círculo, en lugar de servir los intereses de la Nación; *hombre honrado*, tiende un velo sobre las iniquidades y gatuperios cometidos en el régimen demócrata-civilista; *hombre honrado*, elige de consejeros y amigos a los concusionarios y rapaces detentadores de

la hacienda nacional; *hombre honrado*, conserva en sus puestos o deja impunes a los monstruos que hicieron de las provincias un teatro de crímenes y abominaciones; *hombre honrado*, en fin, llena de inocentes las cárceles públicas, eterniza los supuestos juicios de conspiración, hace perseguir de muerte a los revolucionarios y no encuentra una sola palabra de horror para condenar las depredaciones, los incendios, las flagelaciones ni los asesinatos alevosos y cobardes.

La honradez presidencial acaba de obtener una consagración solemne en las calles de Lima el 30 de Setiembre : el pueblo ha sido magullado, pinchado y tasajeado al querer protestar contra el peculado de un ministro. Romaña, en vez de regocijarse con la explosión de las conciencias indignadas y de fomentar en el pueblo ese comienzo de sanción moral, se indigna, se enfurece, ve rojo y ordena la *unificación* en todos los grados, desde los golpes mortales hasta las contusiones ligeras. Es

que se sentía vulnerado en lo vivo porque el delincuente no era un factor despreciable : era la personificación de todo un régimen, el símbolo de las virtudes democráticas y religiosas; más aún, era un amigo cordial, un hermano, un *alter ego*. Si antes del 30 de Setiembre Romaña podía infundir conmiseración o lástima, como una víctima enredada en los tentáculos del pulpo demócrata, desde aquel día nos produce recelo y desconfianza, como una fiera capaz de embestir y desgarrar al sentirse aguijoneada por la cólera o el miedo.

La honradez política de nuestro Mandatario se reduce a guardar fielmente un depósito, sin averiguar si proviene de adquisición legal o robo : de un hombre recibió la banda, y a ese hombre se la devuelve. Lo demás no le importa. Si de ministro y diputado nunca dió señales de rebeldía ¿por qué de Presidente ha de mostrarse insubordinado? Obediencia monacal : en estos dos vocablos resume

todo su programa. Con una intimación verbal del *amo*, cambia un ministerio; con una orden escrita del *amo*, despide a un prefecto; con una simple seña del *amo*, nombra un juez, un cónsul o un subprefecto. Para él no hay servidores fieles, partidarios sinceros ni amigos de buena fe; todo lo sacrifica llanamente, si el *amo* exige el sacrificio. Y ¿para qué tanta humildad y obediencia? para que el *amo* le menosprecie y le haga vilipendiar con domésticos y plumíferos, con plumíferos y domésticos pagados quizá con los *treinta dineros* del Tesoro público.

Para concluir con la honradez, se debe plantear un dilema : Romaña sabe lo que moralmente valen los hombres que le rodean, o no lo sabe : si lo primero, la honradez resulta mal parada; si lo segundo, el alcance intelectual no va muy lejos. Viéndolo bien, la honradez de nuestro *mirlo blanco* se parece mucho a la virtud de aquellas matronas que pagan sus arrendamientos, compran al contado los víveres,

educan religiosamente a sus hijas, guardan inquebrantable fidelidad al marido, pertenecen a muchas sociedades filantrópicas, y, sin embargo, dirigen una casa de prostitución.

Con todo, el hombre que hoy nos gobierna apela candorosamente al juicio de la Historia. Demos que los tiranuelos del Perú, en vez de figurar en las clasificaciones zoológicas, ocupen algunas páginas en la Historia Universal; demos que no se reclamen de los degenerados o monstruos sino de los organismos equilibrados y normales; y preguntemos ¿qué referirá la Historia cuando hable de nuestra época y de Romaña?

« A fines del siglo XIX la abyección y el envilecimiento llegaron a tal punto que el Perú se había convertido en el patrimonio de un hombre : gobernaba él o concedía el poder a sus dóciles favoritos. Con el carácter de apoderado, más que de Presidente, apareció allá por el año 1900 un Don Eduardo de Romaña,

hombre funestísimo, causante de dos revoluciones : una al recibir el mando, otra al devolvérselo a Piérola. Su biografía cabe en cuatro palabras : Inventó el proxenetismo político... »

Eso referirá la Historia, porque efectivamente, en el serrallo donde Piérola hace de Sultán, Romaña ejerce el oficio diametralmente opuesto.

¿IMBÉCIL O MALO?¹

Rara será la persona que no se haya preguntado alguna vez si los hombres son imbéciles o malos.

Hay algunos, despojados de todo sentimiento, malos desde el talón a la coronilla, como si dijéramos de una pieza; hay otros, imbéciles desde su venida al mundo, pobres diablos que no ven más allá de sus narices, aunque presumen tener ojos de lince. Respecto a las muchedumbres, no se prestan a una clasificación exacta por la inestabilidad de su composición orgánica, pues si hoy dan muestras de contener un

1. Artículo publicado en *La Idea Libre*, Lima, 29 de Marzo de 1902. El texto ha sido ligeramente retocado por el autor. (*Nota del editor.*)

cuarenta por ciento de imbecilidad en un sesenta por ciento de maldad, mañana parecen encerrar lo contrario.

Como Romaña no pertenece a la categoría de los *superhombres* ni merece llamarse *un mensajero enviado desde el fondo de lo Infinito*, debe poseer su dosis de imbecilidad revuelta con su dosis de maldad. ¿En qué proporción? Valdría la pena determinarla, ya que algunos periodistas ligeros y mal informados tienen la osadía de llamar *un idiota* o *un cretino* al Jefe Supremo. A más de cometer un desacato digno de censura, esos periodistas incurren en el error vulgar de confundir el idiotismo con la imbecilidad.

I

Los amigos del Presidente conocen su especialidad : referir cuentos y chascarrillos sobre infracciones del *sexto* y desarreglos de los intestinos, quiere decir,

sobre fenómenos realizados de los tobillos a la cintura. Una monja fecundada por el Diablo en figura de sacristán, un canónigo indigestado por haber comido con exceso en el santo de alguna beata, le ofrecen los novísimos y espirituales argumentos para su *Decamerón* o sus *Mil y una suciedades*. Quien observe a los imbéciles constatará que se singularizan por lo indecente y lo grosero, tanto en las acciones como en el lenguaje, que son pornográficos y estercorarios. Que Romaña se mofe de sus amigos ausentes, lance algunos chistes del género chico y provoque la risa de su auditorio, no le exime del calificativo. « Los imbéciles — dice Sollier en su *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile* — aprecian a menudo el lado grotesco de las personas, usando comparaciones casi siempre estrambóticas, por los general triviales y groseras, algunas veces tan chistosas que les hacen aparecer más inteligentes de lo que son en realidad. »

Los imbéciles pecan de falsos y embus-

teros, o hablando con propiedad, de bellacos. Imaginándose que el *summum* de la astucia consiste en burlarse del prójimo y engañarle, dicen rara vez la verdad, se deleitan en hilvanar mentiras. Rabian por echarla de avisados y listos, cuando hacen el papel de bobos que a nadie engañan con su burda malicia. Los que han tratado a Romaña, los que han seguido los actos de su vida presidencial, le consideran como la mentira en persona, como la doblez en carne y hueso : basta que afirme una cosa para que inspire la duda, basta que prometa algo para que infunda la desconfianza.

Sin dotes para ejercer el mando supremo, se figura que sigue las huellas de Washington y que todas las censuras a su gobierno emanan de enemigos injustos y despechados, no de escritores imparciales y rectos : saborea los aplausos de la *claque*, desdeña los silbidos del público. « Los imbéciles — dice el mismo Sollier — son eminentemente sensibles a la alabanza y al vituperio,

quién sabe a la alabanza más aún que al vituperio, estando por lo común tan infatuados de su persona que el vituperio no les alcanza, persuadidos siempre de una injusticia en la apreciación de su valor personal. »

Un filósofo aconsejaba no juzgar a los hombres por sólo sus defectos. Desearíamos que alguien nos indicara las perfecciones o virtudes de Romaña para juzgarle por ellas. Ni en vista de sus malas cualidades alcanzamos a medir con exactitud el alcance de su maldad, supuesto que a un devoto no se le conoce jamás : se le presume, se le adivina. Del toro se sabe que cornea, del perro que muerde, de la abeja que pica, del gato que araña, de la sanguijuela que chupa, de la llama que escupe, de la mula que patear, del boa que constriñe; pero con beatos y santurriones no hay a qué atenerse, pues cuando nos parecen indefensos y desarmados como un recién nacido, resulta que almacenan en su persona las armas

ofensivas de todos los animales acuáticos y terrestres.

Por sus mensajes y discursos, por su conocimiento de los hombres, por su manejo de los negocios públicos, por su manera de hacerse engañar, por su figura ante Civilistas y Demócratas, por sus declaraciones a los *reporters*, por sus confidencias al Ministro chileno y más que todo, por sus malicias a lo Gedeón y lo Bertoldino, Romaña pertenece a la familia de los imbéciles o pobres diablos que no ven más allá de sus narices aunque presumen tener ojos de lince. Por su terquedad en sostener a los procónsules flageladores y extorsionarios; por su impasibilidad ante los crímenes y delitos de sus secuaces, amigos o deudos; por su encarnizamiento con los hombres que no participan de su fanatismo religioso ni se avienen a su política de encrucijada; por su insensibilidad ante las amarguras de todo un pueblo abrumado con el peso de insostenibles gabelas, y, más que nada, por su

ferocidad desplegada en las calles de Lima el 30 de setiembre de 1900, Romaña se presenta malo desde el talón a la coronilla.

Así, el Presidente se iguala con el tornasol, que examinado de un modo presenta visos azulados y visto de otra manera ofrece cambiantes verdosos. Hace pensar en un busto con el lado izquierdo rojo y el derecho negro : quien le mira por la izquierda y se le imagina todo rojo, tiene razón; quien le mira por la derecha y le juzga todo negro, procede con motivo. De igual modo, los que desde un punto de vista observan a Romaña y le creen todo malo, aciertan; los que le divisan desde otro punto de vista y le creen todo imbécil, no yerran. Decídase la cuestión afirmando que encierra un cincuenta por ciento de maldad y otro cincuenta por ciento de imbecilidad.

II

Dejemos la ejecutoriada imbecilidad del hombre, y aduzcamos una prueba flagrante de su maldad.

El 18 de Febrero de 1892, don Eduardo de Romaña dirigió al cronista de *La Bolsa* (Arequipa) una carta digna de citarse. Después de rogar al periodista que « incluyera la epístola en la sección festiva de su artículo crónica » (?), engarza una serie de latines, declara que no es « hombre de paja sino de calicanto y sillería », y concluye por decir : « Mi ambición — parodiando al pícaro de Heine — es más limitada y más fácilmente satisfecha : ver terminadas algunas obras de utilidad pública, particularmente la del agua de Yumina, plantar en la Pampa algunos *molles*, y si Dios quisiera favorecerme del todo, me concedería la gran satisfacción de ver colgados de sus ramas algunos de nuestros más grandes culebrones. »

Quien abriga semejantes deseos, tiene más disposiciones para cachetero que para jefe de un Estado. ¿Se dirá que todo no pasa de una broma? Lo que en Heine se reduce a un arranque de humorismo, a una *boutade de poète*, en Romaña adquiere el valor de una confesión, escapada en horas de inconsciente sinceridad.

Como su juicio debe de haberse modificado en las alturas, los *culebrones* no son ya los presidentes, los senadores ni los diputados : son probablemente los hombres que censuran sus actos y le hacen oposición. Hoy tiene poder, honores, casa, mesa, coches, treinta mil soles anuales; y no agregamos *manos libres* porque el buen señor parece un fenómeno de honradez, una maravilla zoológica, algo así como un avestruz con piel de armiño. Sin embargo, no se juzga completamente dichoso, le falta una *gran satisfacción* : asomarse a los balcones de Palacio y divisar unas cuantas centenas de liberales ahorcados en los faroles del gas, en los

postes del teléfono y en las torres de la catedral. Se comprende ya su inmenso regocijo por la desastrosa muerte de Vizcarra y se adivina su gran desconsuelo al oír el mal éxito de las balas dirigidas contra los liberales arequipeños. Conocido Romaña y próximas las elecciones, los peruanos deben ir haciendo provisión de hilas, vendas, antisépticos, mortajas y ataúdes.

Si tales enormidades siente y escribe el católico de oficio, *la Providencia del padre Nardini*, el hombre que hace confesión general antes de asumir la presidencia ¿qué dirán herejes y pecadores? Herejes y pecadores no se regocijan con la muerte de nadie : lo juzgamos por nosotros mismos que no somos devotos ni santos.

Si Piérola y Romaña quedaran sometidos a nuestra inapelable jurisdicción, si por el simple fallo de nuestra voluntad pudiéramos sentenciarles a las penas más graves, no les mandaríamos al patíbulo ni les infligiríamos la prisión o el destierro,

aunque, hablando con verdad, han causado y causan tantos males al país que merecen figurar en el número de los *grandes culebrones*. Les dejaríamos libres y sanos, después de haberles amonestado con su respectivo sermón.

A Piérola le diríamos : « Arrepiéntete de los numerosos pecados cometidos en tu larga vida y trata de ponerte bien con Dios. Arregla tus cuentas con Billingham, Oliván y Barrenechea; déjate de locos devaneos que no se avienen con tus años ni con tus canas; y en vez de fraguar intrigas para elegir diputados, deponer ministros y confeccionar Juntas Electorales, reza padrenuestros y avemarías por el alma de los desgraciados que sacrificaste desde los Ángeles a Cocharcas, desde el Campo de la Alianza a San Juan y Miraflores, desde el Guayabo hasta Ilave y Huanta. »

A Romaña le diríamos : « Déjate de presidencias, pues no tienes genio ni figura de mandatario, por más que entre

el humo del café y la espuma del champagne, te aseguren lo contrario algunos cacatoes o papagayos de voz enflautada y protuberancias femeninas. Cambia el frac negro por el hábito *marrón*, el sombrero por la capucha, la banda por el cordón de San Francisco, y sepúltate en los Descalzos, no para ocupar la cátedra sagrada ni dirigir conciencias (Dios no te llama por caminos tan arduos) sino para ejercer las humildes funciones de los hermanos legos. Como en la presidencia de la República manifestaste inclinaciones a prodigar el dinero del Estado, posees derecho de seguir practicando la caridad con dádivas ajenas : reparte la sopa del convento. »

¡Qué sugestivo y edificante sería el contemplar a Romaña distribuyendo las sobras de la glotonería frailuna, es decir, los tendones y huesos escapados a la formidable trituración de las mandíbulas catalanas y vizcaínas! Un solo peligro : que no juzgándose completamente feliz

sin la satisfacción de levantar algunos chichones, quisiera lanzarse a repartir cucharonazos en las cabezas de la pobreza limeña.

JOSÉ PARDO

JOSÉ PARDO¹

I

En don José Pardo tenemos al Presidente dinástico, a la prueba irrefragable de que si en teoría nos rige la forma republicana, en el hecho no ha desaparecido aún de nuestra sociedad el espíritu monárquico.

A los pocos años de haber dejado el biberón, *Pepe* (como le decían y siguen llamándole los íntimos) recibe la investi-

1. Hijo de Manuel Pardo; nacido en Madrid en 1864; Ministro de Relaciones Exteriores en 1903; Presidente de la República de 1904 a 1908 y de 1915 a 1919.

Este artículo — inconcluso e inédito — ha sido escrito entre 1915 y 1918. (*Nota del editor.*)

dura de candidato a la Presidencia; y tan a pechos toma el oficio de Kronprinz que en vez de cabalgar un palo de escoba, se instala en un sillón y rodeado de la chiquillería familiar, simula presidir un consejo de ministros. Al hacer su primera comunión, obtiene el encargo de guardar la antigua banda paterna, como utensilio llamado a servirle algún día.

No sabemos si aprovecha mucho ni si revela precocidad en el Instituto de Lima, donde cursa instrucción primaria y media, bajo la dirección de pedagogos alemanes contratados por algunas familias pudientes. Sabemos, sí, que no pasa de alumno mediocre en la Universidad, donde sin aprender mucho de letras, cursa Ciencias Políticas y Administrativas, logrando graduarse de bachiller y doctor con dos tesis de una insignificancia desesperante.

A poco de optar el grado, abandona Lima como Secretario de la Legación del Perú en España. Había cumplido los veintiún años y entraba en pleno goce del

derecho adquirido por su familia — vivir del presupuesto. En Madrid publica un mamotreto sobre límites con el Ecuador : las malas lenguas atribuyen la paternidad a Jiménez de la Espada y llevan la maledicencia hasta insinuar algo sobre incumplimiento de la retribución convenida.

Vuelto al Perú, consigue sin mucho esfuerzo una cátedra en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas; desempeña el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el gobierno efímero de Manuel Candamo, y a la desaparición de este infeliz, aprovecha la maleabilidad de un Serapio Calderón y se encarama en la presidencia de la República. En la cátedra, no asombra con el saber ni por la elocuencia; en el ministerio, nos concita el odio de Colombia al reconocer intempestivamente una republiquilla de gitanos vendidos al dollar yankee; en la presidencia, descubre miras tan poco elevadas y pasiones tan poco generosas que llega a convertirse en un Washington al revés, siendo

el último en el amor de sus conciudadanos¹.

Al terminar su período, asfixiándose en una atmósfera hostil y amenazadora (las muchedumbres apedrearon su casa) emprende segundo viaje a Europa donde reside unos siete años. Regresa; y Lima le recibe con un dinamitazo, anónimo hasta hoy, pero atribuido al Gobierno, a los Demócratas o a los Civilistas mismos para granjearle simpatías. A poco de llegar, solicita con buen éxito el rectorado de la Universidad y tiende guías a la presidencia de la República. Una híbrida convención de Liberales, Civilistas y Constitucionales le elige candidato y le impone a la Nación. Unánimemente proclamado por el mismo congreso que justificó el 15 de Mayo, ocupa por segunda vez la silla presidencial.

Su primer acto, la designación de su ministerio, denuncia al hombre : llama de

1. Frase repetida en *La elección de don José Pardo en Bajo el Oprobio*. (Nota del editor.)

colaboradores al exprefecto de Loreto y a un exministro de Benavides, aprobando tácitamente las carnicerías del Napo y las iniquidades del régimen provisorio. Si estos dos individuos poseyeran dotes excepcionales, si contaran en el número de los hombres necesarios, se explicaría su entrada en el ministerio; mas ¿qué valen? Puentes es un burdo coronelote de espada virgen; Menéndez, un oscuro abogaduelo de conciencia prostituta.

Un José Pardo y Barreda en la Presidencia, un Enrique de la Riva Agüero en la jefatura del gabinete, un Felipe de Osma y Pardo en la Corte Suprema, un Pedro de Osma y Pardo en la Alcaldía Municipal, un José Antonio de Lavalle y Pardo en una fiscalía, anuncian a un Felipe Pardo y Barreda en la Legación en Estados Unidos, a un Juan Pardo y Barreda en el Congreso y a todos los demás Pardo, *de Lavalle, de Osma y de la Riva Agüero* donde quepan. Siguen, pues, resonando en nuestros oídos, asediándonos y ensorde-

ciéndonos los mismos nombres que tenaz y trágicamente nos persiguen desde la Independencia, nombres dignos de execración eterna y que simbolizan la vergüenza y la bancarrota nacionales.

II

Nacido en las capas inferiores de la sociedad y condenado a subir por el mérito propio, don José no habría salido del medio humilde y oscuro donde florecen el tinterillo de provincia, el apoderado de viudas sin hijos y el vendedor de cintas y sedas; mas se llamaba Pardo, se tuvo por elegido *a nativitate*, y por elegido le aceptaron las gentes, figurándose que la buena calidad del cerebro se trasmite de padres a hijos, como las vedijas de la cabeza o el pigmento de la piel.

La dinastía Pardo nos ofrece un ejemplo de involución o proceso retroactivo : la intelectualidad ha seguido una marcha

decreciente, de más a menos; pues si don Felipe Pardo y Aliaga había poseído una inteligencia como 10, don Manuel Pardo y Lavalle la tuvo como 5 y don José Pardo y Barreda la tiene como 1. Por el contrario, la vanidad y la infatuación aumentan en proporciones alarmantes; pues si el abuelo las había poseído como 1, el hijo las tuvo como 5 y el nieto las tiene como 20. Nos estremecemos al pensar en el intelecto y las cualidades morales de la descendencia pardista, llamada seguramente a reinar sobre las futuras generaciones del Perú.

En don José Pardo resalta una cosa inefablemente deliciosa — la ignorancia. Pasa por el Instituto de Lima y la Universidad de San Marcos sin adquirir un baño de saber, como el negro zambulle en el agua sin mojarse el casco. Sus programas, sus discursos, sus mensajes, sus decretos, en fin, todos sus documentos hablados y escritos parecen la obra concebida por un amanuense y redactada por un gobernador

de Ninacaca. Ofenden no sólo el buen sentido y el sentido común, sino la prosodia y la ortografía. Cierta, un gazapo gramatical no merece el patíbulo (pues ni Cervantes mismo se libraría de él) pero clama por una buena silbatina el Presidente de una república y el Rector de una universidad, cuando dice *páis* en vez de *pais*, escribe *tendente* en lugar de *tendiente* y pone punto y coma al ver que en diez o doce líneas no ha puesto punto ni coma.

Vulgar como estudiante, vulgar como Secretario de Legación, vulgar como catedrático, vulgar como Ministro de Relaciones Exteriores, vulgar como Presidente de la República, don José Pardo llegó al término de su período sin haber dejado una sola huella para revelar el tránsito de un hombre superior o, siquiera, bien intencionado. No fué un portavoz de los intereses nacionales, sino un agente de la clase más inhumana y más odiosa, la clase mercantil. Merecería llamarse un presidente cartaginés, si no hubiera sido un

gobernante sudamericano, fundido en la matriz de Juárez Celman. Su sistema de gobierno se resume en dos o tres fórmulas : para amigos y parientes, las bodas de Camacho; para indiferentes y enemigos, el pupilaje del dómine Cabra.

En una sola cosa don José Pardo sale de lo vulgar y se roza con lo sublime : en el amor a la santa pecunia. Especie de Buda-mercader, vive hipnotizado en la contemplación, no de su ombligo sino de una libra esterlina. Todos los actos de su vida pública y privada se condensan en una serie de punterías al disco de oro, al de plata y al de cobre. Al poseer un centavo, piensa en adquirir noventa y nueve más para completar un sol; y al poseer un sol, piensa en adquirir nueve más para tener una libra esterlina. Si en el mando supremo siguió *perpetrando* buenos negocios; si consiguió redondearse *¿chi lo sa?* Mas, dado que así hubiera sucedido, no habría hecho don José sino seguir una tradición de familia.

¿Quién ignora en Lima que la inmensa y desvergonzada fortuna de los Pardo tiene origen fiscal? Todos ellos trascienden a huano; y en sus manipulaciones financieras, así por mayor como por menor, tienen bastante maña para eludir el Código Penal. A la vez de mercaderes políticos, los Pardo ejercen la industria de cañaveros, quiere decir, fabricantes y vendedores de alcohol, taberneros rústicos y en gran escala, emponzoñadores de la salud pública, en fin, proveedores de cárceles, hospitales y manicomios. A más, como ya tuvieron dos presidentes en casa, toman a la Nación como un mayorazgo legítimo y se creen nacidos para goberarnos o, lo que da lo mismo, con derecho a laminarnos en los cilindros de un trapiche. A juicio de la *Razón Social Pardo Hermanos y Compañía*, todo el Perú es Tumán. Las gentes valemus en proporción al jugo sacarino que arrojamos.

III

En don José Pardo el hombre exterior no desmiente al hombre interior : el frasco responde al contenido. Por dentro y fuera pertenece a la falange de los seres grises. Parece engendrado en Otoño, nacido en Cuaresma y bautizado en día sin Sol. Para ser el arquetipo de su clase no le falta sino echar barriga y salir con chaleco blanco. Mientras vienen chaleco y barriga, usa *chaqué*; le lleva coquetamente, dejando ver las dos puntas de un pañuelo, como si Antero Aspíllaga le saliera del bolsillo. Marcha emitiendo un vaho o atmósfera de vulgaridad. Ridículamente finchado, con su misma hinchazón hace notar lo nada notable de su persona. Efectivamente, en su fisonomía no rasalta ningún rasgo característico, salvo la mandíbula : lo que un José Pardo muerde, no lo suelta : lo mastica, lo deglute y lo digiere.

Sin ser feo, carga, empalaga y encocora,

haciéndonos pensar en aquellas mujeres insulsas y hermosotas a quienes pegaríamos un beso y en seguida una bofetada. Sin embargo, de los veinte a los treinta, sin calva ni bigote enharinado, pudo ser el bello ideal de costureras sensibles y románticas. Hoy mismo, las matronas de cincuenta para arriba le encuentran buen mozo y apetecible. Aunque siempre se haya vestido por los mejores sastres y con las mejores telas (el Fisco da para lujo) tiene algo del elegante cursi, del hortera endomingado, del campesino que por primera vez se enfunda en una levita y se embute en un sombrero de copa. Se le creería un hombre¹...

1. Inconcluso en el manuscrito.

INDICE

PALABRAS DEL EDITOR.....	7
MANUEL GONZÁLEZ PRADA, estudio crítico de RUFINO BLANCO-FOMBONA	13
MANUEL PARDO.....	117
PIÉROLA	151
ROMAÑA	235
Romaña	237
¿Imbécil o malo?.....	267
JOSÉ PARDO.....	281

IMPRESO EN LOS TALLERES
DE LOUIS BELLENAND ET FILS
FONTENAY-AUX-ROSES, FRANCIA.

